
HARLEQUIN
Bianca
AUTOR TOP
Esclava de amor
Miranda Lee

Esclava de amor

El jeque Bandar bin Saeed siempre había vivido muy deprisa, pero ahora se enfrentaba a un enorme obstáculo: tenía un tumor cerebral.

Sólo tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de curarse y aún le quedaban semanas para empezar el tratamiento. Así que decidió distraerse un poco haciendo un viaje a Australia, donde podría disfrutar de su mayor pasión: tener en su cama una mujer a la que hacerle perder el control… Fue entonces cuando apareció Samantha Nelson.

Aquellas últimas semanas daría rienda suelta a su pasión…

Prólogo

NO tiene por qué andarse con rodeos con su diagnóstico. Por favor, dígame cuál es la realidad de mi situación. El neurocirujano miró a su importante paciente desde el otro lado de su escritorio. No dudaba que el jeque Bandar bin Saeed al Serkel dijera en serio sus palabras. Pero se preguntaba si el jeque estaría realmente preparado para escuchar que sus probabilidades de sobrevivir eran las mismas que los corredores de apuestas creían que tenía el potro del jeque de ganar el derby.

—Tiene un tumor cerebral —dijo el doctor—. Es maligno.

La gente normalmente palidecía ante semejante noticia. Pero aquel hombre era fuerte. Quizá pensara que, si tenía que morir, así sería.

Sin embargo, tenía sólo treinta y cuatro años. A todos los efectos, era un ser humano saludable. Nadie adivinaría sólo con mirarlo que tenía cáncer. Ni tampoco que fuese jeque.

Pero así era. El único hijo de un millonario del petróleo y de una mujer de la alta sociedad de Londres que habían muerto trágicamente en un incendio a bordo de un lujoso yate. El jeque se había educado en Oxford y vivía actualmente en Inglaterra, donde poseía un apartamento en Kensington, un establo lleno de caballos de carrera en Newmarket y una granja de sementales en Gales.

La secretaria del médico se había asegurado de descubrir todo lo que hubiera que saber sobre el paciente más exótico y, probablemente, más rico de su jefe. Había estado una semana hablando de él, sobre todo de su reputación romo playboy. No sólo poseía caballos rápidos, sino que conducía coches rápidos y salía con mujeres rápidas. Rápidas y muy hermosas.

El cirujano no se había sentido impresionado. Hasta ese momento.

—¿Y? —preguntó el jeque.

—Si no se opera, morirá antes de un año. Sin embargo, la operación es arriesgada. Sus posibilidades de sobrevivir son del cincuenta por ciento. La decisión es suya —concluyó el doctor encogiéndose de hombros.

El jeque sonrió, haciendo que sus dientes blancos resaltaran sobre su piel oscura.

—Hace que suene como si tuviera elección. Si no hago nada, moriré. Así que, por supuesto, debe operarme. ¿,Es usted el mejor

para esa tarea?

—Soy el mejor del Reino Unido —dijo el doctor enderezándose en su asiento.

El jeque asintió y volvió a ponerse serio.

—Tengo mucha fe en los británicos. No sobrestiman sus habilidades romo hace alguna gente. Y trabajan muy bien bajo presión. Prepare mi operación para la última semana de junio.

—Pero para eso quedan tres semanas. Yo preferiría operar lo antes posible.

—¿Mis posibilidades de sobrevivir serán mucho menores si espero tres semanas?

—Probablemente, no mucho menores —admitió el doctor—. Aun así, no se lo recomiendo.

—Pero seguro que sobreviviré esas tres semanas, ¿verdad?

—Sus dolores de cabeza irán a peor.

—¿Puede recetarme algo para eso?

—Sí —convino el doctor con un suspiro—. Pero sigue sin parecerme bien retrasarlo. ¿Por qué quiere esperar tanto tiempo?

—Tengo que ir a Australia.

—¿Australia? ¿Para qué?

—El príncipe Ali de Dubar me ha pérfido que cuide de su granja de purasangres mientras él va a su casa para la coronación de su hermano. Seguramente haya leído que el rey Khaled murió ayer.

El doctor no lo había leído. No le gustaba leer las noticias. Cuando no estaba trabajando, prefería hacer algo relajante, como jugar al ajedrez. Pero sabía dónde estaba Dubar, y cómo era su familia real.

—Estoy seguro de que el príncipe Ali podría conseguir a otra persona.

—Debo cumplir la petición de mi amigo. Ali me salvó la vida una vez cuando éramos pequeños y nunca me ha pedido nada a cambio. No puedo negarle este favor.

—Pero si le dijera cuál es su estado…

—Mi estado es privado y personal. Yo solo me encargaré de ello.

—Necesita el apoyo de sus amigos y familiares en un momento como éste.

—No tengo familia —aseguró el jeque.

—Pero sí tiene amigos. El príncipe Ali, por ejemplo. Debería contarle lo del tumor.

—No hasta que no regrese a Australia de sus compromisos en Dubar —dijo el jeque poniéndose en pie abruptamente—. Su secretaria tiene mi dirección de correo electrónico. Dígale que me

envíe los datos sobre la operación. Hasta entonces… —extendió la mano para despedirse.

El médico se puso en pie y le estrechó la mano. Era una mano fuerte, la de un hombre fficrtr. Haría todo lo posible por salvar al Jeque. Pero no podía obrar milagros.

—Cuídese —le aconsejó.

—¿Puedo montar?

Aquella pregunta desconcertó al doctor. Era la primera vez que un paciente en su estado le preguntaba algo semejante. Normalmente se envolvían entre algodones mientras esperaban la operación. No se iban a Australia y montaban a caballo.

Aun así, la verdad era que montar a caballo no iba a acabar con él. A ¡lo ser que se cayera y se rompiera el cuello. Tenía un tumor, no un aneurisma,

—Supongo que sí dijo . Si es que dchc hacerlo.

—Debo hacerlo —añadió el jeque con una sonrisa enigmática.

Capítulo 1

QUÉ pérdida más absoluta de tiempo —murmuró Samantha cerrando la puerta de su coche tras dejar el bolso en el asiento de atrás—. Y una completa pérdida de dinero —añadió para sí. tras poner en marcha el motor.

Su único consuelo era que no tenía un largo camino por delante. La distancia desde el aeropuerto de Williamstown hasta la zona norte de Hunter Valley era considerablemente menor que el viaje desde el aeropuerto de Sidney. Sólo un trayecto de hora y media en comparación con otro de, al menos, tres.

Aun así, mientras Samantha conducía su coche hacia la autopista, suspiró con frustración. No debía haberle hecho caso a Cleo. Unas vacaciones de cinco días en un complejo turístico de la Costa Dorada australiana no iban a conseguirle un novio, ni a largo ni a corto plazo.

La idea romántica de conocer al amor de su vida en un lugar así no era más que eso: una idea romántica.

La posibilidad de tener una aventura tampoco había estado entre sus prioridades. Samantha no era el tipo de chica que elegía a un hombre atractivo que le hubiera deleitado con unas pocas noches de cenas a la luz de las velas, seguidas del sexo con el que soñaban las mujeres, pero del que rara vez disfrutaban.

Desde luego, había estado bien preparada para atraer la atención de cualquier hombre en esos días, sobre todo después de que Cleo la hubiera arrastrado la semana anterior a un salón de belleza en Newcastle para convertir su melena castaña en una rubia y sus cejas gruesas en dos arcos delgados. También ayudaba el hecho de que tuviera unos cuantos vestidos explosivos que sacaban lo mejor de su atlética figura; Cleo también la había llevado de compras.

Samantha tenía que admitir que había estado muy guapa esos últimos cinco días.

Varios hombres se habían acercado a ella, tanto en la piscina como en la barra del restaurante cada noche.

Pero ella sabía que habían sido sus modales los que habían hecho que se alejaran.

Nunca se le había dado bien el flirteo, ni las conversaciones intrascendentes, ni aumentarles el ego a los hombres.

Durante los años, sus amigas habían estado diciéndole que era demasiado seca.

La verdad era que no sabía cómo flirtear. Nunca había aprendido, nunca había tenido un modelo de conducta femenina durante sus años de formación.

Samantha se había criado en una casa de hombres, con cuatro hermanos que le habían enseñado a ser uno de ellos. Había aprendido a hacer deporte como un chico y a defenderse como un chico, con los puños. No había aprendido a ser condescendiente con el género masculino. Si hubiera hecho eso en el hogar de los Nelson, habría pasado su vida llorando, arrastrada por el suelo por sus competitivos hermanos.

Así que había competido contra ellos y, con frecuencia, los había vencido.

Sus amigas siempre le habían dicho que eso no era algo sabio.

Samantha había acabado por admitirlo al graduarse. No había tenido una sola cita durante sus años de instituto, por no hablar de un novio formal. Había tenido que ser acompañada a su baile de graduación por uno de sus hermanos.

Al entrar en la universidad de Sidney para estudiar veterinaria, Samantha casi había renunciado a la posibilidad de encontrar novio. Su amor por los animales, sobre todo los caballos, había llenado el hueco que sentía en el corazón. Se había pagado los estudios trabajando en un establo cercano.

Pero pronto había descubierto que la universidad tenía otro código de conducta sexual. Pocas chicas acababan la carrera siendo vírgenes. La mayoría de los estudiantes consideraban el sexo como un desafío y un deporte. No les importaba cómo fueran sus conquistas, ni cómo actuaran.

Samantha finalmente había sucumbido en un par de ocasiones durante sus cuatro años de universidad. Por aquel entonces, llevaba el pelo largo y ya se le habían desarrollado los pechos; de hecho, había empezado a parecer más una chica.

Pero ninguna de sus experiencias habían sido comparables con los momentos apasionantes que había leído en los libros. El amor la había esquivado.

Tras graduarse en la universidad, se había ido a trabajar para un veterinario en Randwick especializado en los caballos de carreras. Era un hombre de cuarenta y pocos años; un hombre guapo, encantador… y casado.

Al principio no había existido atracción entre ellos. Pero, tras dos años trabajando juntos, había surgido cierta intimidad. Habían desarrollado una amistad que, para Samantha, había sido muy satisfactoria.

No se había enamorado de Paul. Pero había llegado a desear que llegara el momento de estar juntos. Él la había hecho sentir bien. Samantha había estado dispuesta a trabajar largas horas y a aceptar más tazas de café de las que habría sido conveniente.

Una chica más sofisticada lo habría visto venir la noche en la que Paul la había tomado entre sus brazos y la había besado. Su declaración de amor había sido sorprendente. Samantha nunca antes había oído palabras tan apasionadas. Al menos, no dirigidas a ella.

Durante unos momentos, se había sentido tentada de rendirse a aquella voz que le decía que, quizá, el amor de aquel hombre fuese lo único que tendría jamás. Pero finalmente había mirado por encima del hombro de Paul y había visto la foto de su mujer y de sus hijos sobre su escritorio, sabiendo entonces que él no pensaba abandonarlos.

Justo el fin de semana anterior, Samantha había visto un programa en televisión en el que entrevistaban a una serie de mujeres que se habían convertido en «la otra». Sam se había sorprendido al descubrir que no parecían mujeres fatales, sino mujeres con una baja autoestima que estaban dispuestas a aceptar las migajas que sus amantes casados les tirasen. La mayoría creían que jamás encontrarían a esa persona especial que estuviera libre para amarlas como se merecían.

Samantha no quería ser la segunda. Nunca se había conformado con el segundo puesto en nada. ¿Por qué iba a hacerlo con el amor? Quería un hombre que no fuese de otra mujer, un hombre que pudiera darle todo lo que secretamente deseaba. Amor, un anillo e hijos.

De modo que había dejado el trabajo con Paul. También se había marchado de Sidney tras conseguir un puesto como veterinaria en la granja de purasangres de la familia real de Dubar.

Ella ya sabía que esa granja era una de las mejores en su especialidad dentro de Australia. El dinero nunca había sido un problema para su dueño, un acaudalado príncipe árabe.

Dada su poca experiencia en la cría de caballos de carreras, Samantha se había quedado sorprendida al conseguir el trabajo. Aun así, era una ávida aprendiz y pronto había aprendido todo lo que necesitaba saber del otro veterinario, un hombre de cincuenta y muchos años llamado Gerald.

Sin embargo, Samantha no estaba segura de querer estar haciendo eso el resto de su vida. Al aceptar el puesto, sólo había querido alejarse de la tentación que suponía Paul.

Por supuesto, también había estado el aliciente de vivir en el campo. Tenía la esperanza de que los hombres del campo no fueran tan exigentes como los tipos de ciudad. Quizá no encontraran sus modales secos tan poco atrayentes.

Samantha suspiró mientras conducía por la calle principal de otro pequeño pueblo del campo.

Por desgracia, su vida personal en la granja de la familia Dubar no había sido muy diferente a la que había llevado en Sidney. La verdad era que intimidaba a los hombres del campo más de lo que lo hacía a los de la ciudad. La mayoría de los hombres que trabajaban en la granja no se atrevían a mirarla, y mucho menos a hablar con ella. Sólo Jack parecía ser capaz de relacionarse con ella.

Ali, por supuesto, también hablaba con ella, pero, francamente, era a él a quien Samantha encontraba intimidarte. A su mujer también. La hermosa Charmaine era una antigua supermodelo que pasaba mucho tiempo dedicada a la beneficencia en Sidney. Tenían dos hijos; una niña llamada Amanda y un niño, Bardar, de sólo un año, llamado así por un viejo amigo del príncipe, un jeque que vivía en Londres y que tenía una reputación con las mujeres peor que la de Ali antes de casarse.

Samantha sabía todo eso porque Cleo se lo había contado. Como ama de llaves del príncipe y niñera a tiempo parcial, Cleo sabía todo lo referente al príncipe y a su familia. No era una cotilla maliciosa, de hecho era una señora encantadora, pero le gustaba mucho hablar. Cuando Ali y su familia viajaban a Sidney para pasar el fin de semana, Cleo la invitaba a la casa principal a cenar y a jugar a algún juego de mesa, durante el cual ambas mujeres charlaban sobre cualquier cosa. Se habían llevado bien desde el primer día, a pesar de que Cleo rondase los cincuenta.

Si no hubiera sido por Cleo, Samantha se habría marchado mucho antes. Aun así, sabía que no renovaría su contrato cuando acabara a finales de junio. La verdad era que echaba de menos Sidney y la vida en la ciudad. La paz y la tranquilidad del campo estaban bien en teoría, pero se sentía demasiado sola allí.

Por eso se había puesto tan susceptible cuando Cleo le había sugerido lo de su escapada a la Costa Dorada. Le debían tiempo libre, pero Samantha debería haber sabido que sería una pérdida de tiempo.

Aun así, había conseguido una cosa yendo allí. Sé había dado cuenta de que podía atraer a un hombre físicamente. El maquillaje de Cleo había hecho maravillas en ese aspecto. Lo que le quedaba por aprender era cómo actuar en una cita, después de realizar el

contacto inicial. No sabía bien cómo aprendería eso, ni quién sería la persona apropiada para enseñárselo, pero, si realmente quería casarse, tendría que cambiar.

Mientras conducía por la autopista sin prestar atención a sus alrededores, Samantha comenzó a preguntarse si habría sitios en Sidney que impartieran ese tipo de cursos. Lo que necesitaba era un entrenador de flirteo que le diera lecciones sobre qué decir y cómo actuar.

—¡No! exclamó Samantha al darse cuenta de que se acababa de pasar la entrada a la granja.

Frenó en seco y se echó a un lado de la carretera, haciendo que el camión que había estado siguiéndola prácticamente le arrancara la ventanilla mientras pasaba.

—¡Más cuidado! —gritó ella sacando la cabeza por la ventanilla. Se tomó su tiempo para dar la vuelta en la carretera, contemplando con interés sus alrededores—. Vaya. Debe de haber llovido mientras he estado fuera —dijo en voz alta al ver el verdor en los corrales. En esa época del año, las heladas normalmente habían acabado con la hierba y los caballos se alimentaban de piensos.

No era que necesitaran la lluvia. Al contrario que otras zonas de Australia, Hunter Valley no solía verse afectado por la sequía. La tierra era rica y fértil, perfecta para cultivar y para criar caballos.

Samantha se metió por el camino de grava y se detuvo frente a las enormes puertas de hierro, que eran tan impresionantes como el resto de la propiedad. El escudo real de Dubar estaba dibujado entre las dos puertas, fabricado en oro para destacar sobre el negro.

Samantha abrió las puertas con el mando que le habían dado al conseguir el trabajo y entró, recordando lo impresionada que se había quedado con el lugar el primer día. Era evidente que no habían reparado en gastos.

Pero era la casa lo que más llamaba la atención según ascendía por el camino. Un edificio de estuco blanco de una sola planta que se extendía sobre una colina, proporcionando gracias a su posición una vista perfecta del valle.

A unos cien metros de la casa, a la izquierda, se alzaba otra colina más pequeña que había sido aplanada para construir un helipuerto desde el que Ali podía volar todos los fines de semana a Sidney. Su helicóptero personal era enorme y negro, y estaba equipado con todos los lujos posibles. 0 eso le había contado Cleo.

Samantha nunca lo había visto por dentro.

Al ver el helicóptero, Samantha se preguntó qué estaría haciendo allí un lunes. Normalmente Ali lo enviaba de vuelta a

Sidney tras regresar el domingo por la tarde.

Estaba segura de que averiguaría la respuesta cuando hablara con Cleo. Esa mujer lo sabía todo sobre todos los que vivían allí. Samantha la llamaría cuando,hubiese deshecho las maletas y se hubiera preparado una taza de café. Eso le recordó que debería encender su teléfono móvil nada más llegar a la casa. Su retiro de cinco días de la vida real había acabado.

El camino se dividió tras un rato. La carretera que salíaa hacia la izquierda conducía a los establos y la de la derecha ascendía hacia el helipuerto y la casa. Samantha tomó la carretera del medio, que seguía el curso del río y llegaba hasta la casa en que ella vivía.

Los alrededores del río estaban principalmente destinados a cultivar avena para los caballos. Aunque no en invierno. También era el lugar en que se encontraba la pista de entrenamiento en la que comenzaban los caballos pequeños y donde corrían algunos de los caballos mayores. El objetivo era quitarles parte de la grasa.

Mientras Samantha se aproximaba hacia la pista de entrenamiento, frunció el ceño al ver la cosa más extraña de todas. Había un caballo en la pista, cosa poco habitual a esa hora del día. Eran poco más de las doce del mediodía. Se trataba de un enorme caballo gris montado por un hombre de pelo negro con vaqueros de color azul y una camisa blanca de manga larga.

Samantha no reconoció al hombre, pero sí al caballo. Smoking Gun era un semental muy cotizado que había llegado desde Inglaterra para pasar allí ese año. Había llegado un par de semanas atrás para descansar después de su primera temporada en el hemisferio norte. Su dueño era el jeque por el que el hijo de Ali había adquirido su nombre: Bandar. Ali había advertido a todo el personal antes de la llegada del animal que tendrían que proteger al caballo del jeque con su vida.

El caballo no se había aclimatado muy bien y requería mucho trabajo conseguir que dejara de hacer agujeros en las paredes de su establo. Lo habían trasladado a una cuadra especialmente acolchada para que no se hiciera daño, pero, a finales de la semana anterior, se había hablado de enviar a un hombre especializado en sementales difíciles que vivía en Inglaterra. Un gitano, por lo que había dicho Cleo.

Samantha imaginó que sería él el que estaría montando al caballo en ese momento. Con su pelo negro y largo y su piel oscura, tenía aspecto de gitano.

Sam sintió un vuelco en el estómago al ver cómo el animal se retorcía y daba vueltas. Sabía que sería mejor para tranquilizarlo

darle una vuelta larga por la pista en vez de una corta por la zona de ejercicios. ¿Pero y si el caballo comenzaba a correr a toda velocidad? ¿Y si se rompía un hueso? Estaba soportando más peso del que soportaba cuando competía. ¿Y si ocurría algo inesperado como que un perro apareciese en la pista? Smoking Gun podría tropezarse o estrellarse contra la verja.

Samantha miró a su alrededor. No había nadie a la vista. Nadie mirando. Ni un alma.

Eso era todavía más extraño.

Tenía que detener a aquel hombre.

Frenó en seco y salió del vehículo a toda velocidad. Pero, antes de que pudiera gritar, el hombre azuzó al caballo, que salió corriendo a toda velocidad levantando nubes de polvo a su paso.

Sam sentía que el corazón iba a salírsele por la boca. Era demasiado tarde para hacer nada. Si hubiera comenzado a mover los brazos o hubiera entrado en la pista para detenerlos, tal vez hubiera causado el tipo de accidente que ella temía. Tendría que esperar a que ese idiota decidiera que el caballo ya había hecho suficiente ejercicio.

Entonces le diría lo que pensaba de él.

Tres vueltas a la pista después, el jinete se dirigió a sacarlo de la pista, a pocos metros de donde se encontraba Samantha agarrando la verja con fuerza.

—¿Qué diablos cree que está haciendo? —preguntó ella con voz temblorosa—. ¿Le ha pedido permiso al príncipe Ali para practicar con Smoking Gun de ese modo tan temerario?

—¿Quién es usted? —preguntó él con un acento inglés de clase alta mientras se acercaba a Sam.

A Samantha le fue imposible no fijarse en su atractivo sexual. Durante un segundo simplemente se quedó mirándolo. Tenía unos ojos preciosos y un cuerpo perfecto.

—Soy Samantha Nelson —contestó ella—, una de las veterinarias residentes aquí. Supongo que usted es el experto que ha venido de Inglaterra, ¿verdad? Mire, no digo que no cabalgue usted bien, pero lo que acaba de hacer ha sido una estupidez. Así que, repito: ¿Tiene el permiso del príncipe?

—No —contestó él—. No necesito su permiso.

Fue entonces cuando Samantha reaccionó y se dio cuenta de que quizá aquel hombre no fuese quien creía que era.

El estómago le dio un vuelco y advirtió que sus rasgos eran similares a los del príncipe Ali, aunque no era tan típicamente guapo como su jefe. La cara de ese hombre era más larga y delgada,

sus pómulos más fuertes, y su boca era lo único suave en su rostro.

Sin embargo, le parecía más atractivo que a Ali.

—Ali ha regresado a Dubar para la coronación de su hermano —dijo él—. Me ha puesto al mando mientras él regresa.

Samantha se quedó desconcertada ante semejante cambio de acontecimientos. ¿0 acaso era la presencia de aquel hombre lo que estaba haciendo que su cerebro no funcionara con normalidad? Finalmente se recompuso lo suficiente como para asumir los hechos. El padre de Ali, el rey de Dubar, debía de haber muerto mientras ella estaba fuera. Samantha también dedujo que aquel hombre no podía ser un pariente cercano; de lo contrario estaría también en Dubar.

Tal vez fuese árabe, pero, bajo su aspecto autocrático, no era más que otro empleado, como ella. No podía evitar encontrarlo físicamente atractivo, pero no le gustaba. Y no estaba dispuesta a dejar que la pisoteara.

—Bueno, quizá debería haber dejado al mando a alguien con un poco más de sentido común.

Aquel hombre la atravesó con sus ojos negros.

—Es usted una mujer muy impertinente.

—Me lo han dicho en muchas ocasiones —respondió ella con un golpe de melena. Samantha imaginaba que no estaría acostumbrado a que una mujer lo desafiara, lo cual le daba más ganas de desafiarlo—. Pero hablo en serio. Lo que ha hecho con ese caballo ha sido extremadamente temerario. Mírelo. Está exhausto.

—De eso se trataba —dijo el jinete—. Necesitaba dar rienda suelta a su testosterona. Está acostumbrado a servir a varias yeguas al día. Es joven y todavía tiene que acostumbrarse a su vida en la granja. Quiere lo que quiere cuando lo quiere, como casi todos los machos. Con el tiempo, aprenderá que lo bueno es para los que esperan.

—Tal vez. Pero no puede montarlo así todos los días hasta que aprenda a controlar sus necesidades. 0 hasta que comience la próxima temporada. Es demasiado arriesgado.

—Yo asumiré el riesgo, señorita. No usted.

—Móntelo en una pista de ejercicios más grande, si quiere. Montarlo en esta pista, sin embargo, no es una opción. Estoy segura de que el príncipe Ali no lo aprobaría.

—No me importa si el príncipe Ali lo aprueba o no.

—Me pondré en contacto con él —amenazó ella al ver la arrogancia de aquel hombre—, y le diré lo que está haciendo.

—Hágalo, señorita. Ali no me dirá que pare. Smo

king Gun me pertenece. Soy el dueño de este caballo ypuedo montarlo hasta la muerte si me da la gana. Puede que me ponga yo en contacto con Ali para hablar de usted. Puede que le diga que su veterinaria es tan tonta como intrépida. No, no. no me discuta más. El caballo está cansado y yo también. Podrá discutir conmigo durante la cena. A las ocho en punto. No me haga esperar. Mi tiempo es muy valioso.

Sin más, se dio la vuelta y se alejó trotando sobre el caballo hacia la salida de la pista, sin mirar a Samantha mientras se dirigía hacia el establo.

Capítulo 2

POR primera vez en su vida, un hombre había dejado sin palabras a Samantha. Le llevó un minuto recuperarse y regresar al coche y, cuando lo hizo, se golpeó la espinilla al montarse. El orgullo le exigía que no mirara por el espejo retrovisor, pero el orgullo también había salido herido. Simplemente se quedó allí, sentada, mirando por el espejo hasta que el caballo y el jeque fueran dos puntos diminutos en la distancia.

Entonces apartó la mirada y se dijo a sí misma que era sorpresa y nada más lo que le había robado su compostura habitual.

Mientras conducía hacia su casa, comenzó a enfurecerse de nuevo. ¿Quién se pensaba ese Bardar que era dándole órdenes así? Sería el dueño del caballo, pero no lo era de ella. Ni siquiera era su jefe. No tenía por qué cenar con él si no quería.

Mientras aparcaba frente a su casa, se dio cuenta de que el problema era que sí quería cenar con él.

La mujer que había en ella, esa parte que no podía negar que Bardar era el hombre más sexy que había conocido en su vida, deseaba pasar más tiempo con él, deseaba mirarlo, discutir con él.

¿La encontraría él atractiva? ¿La habría invitado a cenar porque le interesaba como mujer?

Al mirarse en el espejo retrovisor, supo que no era

así. El hecho de haberse depilado las cejas hacía que resaltaran más sus ojos. Pero no estaba preparada para ser la portada de ninguna revista. Su barbilla era demasiado cuadrada, su boca demasiado ancha y su cuello demasiado largo. Aunque tenía unos buenos dientes. Todo habría sido distinto si hubiera sido un caballo.

—¡Dios! —exclamó mientras salía del coche—. No me extraña que me haya llamado tonta. Soy tonta por pensar que un hombre así podría sentirse atraído por una mujer como yo.

Cualquiera que hubiera leído prensa rosa sabría que los jeques millonarios sólo salían con supermodelos y miembros de la alta sociedad. A veces incluso se casaban con ellas. No había más que mirar a la hermosa esposa de Ali para saber el tipo de mujer que buscaban.

—La verdad es que no me importa —murmuró mientras subía los escalones hacia el porche—. Ese hombre es un machista de primer orden.

Sólo deseaba que no la hubiera llamado «intrépida». Deseaba

que aquellos ojos no la hubieran atravesado mientras lo decía. Había habido admiración en aquella mirada.

No le gustaba la idea de ser invitada a cenar para entretener al jeque. ¿Pero por qué otra razón la habría invitado?

Su mente perversa volvió a pensar en la posibilidad de que se hubiera sentido atraído por ella.

El aire frío dentro de la casa devolvió a Samantha de golpe a la realidad. Al presente. Era prioritario encender la calefacción antes que seguir fantaseando.

Para cuando hubo entrado en el dormitorio y dejado su maleta sobre la cama, Samantha ya deseaba correr a abrir el armario para mirarse de nuevo en el espejo que había en la puerta.

Se quitó la chaqueta de cuero intentando no verse como un hombre la vería, haciendo todo lo posible por ignorar las ideas preconcebidas que tenía sobre sí misma.

Fue recorriendo su cuerpo con la mirada lentamente. Se giró de un lado a otro contemplando sus perfiles y luego dándose la vuelta, antes de recordar que el jeque no la había visto desde atrás.

Era una pena. Tenía un buen trasero, sobre todo con unos vaqueros ajustados.

Cinco minutos después, Samantha se sentía mejor con respecto a su apariencia.

Su cara no estaba mal. Tenía unos ojos azules bastante bonitos, una piel clara y unos dientes geniales.

El pelo estaba bien. No, mejor que bien. Era sexy.

Su figura, francamente bien. Siempre— y cuando a los hombres les gustaran las altas con no demasiado pecho. Pero tenía unas piernas fantásticas, un estómago plano y un trasero prieto.

¿Quién sabe? Quizá el jeque se hubiera cansado de las modelos superglamurosas y quisiera probar algo distinto. Como una australiana de metro ochenta con un problema de actitud y una súbita sobrevaloración de sí misma.

—Has dejado que la pequeña transformación de Cleo se te suba a la cabeza —murmuró.

Decidió que eso era lo que debía hacer. Llamar a Cleo y averiguar exactamente qué estaba pasando.

Samantha abrió uno de los bolsillos laterales de su bolsa y sacó el móvil. Lo encendió e ignoró el sonido que anunciaba que tenía mensajes en espera, llamando directamente a la casa principal.

—Aquí Norm. ¿En qué puedo ayudarle?

Samantha se quedó desconcertada por un instante.

Norm era el marido de Cleo. También trabajaba para el príncipe

Ali, pero nunca contestaba al teléfono.

—¿Norm? —dijo ella—. Hola. Soy Samántha. ¿No está Cleo?

—Hola, cielo. Sí, está aquí, corriendo de un lado a otro. No tienes idea de lo que ha ocurrido.

—¿Qué? —preguntó Samantha, considerando que sería mejor no decirle nada a Norm sobre su encuentro con el jeque.

—El padre de Ali murió el martes, el día después de que tú te marcharas, y Ali ha tenido que irse al funeral y a la coronación de su hermano. Toda la familia se ha ido. Estarán fuera tres semanas. En cualquier caso, Ali le pidió a un amigo que cuidara del lugar mientras estuviera fuera. Es el tipo por el que llamaron así a Bandar. El jeque Bandar bin algo. Cleo lo sabe todo sobre él. Podrás preguntárselo más tarde. Vino anoche desde Londres y se suponía que hoy pasaría el día descansando en la suite de ese hotel en Sidney que Ali posee. Pero parece que estaba ansioso por venir aquí a ver a su caballo. Ya sabes cuál. Ha estado causándole al pobre de Ray muchos problemas.

Samantha dudaba que pudiera darle muchos problemas al jefe del establo después de la galoparla que había tenido en la pista aquel día.

—En cualquier caso, Cleo está un poco agobiada porque no tenía la suite de invitados lista para él —añadió Norm—. Y eso es lo que ha estado haciendo. ¡Es Samantha, cariño! —gritó—. Sí, ha vuelto. Has vuelto, ¿verdad? —le preguntó a Samantha.

—Sí, he vuelto.

—¡Ha vuelto! Aquí está Cleo. Quiere hablar contigo.

—Samantha. ¿Por qué has vuelto tan pronto? No tenías que regresar hasta esta tarde.

—He tomado un vuelo anterior.

—No parece que el viaje a la Costa Dorada haya sido satisfactorio.

—Ha sido un descanso agradable.

—¿Entonces no has tenido suerte?

—No.

—No importa. Ha merecido la pena intentarlo. ¿Te ha contado Norm lo que ha ocurrido aquí?

—Claro. Pobre Ali. ¿Estaba triste por la muerte de su padre?

—No mucho. Al fin y al cabo, ese anciano lo envió al exilio. Pero se alegró por su hermano. Dijo que ya era hora de que Dubar tuviera un rey que estuviera más en contacto con el mundo real. ¿Sabes quién es nuestro visitante temporal?

—Sí. Norm me lo ha contado. Aunque no recordaba sus

apellidos. Sólo lo del jeque Bandar.

—Sí, yo tampoco recuerdo sus apellidos. Pero se parece un poco a Ali en ese sentido. No le da mucha importancia a eso. Le gusta que le llamen Bandar.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Y no le gusta estar parado. Salió a ver a su caballo en cuanto llegó. Pero no antes de pedirme que preparara una cena especial para esta noche. Nada excesivo, me dijo. Simplemente quiere conocer un poco a todos los miembros del personal. Supongo que se refiere a Ray y a Trevor. Gerald también, claro, lo que significa que, probablemente, tú también estarás invitada.

—Ya me lo ha pedido —confesó Samantha sintiéndose estúpida por todas las fantasías que había albergado con respecto a esa cena. Más que estúpida, se sentía como un globo pinchado.

—¿Qué? ¿Has conocido ya a Bandar? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque ha sido bochornoso. Al principio no me di cuenta de quién era, Cleo. Pensé que era sólo un mozo de cuadra. Un gitano.

—¿Qué? Bueno, la verdad es que tiene aspecto de gitano, supongo. Con ese pelo, esa piel y esos ojos. Pero, Samantha, por el amor de Dios, no tiene aspecto de mozo de cuadra. Dime, ¿qué diablos ha ocurrido?

Samantha le contó la horrible verdad, aunque no añadió el hecho de que hubiera fantaseado con lo que podría significar la invitación a cenar.

—Oh, Samantha —exclamó Cleo medio riéndose—. Un día tendrás que aprender a poner el cerebro en marcha antes de abrir la boca. Los hombres odian a las mujeres agresivas. Ése es tu principal problema, cielo. Eres demasiado agresiva.

—Prefiero pensar que tengo carácter —se defendió Samantha.

—Es lo mismo. Pero no te preocupes. No es como si estuvieras intentando atrapar al jeque. Quiero decir que a los hombres como él les gusta que…

—Sé muy bien el tipo de mujeres que buscan los hombres así, Cleo —dijo Samantha.

—Por desgracia no son las mujeres bajitas y casadas de cincuenta años —añadió Cleo.

Samantha se carcajeó. Cleo siempre sabía cómo hacer que se riera. La echaría de menos cuando se fuera.

—Es muy atractivo, ¿verdad? —prosiguió Cleo.

—Supongo. Si te gustan los cerdos machistas.

—Samantha, de verdad, él no es así. Es tan encantador como era Ali al llegar aquí. Deben de haber sido todos esos años viviendo en Londres, rodeado de gente de alta alcurnia.

—Veo que a ti te ha engatusado. Apuesto a que los hombres no lo consideran tan encantador.

—Puede que te equivoques en eso. Ha sido encantador con Jack. Yo valoro el carácter de un hombre por cómo trata a Jack. Y por cómo Jack responde a él. No se puede engañar a los animales ni a los niños.

—¿Hay algo que pueda hacer yo por ayudar? —preguntó Samantha—. Norm ha dicho que estabas muy ocupada. Y Gerald no espera que yo regrese al trabajo hasta mañana por la mañana.

—No, ya me he encargado de todo. Y Judy va a venir más tarde para ayudarme a cocinar y a servir.

—¿Qué vas a cocinar?

—Todavía no lo sé. Nada que sea demasiado complicado. Probablemente cordero asado. Con pan casero. Y mi pastel de membrillo para el postre. A Ali le encanta ese menú, así que debería servir. No estoy segura sobre el primer plato. Probablemente prepare unos aperitivos para tomar con las bebidas.

—No beberá si es musulmán —señaló Samantha.

—Tienes razón. No había pensado en eso. Cuando vuelva, le preguntaré si bebe alcohol. Ali siempre lo sirve, aunque no lo bebe. Pero supongo que se esperará que haya cervezas. Sobre todo Ray y Trevor. Y a Gerald le encanta tomar vino con la comida. Mira, estoy segura de que no le importará que los demás beban. Es un hombre sofisticado, y ha vivido en Londres casi toda su vida. Debe de estar acostumbrado a las costumbres del mundo accidental.

—Si no lo está, pronto lo estará —dijo Samantha. A los australianos les encantaba la cerveza.

—¿Te ha dicho Bandar a qué hora quiere que estés aquí? —preguntó Cleo.

—Me ha dicho que a las ocho.

—Oh, Dios mío, ¿tan tarde? Cuando todo el mundo termine las bebidas, serán ya las nueve. Muy tarde para cenar. Espero que no me haga servir la cena a esas horas todas las noches. Sé que la gente que vive en Europa cena tarde, pero nosotros no. aun así, él es el jefe, supongo. Tendré que seguir sus órdenes hasta que regrese Ali. Pero echaré de menos mis programas favoritos. Oh, oh. Oigo a alguien fuera. Creo que ha vuelto. Tengo que colgar, cielo. Te veo esta noche.

«Esta noche», pensó Samantha al colgar el teléfono.

Ya estaba deseando que llegara esa noche, pero también lo temía.

—¡Soy una idiota! —exclamó justo cuando su móvil volvía a sonar—. ¿Sí?

—Sam, soy yo, Gerald. Un pajarito me ha dicho que habías vuelto. Mira, podría apañármelas yo solo. Uno de los potros se ha resbalado en el fango y se ha hecho daño en una pata. Necesito a alguien que lo mantenga tranquilo mientras lo coso. ¿Crees que podrías venir? Pareces tener un toque especial con los potros.

Samantha estaba encantada de hacer algo. La idea de quedarse sentada en casa poniéndose nerviosa por lo de esa noche no le apetecía.

—Allí estaré —respondió.

—¡Genial! Te veo ahora.

Samantha volvió a ponerse la chaqueta, sintiéndose mucho mejor. Trabajar con caballos siempre había hecho que se sintiera bien. Porque se le daba bien. Nadie podría quitarle eso.

«Al diablo con los hombres», pensó mientras se dirigía hacia la puerta.

Capítulo 3

LA oscuridad cayó bastante antes de las ocho. Los días eran cortos en esa época del año, y la temperatura descendía considerablemente nada más ponerse el sol tras la cordillera, sobre todo en noches como ésa, cuando no había nubes. La luna llena iluminaba el paisaje, bañando el valle con su luz y haciendo que la enorme casa blanca destacara aún más en la colina.

Samantha abandonó su casa justo a las ocho, sabiendo que le llevaría otros dos minutos regresar con el coche a la intersección del camino y luego subir hasta la casa principal. Estaba decidida a no llegar a las ocho en punto, como había dicho el jeque. Pero tampoco quería llegar tarde y parecer una maleducada.

También estaba decidida a no ceder a la tentación y vestirse especialmente para esa cena. Los demás lo considerarían extraño. Estaban acostumbrados a su modo de vestir.

Sus vaqueros azules estaban limpios, al igual que sus botas de montar elásticas. Su jersey negro de cuello vuelto era tan bueno como si fuera nuevo. Samantha se habíaa puesto también su chaqueta de cuero negra para subir con el coche, pero se la quitaría una vez que estuviese dentro.

Había decidido no ponerse maquillaje, a pesar de tener actualmente bastante y de ser capaz de aplicárselo con soltura. Cleo no había descuidado un solo detalle antes de enviarla la semana anterior a su misión imposible particular.

Se tomó su tiempo para subir la colina, observando el helipuerto ahora vacío con una mezcla de sorpresa e irritación. El hecho de que no hubiera oído al helicóptero despegar demostraba lo distraída que había estado toda la tarde. El aparato era tremendamente ruidoso: La verdad era que había puesto la música a todo volumen al regresar a casa a eso de las cinco. Probablemente el helicóptero se hubiera marchado mientras ella estuviera dentro. Deseaba que hubiera sido así. No quería empezar a pensar que se le estaba yendo la cabeza.

Los otros tres miembros del personal que iban a asistir a la cena ya habían llegado cuando ella aparcó el coche en la zona de invitados a un lado de la casa. El coche de Gerald estaba aparcado entre el de Trevor y el de Ray.

Aparcó junto al coche de Trevor y dejó las llaves puestas. Nadie iba a robar su coche allí.

No llevaba bolso. Nada de accesorios ni adornos aquella noche. No como la semana anterior, en la que no había hecho más que correr al tocador más cercano a cada momento para comprobar que no se le hubiera corrido el maquillaje.

Su imagen de chico quedó reflejada en la exasperada expresión de Cleo al abrir la puerta.

—Sé que dije que no tenía sentido flirtear con nuestro visitante —murmuró Cleo cerrando la puerta tras Samantha—. Pero, la verdad, cielo, algo de maquillaje no habría venido mal. Además, llegas tarde. No creo que a Bandar le haga gracia. Estaba preguntándome dónde estabas.

A Samantha le gustaba la idea de que al jeque no le hiciera algo gracia. Pero no lo demostró. Simplemente se encogió de hombros y fingió indiferencia mientras se quitaba la chaqueta y la colgaba en el armario adyacente al vestíbulo.

—Sólo llego unos minutos tarde— Supongo que todo el mundo estará en la sala principal.

—Sí, así que ve para allá cuanto antes. Tengo que ocuparme del asado —Cleo desapareció a toda prisa, vestida aquella noche con un traje de color verde esmeralda.

Cleo era lo más alejado al cliché del ama de llaves que podía imaginarse. No tenía vestidos negros y el pelo recogido en un moño. Su pelo era corto, revuelto y pelirrojo:

Una vez sola, Samantha miró a su derecha, hacia las puertas cerradas. Como todas las puertas de la casa, estaban hechas de cedro y decoradas con relieves de estilo oriental. Tras esas puertas, sabía que se encontraba la sala de recepciones, con sofás llenos de brocados y sillas dispuestas alrededor de una enorme chimenea de mármol. El fuego estaría encendido, haciendo que el mobiliario brillase y la lámpara de araña deslumbrase como sólo una lámpara de araña podía hacerlo.

Samantha agarró el picaporte de la derecha y abrió la puerta.

—Ah, aquí está Sam —anunció Gerald cuando ella entró.

Samantha había oído historias sobre gente en situaciones estresantes que se imaginaba que todo a su alrededor parecía haberse quedado inmóvil de pronto, como en un cuadro. Quizá eso fuera ir demasiado lejos, pero sintió cómo le temblaba todo el cuerpo. Observó a Gerald, sentado en un sillón con una copa de jerez; luego miró a Trevor y a Ray, recostados en el sofá principal con vasos de cerveza; y finalmente advirtió al hombre que había de pie a un lado de la chimenea, apoyado sobre el mármol con un hombro y con una copa de brandy en la mano derecha.

Si Samantha había considerado antes al jeque como alguien sexy, ahora lo encontraba mucho más atractivo. Estaba soberbio con sus pantalones negros y su camisa de seda azul. Seguía sin tener aspecto de jeque, pero ya no parecía gitano. Tenía el pelo echado hacia atrás y la cara afeitada.

Tenía un aspecto exótico. Samantha podía verlo haciendo el papel de un bucanero, uno muy adinerado, a juzgar por el aspecto de sus joyas.

Varios anillos adornaban sus dedos largos y elegantes. Uno tenía una piedra negra en el centro, otro un diamante y el tercero un zafiro azul. Sin duda, todos eran auténticos. Un reloj de oro rodeaba su muñeca izquierda, y una cadena dorada colgaba alrededor de su cuello.

Samantha sentía que no podía quitarle los ojos de encima, no podía moverse. Pero sí que había movimiento en su interior. El movimiento de la sangre ardiendo. La sensación no de estar helada, sino derritiéndose.

—Comenzaba a pensar que le habría ocurrido algo —dijo él con cierta impaciencia en la voz.

—No es muy probable. Sam no es ese tipo de chicas. ¿Verdad, Sam?

—¿Y qué tipo de chica soy, Ray? —preguntó Samantha, irritada por el comentario y, a la vez, agradecida por la distracción. Al menos eso le dio la oportunidad de apartar la mirada del jeque, cerrar la puerta y entrar en la habitación.

—No el tipo de las que se meten en problemas —contestó Ray riéndose.

—Cualquier mujer puede meterse en problemas —señaló el jeque—. Venga, le serviré algo de beber —añadió haciéndole gestos para que lo siguiera junto a una mesa bajo la ventana, donde Cleo siempre colocaba las bebidas y las copas—. ¿Qué quiere beber? ¿Licor? ¿Vino? ¿0 algo más suave?

¿Era aquel brillo al pronunciar la palabra «suave» una burla hacia ella?

—No tiene por qué servirme —dijo ella secamente—. Soy perfectamente capaz de servirme una bebida.

El jeque sonrió.

—Estoy perfectamente seguro de eso —dijo—. Pero no se trata de eso. Un caballero siempre le sirve a una dama su bebida —añadió sin dejar de sonreír.

Samantha apretó los dientes. Ese hombre estaba decidido a salirse con la suya, usando su autoridad para darle órdenes o

utilizando su encanto. Por supuesto, los hombres así estaban acostumbrados a salirse con la suya. También estaban acostumbrados a desplegar sus encantos con las mujeres. Cleo ya había sido víctima de eso. Pero ahora era ella la que corría peligro. Aquel hombre era casi irresistible cuando sonreía así.

¡Y lo sabía!

Aquel último pensamiento hizo que Samantha decidiera no rendirse a su encanto. Quizá hubiera sido distinto de haber sido él un hombre normal. Pero babear por un playboy multimillonario no sólo iba contra sus principios, sino que era una pérdida de tiempo. Mucho más que su escapada a la Costa Dorada.

—Una copa de vino blanco —dijo ella como si no le diera importancia a lo que bebiera, o a con quién bebiera.

Pero, mientras observaba cómo sacaba la botella de Chardonnay de la hielera y lo servía en una copa, su cuerpo traidor se negó a obedecer a su cabeza. Estar de pie a tan poca distancia de él hacía que se sintiera extraña. No sólo se le había acelerado el corazón, sino que tenía los nervios a flor de piel. Nunca antes había sido consciente de cómo olía un hombre, tal vez porque los hombres con los que se relacionaba olían a caballo.

Bandar no olía a caballo. Ni en lo más mínimo. El aroma que emanaba su cuerpo era tan exótico como él mismo: algo especiado, sensual y sexy. Oh, sí, muy sexy.

—Me han dicho que este vino proviene de un excelente viñedo local —dijo él mientras le entregaba la copa.

Ella se giró para aceptarla y sus miradas se encontraron una vez más. Samantha sabía lo que él estaba pensando. ¿Qué tipo de mujer sería aquélla que no se preocupaba por su apariencia?

Se sintió avergonzada y arrepentida por no haberse esmerado arreglándose para esa cena. Su lengua salió en su ayuda, como siempre hacía cuando se sentía vulnerable en compañía de hombres.

—Pensé que los musulmanes no bebían —dijo rápidamente cuando el jeque volvió a agarrar su copa de brandy.

—Algunos —contestó él después de dar un trago—. El mundo está lleno de gente imperfecta. Pero yo no soy musulmán.

—Ah —dijo ella desconcertada—. Perdón. Simplemente lo había dado por hecho. La mayoría lo son.

—¿La mayoría de qué?

—La mayoría de los árabes.

—Algunos árabes son cristianos —señaló él—. Algunos son judíos. Algunos incluso son budistas o ateos. Pero yo tampoco soy

de ésos.

—¿Entonces qué es?

—Soy quien soy.

—¿Y eso qué es?

—Sólo un hombre llamado Bandar.

—Un jeque llamado Bandar —añadió ella. Samantha odiaba la falsa modestia. Él no era un hombre normal. Para empezar, era multimillonario.

—Sí, soy jeque. Pero no es más que un título heredado. Prefiero no darle mucha importancia. A algunas de las personas con las que me relaciono en Londres les gusta referirse a mí como jeque porque hace que se sientan importantes. Pero estoy seguro de que usted no es de ésas. Así que, por favor, llámame Bandar.

—Está bien —dijo Samantha encogiéndose de hombros—. Aquí en Australia llamamos a todo el mundo por su nombre. Salvo quizá al primer ministro.

—¿Y cómo lo llamáis?

—Depende de si estamos contentos con su política o no —contestó ella, sintiéndose más cómoda con ese tipo de conversación. Era así como se comportaba cuando estaba en compañía de hombres. Se mostraba descarada y nada vulnerable.

Él se quedó mirándola y luego negó con la cabeza.

—Creo que tengo mucho que aprender de los australianos —dijo —. Es una pena que sólo vaya a estar aquí tres semanas. Creo que me llevaría mucho más tiempo comprender vuestra cultura.

—Mucha gente piensa que los australianos no tenemos cultura en absoluto.

—Eres una mujer muy poco corriente. Hablaremos más tarde, durante la cena. Pero, por ahora, hay cier tas cosas que me gustaría comentarles a los demás. Siéntate —ordenó antes de regresar junto a la chimenea.

Samantha se sentó. Había un tiempo y un lugar para rebelarse, y aquél no era uno de ellos. Además, sentía que necesitaba sentarse. Su confrontación verbal con Bandar la había dejado débil, como si hubiera agotado toda su resistencia.

Aunque no le importaba realmente.

—Gracias por venir a cenar conmigo esta noche —comenzó él de manera formal y seria—. Antes de que vayamos al comedor para cenar, hay ciertas cosas que me gustaría aclarar. Primero, quiero aseguraros que el príncipe Ali tiene plena confianza en vosotros. No me ha puesto al mando para interferir en el funcionamiento general de la granja, sino para tomar decisiones si es que hay que tomarlas.

Por suerte, no es una época muy ajetreada. La época de alumbramiento de las yeguas en vuestro país no comienza hasta agosto. Pero los purasangres son criaturas sensibles, famosas por causar problemas inesperados. Si surge algún problema, por favor, decídmelo. Tengo mucha experiencia en el mundo de la cría y el entrenamiento de caballos de carreras. No hay nada que no sepa sobre este negocio.

Samantha trató de no mirar con desdén al escuchar ese comentario más bien egocéntrico. Ya sabía que Bandar era arrogante. Pero, francamente, ¿había alguien en el mundo que lo supiera todo sobre caballos?

—Y hablando sobre mi experiencia con los caballos, sé que ha habido cierta disconformidad sobre el hecho de que haya montado a Smoking Gun hoy en la pista. Tú, Raymond, expresaste ciertas reservas. Gerald también. Y Samantha, que pasó por la pista en ese momento, parecía bastante alterada. Pensó que lo que estaba haciendo era arriesgado y temerario. Lo dejó bien claro con sus palabras.

—Sigo pensando exactamente lo mismo —dijo ella sin dudar un instante. Al fin y al cabo, ¿qué podía él hacerle? ¿Conseguir que la despidieran? En cualquier caso, iba a dejarlo pronto.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuró el jeque mirándola con ojos brillantes—. Pero te equivocas. Conozco a ese caballo y sé lo que necesita para comportarse bien. Se ha comportado bien desde entonces, ¿verdad?

—Ha estado como un corderito —dijo Ray.

—Sin embargo, no seguirá siendo tan apacible en unos pocos días. Entonces, volveré a montarlo. Confío en que no haya más objeciones. ¿Alguno de voso=tros tiene alguna pregunta? —preguntó mirando a Samantha.

Ella le aguantó la mirada sin achantarse visiblemente, lo cual fue un pequeño milagro. Por dentro estaba temblando.

—Ali pensaba asistir a una venta este miércoles —dijo Trevor—. El dueño de una de las granjas locales murió hace seis meses. Su mujer va a venderlo todo y a mudarse a la ciudad. Las yeguas son de una excelente calidad. Algunas están preñadas por sementales de primera clase. Sé que Ali estaba muy interesado en asistir.

—Entiendo. Tal vez llame mañana a Ali para hablar del tema. Si está de acuerdo, iré yo en su nombre. Pero quizá necesite a alguien que me lleve.

—Sam podría llevarte —sugirió Gerald—. Podría echarles un vistazo a las yeguas al mismo tiempo. No se le escapa una, y tiene

buen ojo para los caballos.

Samantha sintió un vuelco en el estómago cuando Bandar la miró.

—¿Te parece bien, Samantha?

¿Qué pregunta era ésa? Claro que no le parecía bien. ¿Cómo iba a pensar con claridad con él a su lado durante todo el día?

Sin saber cómo, consiguió encogerse de hombros como si le diera igual.

—Tú eres el jefe —dijo. Bandar sonrió y dijo:

—Te lo haré saber antes de mañana por la noche.

Ahora, creo que es hora de ir a cenar.

Capítulo 4

LA mesa del comedor era enorme, capaz de dar de comer al menos a veinte personas. Cleo sólo había vestido un extremo: obviamente su invitado querría presidir la mesa, con dos servicios más a cada lado. Un enorme jarrón con flores frescas esaba situado en mitad de la mesa, lo que significaba que sería completamente inútil para ocultarse tras él.

Samantha se apresuró a sentarse en una de las sillas más alejadas de la cabecera de la mesa, sintiéndose aliviada al ver que Gerald se sentaba a su lado, con Ray y Trevor ocupando las dos sillas de enfrente. Bandar se acomodó presidiendo la mesa, dirigiéndole una mirada fulminante mientras extendía su servilleta.

Ignorándolo, Samantha desenrolló su propia servilleta lentamente y se la colocó en el regazo sin dejar de mirar hacia la puerta por la que esperaba que apareciese Cleo de un momento a otro.

Así lo hizo, llevando una bandeja cargada con cuencos de sopa.

—¿Has decidido servir un primer plato finalmente? —susurró Samantha cuando Cleo le colocó el cuenco delante.

—Deberías haberlo sabido al ver la disposición de la cubertería —contestó Cleo.

Samantha no quería decirle que la cubertería era lo último en lo que se había fijado al sentarse a la mesa.

—Espero que el menú sea de tu agrado, Bandar —dijo Cleo cuando regresó al comedor con una bandeja con pan—. Es una de las comidas favoritas de Ali. Sopa de boniato y puerro seguida de cordero asado y pastel de membrillo. También casero, por supuesto. Tenemos un membrillo en la granja —añadió con orgullo en la voz.

—Entiendo que a Ali no le guste viajar —contestó el jeque—. Aquí lo cuidan demasiado bien.

—Qué cosas dices —dijo Cleo, e incluso le dio un golpecito en el brazo—. ¡Oh, Dios, me he olvidado del vino! Iré a buscarlo.

—Que el mío sea tinto —gritó Gerald mientras Cleo regresaba hacia la puerta que daba a la cocina.

—He abierto las dos —contestó ella por encima del hombro.

—Al¡ me dijo que su ama de llaves era un tesoro —dijo Bandar mientras Cleo estaba fuera de la habitación—. Entiendo lo que quería decir. Es como un soplo de aire fresco. En otras circunstancias, trataría de llevármela conmigo.

—No tendrías posibilidad de hacer eso bajo ninguna circunstancia —dijo Samantha—. Cleo nunca abandonaría a Ali ni a su familia. Ni Australia.

—Te sorprendería saber cuántas cosas se convierten en irrelevantes con la oferta apropiada de dinero —dijo él.

Justo entonces, Cleo reapareció en la sala con una botella de vino blanco en una hielera y un decantador con vino tinto. Colocó ambos objetos sobre la mesa para que estuvieran al alcance de todos.

—Si te pagara un millón de dólares al año, Cleo —dijo Bandar —, ¿te vendrías conmigo a Londres?

—¿Cómo qué? —preguntó Cleo con una sonrisa.

—Como mi chef personal.

—Lo siento. Si hubieras dicho amante, quizá lo habría considerado.

Todo el mundo se rió, incluso Samantha. Pero no por mucho tiempo. Pronto se quedó allí sentada, mirando la sopa y deseando poder ser más como Cleo. Aquella mujer nunca se echaba atrás ante nada. Era muy buena con la gente, y tenía un sentido del humor excepcional. Era una pena que Norm y ella no hubieran tenido hijos. Habría sido una madre maravillosa.

Aquel último pensamiento dio paso a sus propias aspiraciones de ser madre. Con suerte, aquello sería posible. Samantha sabía desde hacía años que podría tener problemas a la hora de quedarse embarazada. Sus reglas eran muy irregulares cuando no estaba tomando la píldora.

Incluso aunque tuviera un hijo algún día, ¿sería una buena madre? ¿Y si tenía una niña? Una niña necesitaba una madre que fuera femenina, que pudiera enseñarle a actuar como una chica. ¿Cómo iba a enseñarle eso si ni siquiera podía hacerlo ella misma?

—¿No te ha gustado la sopa?

La pregunta de Cleo devolvió a Samantha al mundo real, donde descubrió que todo el mundo había terminado la sopa, pero ella seguía allí sentada, sin haberla probado apenas.

—Oh, lo siento, Cleo. Sí, está muy buena. Simplemente estaba soñando despierta. Déjamela aquí. Te prometo que me la terminaré.

—No —dijo Cleo quitándole el cuenco—. Has perdido tu oportunidad. Judy tiene listo el siguiente plato.

Le colocó un plato a Samantha antes de que pudiera rechistar. Olía deliciosamente y tenía un aspecto inmejorable, pero Samantha había perdido el apetito. Suspiró mientras agarraba el cuchillo y el tenedor, sabiendo que tendría que comer un poco o, de lo contrario,

Cleo se enfadaría con ella.

Aquella cena estaba resultando ser peor de lo que había imaginado. ¿Y qué pasaría el miércoles? ¿Qué haría si Bandar quería que fuese con él a la venta? Tendría que pasar el día entero a solas con él.

Samantha llevaba tiempo sin estar contenta con ella misma. Sin embargo, cuando estaba cerca del jeque, se despreciaba. Si Cleo hubiera tenido veintiséis años, hubiera estado soltera y en su posición, no habría ido vestida con vaqueros y el pelo recogido con una coleta. Cleo se habría arreglado convenientemente. Habría halagado al jeque, habría flirteado con él y se lo habría pasado bien. Él habría quedado encantado y probablemente habría acabado llevándosela con él a Londres. 0 al menos a la cama.

Sería bueno en la cama. No, sería muy bueno.

Sabía que nunca lo descubriría, pero, por lo menos, podía pensar en ello. Pensar en él.

Observó a Bandar, sentado a la cabecera de la mesa, charlando con Gerald, que no paraba de hacer preguntas sobre los caballos de carreras en Inglaterra. Al parecer, Bandar poseía un gran número de campeones, lo cual demostraba lo rico que era. Había comenzado a comerse el cordero y miraba de vez en cuando al plato, pero su cabeza seguía girada ligeramente hacia Gerald.

—¿Compraste a Smoking Gun cuando era potro? —preguntó Ray de pronto.

Cuando Bandar levantó la cabeza y la pilló mirándolo, Samantha quiso que le tragara la tierra. Bandar la observó por un instante con los ojos entornados antes de dejar el cuchillo y el tenedor y mirar a Ray.

—No. Yo lo crié. Crío a casi todos mis caballos. Eso me da una gran satisfacción.

—Debiste de empezar con esto siendo muy joven —señaló Gerald—. Smoking Gun tiene seis años, y tú no puedes tener más de treinta.

—Gracias por el cumplido, pero este año cumpliré treinta y cinco.

A Samantha no le sorprendió que fuera mayor de lo que parecía. Su cara no tenía arrugas, pero se veía la experiencia en sus ojos.

—Heredé la granja de mi padre cuando tenía dieciséis años. Así que sí, empecé joven.

—¿Ha sido siempre tan difícil? —preguntó Ray—. Me refiero a Smoking Gun.

—En absoluto. Durante su época como caballo de carreras era

muy dócil. Pero su nueva vida en la granja lo ha excitado. Aun así, los hombres podemos comprender eso. No hay nada más estimulante que ese momento en la vida en que uno descubre los placeres de la carne. Y mi caballo ha pasado de fecundar a varias yeguas al día al más absoluto celibato. Una situación muy frustrante para cualquiera. Llegada la primavera, estará de maravilla. Por lo que me ha dicho Ali, tiene un harén con las mejores yeguas esperándolo aquí.

—Claro que sí —confirmó Trevor—. Su agenda está muy apretada.

—Un caballo afortunado —murmuró Bandar observando brevemente a Samantha antes devolver su atención a la comida.

Samantha alcanzó su copa de vino y dio un largo trago, diciéndose a sí misma que estaba sufriendo de un ataque de imaginación hiperactiva. No había mensajes ocultos en su mirada. No estaba interesado en ella. No podía estarlo. Estaba siendo una tonta.

Y, desde ese momento, nada de lo que el jeque hizo o dijo habría podido ser malinterpretado como una invitación. De hecho, la ignoró, dirigiéndose siempre a los hombres.

Aunque tampoco hubo demasiada conversación. En realidad, para cuando llegó el postre, Bandar ya parecía cansado. Se frotó las sienes un par de veces y frunció el ceño como hacía la gente cuando no se sentía bien, o cuando les rondaba algo por la cabeza.

Tras comerse menos de la mitad de la porción de pastel que Cleo le había servido, dejó el tenedor en el plato y se puso en pie.

—Debo disculparme —dijo—. Parece que el desfase horario me ha pillado de golpe y debo retirarme. Hablaré con Cleo antes de irme. Le aseguraré que no ha sido su comida. Buenas noches a todos. Os veré por la mañana. Inshallah —añadió antes de irse.

—¡Vaya! —exclamó Gerald—. Eso ha sido un poco grosero. No le habría pasado nada por quedarse hasta el café.

—No tenía buen aspecto —dijo Samantha, molesta con Gerald por ser tan poco comprensivo. ¿Acaso no veía que Bandar estaba agotado? El jet lag era conocido por atacar de golpe. Aunque ella no lo había experimentado nunca. No había salido de Australia. Otro asunto del que se ocuparía en un futuro próximo. Decían que viajar abría la mente. A ella le vendría bien. Incluso se había sacado el pasaporte el año anterior, tras dejar el trabajo con Paul, pero no estaba muy segura de lo que iba a hacer.

—¿Qué ha sido esa palabra árabe que ha dicho? —preguntó Trevor—. ¿Insha algo?

—No tengo ni idea —contestó Gerald—. Nunca había oído a Ali decirlo.

—Pregúntaselo —le dijo Trevor a Gerald.

—Pregúntaselo tú —respondió Gerald.

—Oh, por el amor de Dios, ¿qué más da? —dijo Samantha irritada—. Se habrá ido a finales de junio. Sólo va a quedarse tres semanas

—Gracias a Dios —murmuró Ray—. No se parece en nada a Ali.

Samantha estuvo a punto de abrir la boca para defenderlo otra vez, pero se detuvo. No quería que los demás pensaran que le gustaba.

Ya era suficientemente malo que fuera cierto.

El miércoles reapareció en su mente mientras conducía de vuelta a su casa poco después. ¿Seguía sin querer ir con él?

La respuesta apareció en su cabeza al tumbarse en la cama, sola, aquella noche y comenzó a fantasear con Bandar.

A pesar de temer quedar como una tonta si se quedaba a solas con él, Samantha deseaba ir, aunque sólo fuera para seguir sintiendo las cosas que le hacía sentir. Y pensar las cosas que le hacía pensar. Cosas excitantes. Cosas sexuales…

En su cabeza, los dos estaban montando a caballo. Bandar iba sobre un gran purasangre de color gris y ella sobre una yegua color avellana. Se detenían junto al río, donde él la bajaba del caballo y la sujetaba mientras recorría su rostro con la mirada. La besaba desesperadamente, no una, sino varias veces. Samantha estaba sin aliento para cuando él levantaba la cabeza. Comenzaba a desabrocharle los botones de la camisa uno por uno. Debajo, no llevaba nada. Bandar no hablaba mientras la desnudaba hasta la cintura. Simplemente la miraba. Observaba cómo sus pezones se endurecían bajo su mirada. Samantha deseaba que le tocara los pechos, pero no lo hacía. La tumbaba sobre la hierba y le quitaba el resto de la ropa. El día era soleado, pero no caluroso. Aun así, ella no tenía frío. Sus temblores eran de deseo. Decía su nombre mientras él se quitaba la ropa. Su cuerpo era hermoso. Se tumbaba junto a ella sobre la hierba y comenzaba a acariciarla. Ella no podía soportarlo. Deseaba sentirlo dentro. Se lo decía y él sonreía. Seguía tocándola, torturándola. Ella gemía de frustración. Le decía que lo amaba…

—¡Qué tontería! —murmuró Samantha mientras se incorporaba y golpeaba la almohada con frustración.

De acuerdo, Bandar era atractivo, sexy y sofisticado; todo lo que un amante de fantasía debía ser.

Pero los sentimientos que despertaba en ella no tenían nada que ver con el amor. Tal vez ella tuviera poca experiencia, pero era una chica inteligente y vivía en el siglo XXI. El que no hubiera sentido ese nivel de atracción sexual antes no significaba que no supiera reconocerlo.

Era la lujuria lo que estaba haciendo que su cabeza diese vueltas y que el corazón se le acelerase cuando estaba cerca del jeque. No era amor.

Samantha volvió a tumbarse, satisfecha por haber aclarado la situación.

Pero saber lo que estaba torturándola no hizo que fuera más fácil de soportar. Dejar que su cabeza se llenara de fantasías tampoco ayudaba.

Cuanto antes regresara ese hombre a Londres, mejor. Y cuanto antes regresara ella a Sidney, mejor. Tenía que seguir con su vida. La vida real. No aquella fantasía absurda.

Hasta que eso ocurriera, necesitaba actuar con pragmatismo, aparte de con sentido común y compostura. No tenía por qué alterarse cuando fuera con Bandar el miércoles. Lo único que tenía que hacer era su trabajo, y mantener su parte emocional bajo control.

Podría hacer eso.

Mientras tanto, esa noche dejaría de pensar en encuentros sexuales imaginarios con el jeque.

Samantha encendió la lámpara de su mesilla de noche y alcanzó la novela que solía leer a la hora de acostarse. Era un thriller complicado lleno de asesinos y agentes gubernamentales. Lo mejor de todo es que no había ni una pizca de romance en él.

Perfecto.

Se incorporó, ahuecó un par de almohadas tras ella y comenzó a leer.

Capítulo 5

EL mes de junio en el este de Australia era el primer mes del invierno. En esa época del año, en la zona norte de Hunter Valley, la temperatura por las noches solía estar bajo cero, con heladas de madrugada. Pero entonces salía el sol y la temperatura volvía a subir, normalmente hasta los veinte grados.

El miércoles prometía ser uno de esos días.

Samantha se despertó temprano, cuando la helada todavía cubría el suelo y el sol no había salido. En ese momento, un inmediato vuelco en el estómago le recordó que sí, era miércoles. Y sí, iba a pasar el día con Bardar.

Su ausencia en la granja el día anterior le había supuesto un respiro a Samantha. Pero, cuando la había telefoneado por la tarde, informándole de que iría a la venta y que debía pasar a recogerlo a las nueve de la mañana, todas sus decisiones pragmáticas desaparecieron.

Le había costado dormirse. Había estado leyendo hasta altas horas de la madrugada y, de hecho, había terminado el libro antes de que el agotamiento pudiera con ella. Pero allí estaba, otra vez despierta, y sólo eran las cinco y media. Le quedaban tres horas y media hasta ir a recoger a Bardar.

Samantha tenía la sensación de que iban a ser las tres horas y media más largas de su vida.

Tenía razón. No sólo fueron las más largas, sino las más difíciles. El sentido común le decía que no hiciera cambios drásticos en su aspecto. ¿Pero qué era el sentido común comparado con la vanidad femenina?

Finalmente, sí había hecho algunos cambios. Pero no en su ropa. Se puso los vaqueros más viejos y cómodos que tenía, junto con una camisa azul y roja de manga larga.

Pero sí prestó especial atención a su cara. Quería parecer lo más natural posible. Pero también quería tener buen aspecto.

En vez de ponerse una base, que habría sido muy evidente a la luz del día, se aplicó una crema hidratante con protección solar que la chica de los cosméticos había dicho que suavizaría su tono de piel, aparte de disimular sus pecas.

Samantha se sintió satisfecha con el resultado.

Luego se centró en los ojos. Decidió no ponerse sombra por la misma razón que había ignorado la base. Demasiado obvio a la luz

del día. El rímel, sin embargo, no lo sería. De modo que se aplicó un par de capas, hasta que sus pestañas estuvieron gruesas y oscuras, resaltando el azul de sus ojos.

El pintalabios le supuso un dilema. Se había comprado tonos muy llamativos para su escapada: rosa oscuro, rojo y borgoña. Lo que necesitaba era algo más parecido al color de sus labios. Al final, se aplicó un poco de vaselina. Menos era más. 0 eso decía.

Vaciló unos instantes con el perfume. ¿Debía o no echarse un poco de la fragancia de diseño que había comprado también para su escapada?

—Quizá un poco —se dijo a sí misma mientras alcanzaba el frasco y se echaba un poco detrás de las orejas.

Finalmente tuvo que tomar una decisión sobre su pelo. Se lo había secado ya, y las capas sabiamente cortadas le daban un aspecto sorprendentemente estiloso. Tenía que admitir que le quedaba bien alrededor de la cara. Más que bien, estaba sexy.

Con aquel último pensamiento fue suficiente. Inmediatamente se recogió el pelo con una coleta. Una cosa era tener buen aspecto y otra muy distinta intentar parecer sexy. Ése era el camino para quedar como una tonta.

El viejo reloj de la cocina finalmente anunció que era hora de irse. Con las mariposas bailando en su estómago, Samantha agarró su chaqueta vaquera y se dirigió hacia la puerta. A las nueve menos cinco estaba aparcando el coche junto a la casa principal.

Cleo no abrió la puerta, como Samantha esperaba. Fue Bandar quien lo hizo, llevando una cesta de picnic consigo.

Ya no parecía cansado. Parecía fresco y fabuloso con sus vaqueros negros y su polo blanco. Samantha observó que no llevaba anillos, pero sí un increíble reloj de plata. Tenía el pelo ligeramente húmedo, dando paso a una imagen que Samantha intentó inmediatamente controlar, pero no pudo. Pensar en él desnudo, en la ducha, no conducía a calmar las mariposas que habitaban en su estómago.

—Cleo ha dicho que no darán comida en la venta —explicó él cuando Samantha se quedó mirando la cesta de picnic—. Nos ha preparado algo de comer. Ha dicho que nuestro destino es una propiedad muy pintoresca, con muchos rincones bonitos para un picnic.

—De acuerdo —dijo Samantha disimulando su pánico—. ¿Nos vamos?

—Soy todo tuyo.

—Será mejor que pongas la cesta en la parte de atrás —dijo

Samantha mientras se subía a su todoterreno—. Parece que Cleo ha preparado comida para un regimiento.

—¿Vamos con prisa? —preguntó Bandar al subirse al coche y ver que Sam empezaba a hacer maniobras—. La subasta no empieza hasta la una de la tarde.

—Trevor me ha dado un catálogo. Ha señalado las yeguas que cree que merece la pena comprar. Hay diez. Una revisión completa de diez yeguas me llevará toda la mañana.

—Yo decidiré qué yeguas revisarás —dijo Bandar—. Y por cuáles pujaré.

Samantha apretó los dientes, pero por dentro se sentía agradecida. Cuando Bandar actuaba así, no lo encontraba atractivo en absoluto. Lo único que quería era darle un puñetazo en la boca.

—¿Cómo de lejos está esa granja? —preguntó él cuando llegaron a la autopista y Samantha giró hacia la izquierda, dirigiéndose hacia Scone.

—A unos treinta minutos.

—¿Has estado allí antes?

—No.

—¿Pero sabes el camino?

—Ray me dio indicaciones.

—Algunas mujeres no se aclaran con las indicaciones.

—¿Y la mayoría de los hombres sí? —respondió ella dirigiéndole una mirada feroz.

—Como te dije cuando nos conocimos, eres una mujer muy impertinente. Pero me gustas de todos modos —añadió él.

—¿Se supone que tengo que estarte agradecida por eso?

Samantha podía sentir sus ojos puestos en ella, pero siguió mirando la carretera que tenía delante.

—No sabía que te cayera tan mal.

—No me caes mal —dijo ella—. Simplemente… no me gusta tu actitud.

—¿Qué actitud es ésa?

—En mi país, es de mala educación pasar por encima de las opiniones de los demás.

—¿Pasar por encima de las opiniones? —repitió él—. Es una expresión interesante. Pero yo no he hecho eso. Simplemente he resaltado mi autoridad. Ali me pidió que fuese a la puja en su nombre. Debo hacer lo que creo que es mejor.

—Al¡ eligió a sus empleados por su experiencia. El los escucha. Con todos mis respetos, Trevor sabe más de las yeguas australianas que tú. Se sentiría mal si ignorases su consejo.

—Entiendo. Sí, entiendo. En ese caso, echaré un vistazo a lo que ha marcado en el catálogo. Pero no pujaré por ellas si no me gustan.

—O si yo encuentro algún defecto físico en ellas —añadió Samantha.

—No se me ocurriría pujar por una yegua que tú no aprobases al cien por cien.

—Entonces no pujarás por muchas. No hay muchas yeguas perfectas por aquí. Tendrás que conformarte con que sean bastante buenas.

—Me conformaré con lo que tú me digas, Samantha. ¿Te parece justo?

—Más que justo. De acuerdo, ¿por qué no le echas un vistazo al catálogo mientras vamos de camino? Está en la guantera. Puedes ver lo que hay marcado y comprobar si te interesa algo. ¿Hay alguna edad que prefieras?

—Joven —dijo él abriendo la guantera y sacando el catálogo—. Me gustan jóvenes. Y me gusta que hayan practicado en la pista. Eso garantiza que tienen el temperamento necesario. Muchas de las yeguas que no han corrido se muestran tímidas y mojigatas.

—Estoy de acuerdo contigo. Las yeguas mojigatas no son buenas madres.

—¿Yeguas mojigatas? Decís cosas muy curiosas por aquí.

—No te haces una idea. Estoy segura de que vosotros también decís cosas curiosas. De hecho, la otra noche dijiste algo que nos despertó curiosidad. Insha algo.

—Inshallah.

—Sí, eso es. ¿Qué significa?

—Significa la voluntad de Alá. La voluntad de

Dios.

—Eso suena religioso. Dijiste que no eras religioso.

—No me gustan las religiones inventadas por el hombre. Pero creo en Alá. Y en la otra vida. Si no crees en eso, todo es tan inútil… Vivir. Morir. Sobre todo morir.

—Sé lo que quieres decir —dijo Samantha—. Mi madre murió poco después de que yo naciera. Sería triste pensar que no está en alguna parte, observándome. Pero no hablemos de la muerte. Es un tema deprimente. Tenemos un hermoso día por delante, haciendo lo que a los dos más nos gusta hacer. Mirar caballos.

—Ya me conoces bastante bien —dijo él con una sonrisa.

—Conozco a los jinetes. Seguro que son iguales en todo el mundo, sean ricos o pobres.

—Sin duda. Para un jinete, los caballos lo son todo. Yo no podría

vivir sin ellos.

—Con tu dinero, nunca tendrías que hacerlo.

—Cierto —dijo él—. El tema está en seguir vivo.

—No creo que vayas a morirte pronto. A no ser que te rompas el cuello montando a Smoking Gun.

Cuando la miró y se rió, Samantha comenzó a relajarse y sintió que la tensión en su estómago disminuía. Comenzaba a ver el día que tenía por delante de otra manera. Sería todo un desafío seleccionar a las yeguas buenas, y sería interesante comprobar si Bandar sabía tanto de caballos como decía.

Al mismo tiempo, ella intentaría no pensar en él como en un hombre sexy, sino como en otro amante de los caballos.

Un amante de los caballos muy rico, la verdad. Pero había muchos de ésos por ahí. Se había relacionado con muchos dueños multimillonarios de caballos de carreras en Sidney. Nunca se había sentido atraída por ellos como se sentía por Bandar, pero había envidiado a unos cuantos.

—Eres muy afortunado, Bandar, por poder permitirte comprar cualquier caballo que quieras. Espero que lo sepas.

—La verdad es que nunca había pensado en ello. Un hombre nace rico o pobre. Después de eso, depende de él hacer de su vida lo que quiera hacer. Desde que mi padre murió, he incrementado mi riqueza considerablemente con mis propios esfuerzos. Creo que me he ganado el derecho a comprar lo que quiera.

Samantha no quería discutir con él, pero consideraba que sería una ventaja nacer siendo rico.

—Un día —dijo ella—, iré a una puja y me compraré un potro fabuloso.

—¿No una potranca?

—Oh, no. Prefiero los potros.

—Los potros buenos cuestan mucho —dijo Bandar.

—Gano un buen sueldo. Y un día tendré mi propia consulta veterinaria y ganaré mucho más.

—Tienes ambición.

—A las chicas se les permite tener ambición en este país — señaló ella.

—¿Debo recordarte que vivo en Inglaterra?

—Puede, pero sigues siendo un jeque árabe, nacido en una cultura muy distinta. Hace no mucho tiempo, habrías tenido un harén lleno de amantes esclavas. Y no habrías pensado que estuviera mal.

—Tienes razón. Tener un harén de amantes esclavas es una idea

interesante. Por naturaleza, el hombre no es monógamo. A los musulmanes aún se les per mite tener cuatro esposas.

—Pero tú no eres musulmán.

—Ni soy musulmán, ni estoy casado.

—¿Tienes novia en Inglaterra?

—Tengo tres amigas.

—¡Tres! ¿Y a ellas les parece bien?

—No se han quejado.

Samantha suponía que no se había ganado su reputación de playboy por nada. Pero tres novias a la vez era demasiado. Era asqueroso.

—¿Y qué hay de ti, Samantha? ¿Tienes novio? —En este momento no —respondió ella.

—Me parece que no te gustan mucho los hombres. —Sí me gustan los hombres. —Pero no más que los caballos.

—Le dijo la sartén al cazo: no te acerques, que me tiznas. A ti te gustan los caballos más que las mujeres. Si te gustaran las mujeres, no las tratarías tan mal. Pero creo que deberíamos dejar el tema antes de que me enfade contigo. Tenemos que pasar el día juntos, así que será mejor hablar de caballos y nada más. ¿De acuerdo?

Cuando lo miró, Bandar parecía totalmente sor prendido, como si no supiera cómo interpretarla.

—De acuerdo —prosiguió ella—. No soy una chica muy normal. Siempre contradigo y soy difícil a veces. Pero también soy sincera y directa, lo cual espero que compense muchos otros defectos personales. Y sí que me caes bien, Bandar, a pesar de tu cuestionable moral. Cualquier hombre que ame los caballos tanto como yo tiene que tener cosas buenas, aunque aún no estoy segura de cuáles son. Prometo comportarme mejor el resto del día si tú prometes no contarme más cosas sobre tu desagradable estilo de vida. ¿Trato hecho?

—¡Eres imposible! —exclamó él exasperado.

—Sí, pero también voy conduciendo. ¿Trato hecho?

—No tengo un estilo de vida desagradable —dijo él.

—Te acuestas con tres mujeres a la vez. ¿No es cierto?

—No, no es cierto —dijo él indignado—. Voy a sus camas en noches diferentes. No las tengo en la misma cama a la vez.

—Oh, genial. Menos mal que lo hemos aclarado. Eso cambia mucho las cosas.

—Yo también me alegro de haberlo aclarado. No quiero que pienses que soy un depravado.

Samantha se rindió en ese punto. Ese hombre era un depravado

sin moral alguna. Se preguntaba cómo se las apañaría allí.

Quizá ya hubiese conquistado a alguna de las chicas de los establos. Sólo tendría que chasquear los dedos para que todas acudieran corriendo. Algunas no estaban nada mal.

Aquella cadena de pensamientos no era nada agradable.

Gracias a Dios, llegó el desvío de la granja de Valleyview. Necesitaba distraerse con los caballos. Cualquier cosa con tal de sacarse de la cabeza la idea de Bandar yendo de una cama a otra.

La carretera en la que se habían metido era mala, llena de surcos y baches.

—¿Cómo puede esta granja ser de calidad? —se quejó Bandar—. Ni siquiera pueden permitirse carreteras en condiciones.

—Esta carretera no es suya. Esta es una carretera pública. ¡Bienvenido a Australia!

Capítulo 6

CLEO tenía razón con respecto a la granja de Valleyview. Era un lugar muy pintoresco, con llanuras y jardines rodeando la casa principal, proporcionándoles un buen número de rincones donde preparar el picnic.

Además, había preparado una comida deliciosa: pollo frío, ensalada, panecillos recién hechos y un estupendo pastel de zanahorias, junto con dos botellas frías de vino blanco. Tras tres horas inspeccionando a las yeguas marcadas en el catálogo, tanto Samantha como Bandar estaban listos para comer. Se aposentaron bajo un árbol no muy grande, dejando que el sol se filtrara entre sus hojas.

Samantha se sentó con las piernas cruzadas en un extremo de la manta que Cleo había preparado también. Bandar se sentó apoyando la espalda en el tronco del árbol, estirando las piernas frente a él.

—Ha sido genial —dijo Samantha tras terminarse el pastel—. Tenía tanta hambre, que podía haberme comido un caballo.

—Entonces menos mal que Cleo nos ha preparado mucha comida —contestó Bandar—. Comerse un caballo por aquí podría salirte caro. Sobre todo uno de los que has elegido para mí esta mañana.

—Oh, no sé. Podríamos tener suerte y conseguir algunos de ellos por poco dinero.

—No —dijo él terminándose el vino—. No creo.

—Sé que son yeguas buenas, y algunas han corrido en las pistas, pero, la verdad, Bardar —dijo ella bajando la voz—, la asistencia hoy no ha sido muy grande. Supongo que vendrán más compradores esta tarde. Pero había muy poca gente esta mañana inspeccionando los caballos. Va a haber muchas gangas en esta subasta. Confía en mí.

—No estaremos aquí para la subasta de esta tarde —anunció él inesperadamente, dejando a un lado su copa antes de levantarse.

Samantha también se puso en pie, confusa ante lo que estaba pasando.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no estaremos en la subasta esta tarde?

—Ya he comprado las cinco yeguas que hemos seleccionado. Pagué por ellas cuando te fuiste al coche a por la cesta.

—¿Pagaste por ellas? —repitió Samantha—. ¿Cuánto?

—Dos millones de dólares.

—¿Dos millones? —exclamó ella, haciendo que un grupo de gente cercano se diera la vuelta y los mirara—. ¿Dos millones por cinco yeguas que no valen más de cien mil cada una?

—La granja de Valleyview ha accedido a transpor= tar los animales a la granja de Ali como parte del trato —dijo él fríamente.

—¿De verdad? ¡Incluso habrían acordado mandarlas a Dubar por el precio que has pagado!

—Calla —ordenó él—. No es el momento ni el lugar para discutir conmigo. Recoge la cesta. Hablaremos en la furgoneta.

Samantha quería decirle a Bardar que ella era la veterinaria del príncipe Ah, no su lacaya personal.

Pero él ya estaba alejándose por el prado hacia el aparcamiento. No le quedó más opción que obedecer.

De modo que lo guardó todo en la cesta, rompiendo una de las copas de vino en el proceso. Cuando llegó al coche, Bardar estaba esperándola junto a la puerta del copiloto. No se dijeron nada hasta no estar los dos en sus asientos.

—¡La razón por la que se viene a una subasta es conseguir una ganga! —exclamó ella—. No se paga de antemano, ni mucho menos por encima del precio de mercado. Si me hubieras preguntado, podría haberte dicho lo que valían esas yeguas. No sabía que no tuvieras ni idea. ¡Pensé que lo sabías todo sobre caballos!

Ciertamente, Bardar había demostrado un gran conocimiento al examinar las yeguas junto con ella. Sam se había quedado fascinada por la calma con que los animales se mostraban ante él mientras los acariciaba, hablándoles al mismo tiempo.

—Mi querida Samantha —dijo él apretando la mandíbula—. Una ganga sólo es una ganga si necesitas una. Yo puedo permitirme pagar más, y lo he hecho.

—Pero no estabas utilizando tu propio dinero. Estabas comprando yeguas para Ali.

—¿Crees que utilizaría el dinero de Ali para un trato así? He pagado por ellas personalmente. Serán regalos para mis amigos.

—Ah. No lo sabía. Lo siento.

—Deberías sentirlo —añadió él—. Eres una de esas mujeres que primero habla y luego piensa. Yo siempre tengo una buena razón para hacer lo que hago. Para que lo sepas, Ali me mencionó ayer que la dueña de Valleyview es una anciana que está pasando por serias dificultades económicas. Su difunto marido no era un buen hombre de negocios. Dos millones no son nada para mí, pero

podrían significarlo todo para una pobre viuda en este momento de su vida.

—Ah —una vez más, Samantha se quedó desconcertada, y también avergonzada—. Lo siento —murmuró antes de levantar la barbilla y dirigirle una mirada de exasperación—. ¡Pero deberías haber dicho que ésa era tu intención desde el principio!

—No era mi intención inicial. Fue una decisión impulsiva. Pensaba quedarme y pujar por esas yeguas en la subasta, pero cambié de opinión. Si insistes en que sea sincero, y parece que aprecias mucho la sinceridad, fuiste tú la que me hizo decidir no quedarme a la subasta.

—¿Yo? ¿Qué tiene que ver esto conmigo?

—Creo que ya lo sabes —dijo él mirándola a los ojos.

Samantha comenzó a sentir cómo el corazón se le aceleraba, golpeando con fuerza sus costillas.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—No te creo. Eres una chica muy inteligente. ¿Te avergüenza admitir la atracción que hay entre nosotros?

—¿Qué?

—No lo niegues. La química ha estado ahí desde la primera vez que nos vimos. Aunque me hiciste dudarlo cuando te presentase a la cena aquella noche como si acabaras de salir del establo. Pensé: «¿Qué tipo de mujer es ésta que no intenta realzar su belleza natural?».

—¡Ja! —exclamó ella automáticamente—. No tengo belleza natural que realzar.

Bandar le colocó la mano en la barbilla y le acercó la cara a la suya.

—¿Crees que tus ojos no son bonitos? —preguntó él devorándola con la mirada.

Samantha le apartó la mano y sintió cómo se le sonrojaban las mejillas.

—No te atrevas a halagarme sólo para llevarme a la cama —dijo —. Sé lo que pretendes, señor adinerado. Has tenido que dejar atrás tu vida de playboy y la echas de menos. Has estado casi una semana sin una de tus tres novias y estás un poco desasosegado. Pues yo no pienso ser la solución a eso. Para tu información, no dejo que los hombres me utilicen. Sobre todo los jeques arrogantes con más dinero que moral.

Su discurso pareció sorprenderlo tanto como a ella. Samantha no podía creer que estuviera haciendo aquello. El hombre de sus fantasías quería llevársela a la cama y ella lo estaba rechazando. No

sólo estaba rechazándolo, sino también insultándolo de tal modo que jamás se lo volviera a sugerir. Podía ser tremendamente autodestructiva.

Samantha estaba temblando de los pies a la cabeza al abrir la puerta del conductor y salir del coche. Saber que lo había echado todo a perder la ponía más furiosa.

—Voy al lavabo —dijo ella—. Cuando regrese, vamos a volver a casa. Cuando lleguemos allí, puedes explicarles a los demás por qué no nos hemos quedado a la subasta. Seguro que a Trevor le encantará que hayas comprado algunos de los caballos que te recomendó y no le importará que hayas pagado demasiado. Cuando te deje allí, me iré directamente a casa. Puedes decirle a la gente que tengo el estómago revuelto. Estoy segura de que te creerán. ¡Obviamente eres un mentiroso estupendo! concluyó, girándose sobre sus talones y alejándose hacia el lavabo.

Bandar apretó los dientes mientras veía cómo Samantha se alejaba a toda velocidad.

Jamás en su vida le habían hablado de ese modo. Nadie se atrevía, y desde luego no una mujer.

No entendía por qué deseaba tanto a una criatura tan imposible como aquélla. No sólo no era verdaderamente guapa, sino que tenía una lengua viperina.

Desde su primer encuentro, no había hecho más que atacarlo con sus palabras y desafiarlo.

De pronto se encendió una bombilla en su cabeza. ¡Sí, por supuesto! Ésa era la razón de su extraña obsesión por ella. Samantha lo desafiaba.

A Bandar siempre le habían gustado los desafíos. Siempre le habían gustado los caballos difíciles, para así poder domarlos, por mucho que le costara. Pero nunca había encontrado un desafío en una mujer.

Hasta ese momento.

Samantha estaba resultando ser su primer fracaso con el sexo opuesto.

Por el espejo retrovisor vio cómo Samantha regresaba, y parecía seguir enfadada.

Observó su boca decidida, pensando lo satisfactorio que sería saborear esos labios.

Su sexo palpitó al imaginar su cuerpo desnudo. Tenía una buena anatomía: pechos altos y firmes, cintura pequeña, piernas largas y delgadas.

Estaría muy bien desnuda.

Bandar apretó los dientes al sentir el efecto físico que sus pensamientos le provocaban. Tendría que controlar sus deseos por el momento, o arriesgarse a un bochorno potencial.

Pero no había acabado con esa mujer. Sería suya. Sólo era cuestión de encontrar la manera correcta de aproximarse.

Era una pena que tuviera tan poco tiempo. Menos de tres semanas y tendría que regresar a Londres. Tal vez tuviera que ser desconsiderado.

Claro que ya era bastante desconsiderado con las mujeres occidentales. La mayoría eran criaturas materialistas. Siempre fingían desearlo por lo que era, aunque en realidad quisieran su dinero.

¿Sería Samantha susceptible al dinero? No podía parar de pensar en eso mientras ella abría la puerta y se sentaba a su lado.

No lo miró. No dijo una sola palabra. Simplemente metió la llave en el contacto y puso el motor en marcha.

La química sexual seguía presente, sin importar lo mucho que ella quisiera aparentar lo contrario. Podía palparse en el aire, haciendo que Bandar fuera de pronto consciente del perfume que Samantha llevaba puesto.

No había llevado perfume la otra noche. ¿Por qué se lo habría puesto aquel día?

Porque quería que él lo oliese. Quería que se sintiese atraído por ella.

¿Entonces por qué lo había rechazado?

Bandar consideró las posibles razones de su comportamiento contradictorio durante el camino de vuelta. Nada tenía sentido, a no ser que Samantha albergase la idea religiosa de que el sexo fuera del matrimonio estaba prohibido. Eso también explicaría por qué se había alterado tanto al saber lo de sus tres amigas.

Pero, por alguna razón, a esa chica no parecía pegarle tener pensamientos religiosos con una lengua tan viperina como la suya.

No. Tenía que haber una razón más personal. Quizá algún hombre le hubiera hecho daño, algún mujeriego que la hubiese engañado y le hubiera hecho perder su confianza como mujer.

Los caballos a los que habían tratado mal solían volverse ariscos. Como Samantha.

Estaba considerando esa idea cuando se le ocurrió otra posibilidad.

¿Y si ella era virgen? ¿Y si la idea de acostarse con un hombre la aterrorizaba?

Bandar observó su cara y desechó esa idea inmediatamente.

Esa chica no parecía tenerle miedo a nada.

¿Y eso con qué le dejaba?

No tenía ni idea. Lo único de lo que estaba seguro era de que Samantha se sentía atraída por él. Lo había sentido más de una vez.

Por su parte, él se sentía más que atraído por ella. Sinceramente, no podía pensar en otra cosa. Incluso cuando había estado tumbado en la cama el día anterior, sufriendo un tremendo dolor de cabeza, su mente no había podido dejar de pensar en ella.

Ya no le dolía la cabeza. Pero le dolía el cuerpo. Le dolía por la necesidad que sentía y que había condenado a la humanidad desde el Jardín del Edén.

En otro momento, en otro lugar, quizá se hubiese alejado. Pero no en esa ocasión. A finales de mes podría estar muerto. Pensamientos así hacían que un hombre tuviera prioridades. Y también daba importancia a sus deseos. Si moría, nunca sabría lo que sería tener a esa mujer entre sus brazos, besarla y hacerle el amor hasta el amanecer.

Bandar sospechaba que acostarse con esa chica sería una experiencia única. Una experiencia que quería vivir mientras pudiera.

Pasó el resto del camino de vuelta pensando en cómo seducirla.

«Paciencia», se dijo a sí mismo. «Paciencia».

Aunque enfrentarse a la muerte inminente, despojaba a un hombre de toda paciencia, así como de conciencia. Samantha Nelson sería suya, sin importar el precio.

Capítulo 7

LAS lágrimas resbalaban por las mejillas de Samantha. Lágrimas lentas y tristes.

Estaba acurrucada en el extremo del sofá de su casa, vestida con su pijama de franela rosa y aferrándose a la taza de chocolate caliente que tenía entre las manos.

El sol se había puesto hacía un par de horas. La noche prometía ser fría, pero la calefacción desprendía suficiente calor. La televisión estaba puesta, pero no la estaba viendo. Estaba sentada allí, pensando en lo patética que era. Valiente por fuera, pero miedosa por dentro. Tenía miedo a quedar como una tonta. Miedo a la parte más importante de su existencia como mujer.

Miedo a estar con un hombre.

El camino de vuelta a casa había sido horrible, con Bandar sin decir una sola palabra. Ella, por supuesto, le había devuelto el favor y se había quedado callada. Una vez en casa, había descolgado el teléfono, había apagado el móvil y se había metido en la cama, completamente vestida, tapándose la cara con las sábanas en un intento vano por olvidarse del mundo y del dolor que inundaba su cuerpo.

Había llorado hasta quedarse dormida y no se había despertado hasta casi el anochecer, momento en el que se había dado un largo baño y pensado en por qué había reaccionado tan exageradamente ante la presunción de Bandar de que había química entre ellos.

Al fin y al cabo, debería haber sido una buena noticia. Al principio, se había conformado con la excusa de que lo que le había dicho había surtido efecto. Él no se había sentido abrumado por su deseo hacia ella porque fuera algo especial. Simplemente quería sexo, y ella era su única oportunidad. No, eso no era cierto. Ella no era su única oportunidad, pero sí la más fácil. ¿Por qué? Porque le había dejado claro que se sentía atraída por él. Al fin y al cabo, la noche de la cena, la había pillado mirándolo mientras comía.

Y seguramente se hubiera dado cuenta de los cambios que se habían producido en su imagen. Al menos habría olido su perfume. Eso habría sido muy concluyente para un hombre con su experiencia.

Luego estaba el modo en que se había comportado con él mientras inspeccionaban a las yeguas. Había sido todo sonrisas y preguntas agradables. Quizá no dulces, pero fue lo único que pudo

conseguir. Para cuando había llegado la hora de la comida, no podría haberlo culpado por creer que quería flirtear con él.

¿Y qué había hecho ella?

Ladrarle como un perro rabioso.

¡Seguramente pensara que estaba loca!

Lo cual no era cierto. Simplemente era una cobarde.

Si pudiera retroceder en el tiempo, actuaría de otra forma.

Cuando llamaron a la puerta, Samantha se extrañó. Sería Cleo, seguro. La amable Cleo, preocupada por que estuviera enferma. En una ocasión en que Samantha se había quedado en la cama con gripe, Cleo había ido todos los días con sopa casera y cosas para comer.

Samantha dejó la taza a un lado y se apresuró a secarse las lágrimas con las manos.

—Ya voy, Cleo —gritó al volver a oír el sonido en la puerta.

Pero, cuando se disponía a girar el picaporte de la puerta, se le ocurrió que Cleo habría dicho algo tras llamar la primera vez. Habría dicho: «Hola. Soy yo, cielo».

Samantha sintió un vuelco en el estómago al ver de quién se trataba. El destino no podría haber planeado una escena más humillante.

Iba vestido con unos pantalones beige y un jersey azul claro. Y allí estaba ella, descalza, con un pijama de franela, el pelo revuelto y los ojos hinchados.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Bandar la observó de arriba abajo con una expresión de incredulidad que hizo que se sintiera más incómoda aún.

—Cleo quería traerte algo de sopa antes de marcharse a la ciudad —dijo él señalando el termo que tenía en la mano—. Su marido y ella van cada miércoles por la noche a algún club. Le dije que lo haría yo. Le expliqué que quería asegurarme personalmente de que estuvieras bien.

—¿Has venido andando hasta aquí? —preguntó ella antes de mirar por encima de su hombro y ver el cochecito de golf que Jack utilizaba para transportar a la gente y los equipajes del helipuerto a la casa—. Ah, ya veo —murmuró—. Has venido en el cochecito.

Sacando compostura de alguna parte, se enderezó y le quitó el termo de la mano, colocándoselo delante como si de un escudo protector se tratara.

—Como ves, estoy bien —prosiguió—. Por si no te acuerdas, no estaba enferma en realidad.

Bandar la observó más de cerca.

—No estás bien —dijo sonando tanto preocupado como sorprendido—. Has estado llorando.

—Si he llorado, no es asunto tuyo.

—Sí es asunto mío —dijo él con firmeza—. Voy a entrar y vas a contarme por qué estás triste.

—No vas a entrar —respondió ella, negándole la entrada colocándose en medio de la puerta. Su orgullo no permitiría que volviera a humillarla.

—Te aseguro que sí. Si no te mueves, te levantaré del suelo y te llevaré dentro conmigo.

—¡No te atreverías! —exclamó ella.

—Descubrirás que me atrevo a hacer muchas cosas, Samantha —dijo él—. Mi tiempo aquí es limitado y me niego a perderlo haciéndome el caballero. Sé que me deseas tanto como yo a ti. Lo sé, Samantha. Tal vez tus palabras digan una cosa, pero tus ojos dicen otra muy distinta.

—Estás loco —contestó ella. Pero era ella la que estaba loca. Bandar le estaba dando una segunda oportunidad y estaba volviendo a estropearlo todo.

—Eso no funcionará, Samantha. Puedo ver a través de tu fachada. Todo es un farol. Soy un buen jugador de póquer y sé cuando mi oponente está mintiendo. En el fondo, deseas que te tome en brazos y te lleve dentro. Quieres que te haga el amor hasta el amanecer. Eres como un caballo que teme la silla de montar y monta una escena cada vez que alguien se acerca. Si no supiera que no es así, pensaría que aún eres virgen.

—¿Virgen? —exclamó ella totalmente desconcertada—. ¿De dónde diablos has sacado esa idea tan ridícula?

«Del modo tan estúpido en que te estás comportando», pensó para sí.

Pero se sentía incapaz de parar. Había estado peleándose con el sexo opuesto durante demasiado tiempo.

—No eres virgen —dijo él con evidente satisfacción—. Eso son buenas noticias. Si hubieras sido virgen, me habría enfrentado a un dilema. No me acuesto con vírgenes.

—Oh, genial. No se acuesta con vírgenes. ¡Una medalla para este hombre!

—Tienes una lengua venenosa. Me encantaría silenciarla con la mía.

—Realmente crees que tienes todas las papeletas, ¿verdad?

—Entiendo lo que quieres decir. Y es cierto. Pero tú, Samantha, no crees que tengas las_ suficientes papeletas. Sí, ahora veo el

problema con más claridad. Debería haberme dado cuenta antes. Las pistas estaban ahí. Crees que no eres guapa, de modo que también piensas que es imposible que yo tee desee. Crees que sólo quiero utilizarte. Pero te equivocas. Te encuentro muy deseable. Me has excitado e intrigado desde el principio. Quiero hacer el amor contigo más de lo que he deseado hacerlo con cualquier otra mujer en mi vida.

Samantha simplemente se quedó mirándolo y sintiendo como si el corazón fuese a salírsele por la boca. Tal voz fuese todo palabrería, pero, aun así, la excitaba.

—No tengo tiempo para juegos —prosiguió Bandar—. Sugiero que digas que no ahora si realmente estás decidida a rechazarme. Porque, en cuanto te toque, será demasiado tarde.

Samantha abrió la boca para decir que no, pero no le salió la voz. Parecía que su cuerpo finalmente había ganado a su cerebro.

Cuando Bandar estiró la mano para quitarle el termo, ella se lo permitió, observando atentamente cómo lo dejaba a un lado. Cuando la tomó en brazos, también se lo permitió. Sin peleas, sin protestas.

Con su decisión de permanecer en silencio, todo su autocontrol la abandonó, dejando paso a algo que nunca antes había experimentado, pero que encontró delicioso.

La rendición.

Le rodeó el cuello con los brazos y colocó la cabeza bajo su barbilla, suspirando antes de presionar su cuello con los labios.

—Así está mejor —dijo él mientras la llevaba dentro y cerraba la puerta de una patada.

Bandar se detuvo en mitad del pasillo, girando la cabeza hacia la derecha para mirar su dormitorio y luego a la izquierda para mirar hacia el salón.

—Tu dormitorio es demasiado pequeño y frío —anunció dirigiéndose hacia el salón.

La dejó de pie sobre la alfombra y comenzó a desabrocharle el pijama.

—No deberías llevar puesto el pijama de tu abuela —dijo mientras le desabrochaba los botones uno a uno—. Deberías llevar algo de satén o de seda sobre esa hermosa piel.

Para cuando llegó al último botón, el estado de rendición de Samantha estaba disminuyendo y volvían a aparecer en su mente pensamientos temerosos. De acuerdo, no era virgen, pero podría haberlo sido. No tenía ni idea de cómo hacer el amor, ni de cómo dejar que se lo hicieran. ¿Qué se suponía que tenía que decir o

hacer?

La verdad. Tenía que decirle la verdad.

—Bandar… —¿Qué sucede?

—No soy virgen —dijo ella—, pero tampoco tengo mucha experiencia.

Él se quedó mirándola durante unos segundos y luego sonrió.

—No te preocupes. Yo tengo suficiente experiencia para los dos.

Le rodeó la cara con las manos y la besó suavemente, mordisqueándole el labio superior con los dientes y humedeciéndoselo con la lengua. Hizo lo mismo con el inferior antes de levantar la cabeza. Para entonces, Samantha tenía la boca hinchada y le temblaban los labios. Sentía los pezones erectos y tensión en el estómago y en los muslos.

Bandar deslizó las manos por su cuello, llegando hasta sus pechos. Sus pezones parecieron endurecerse más ante la expectación de ser tocados, o expuestos. Él agachó la cabeza y volvió a besarla, explorando su boca con la lengua mientras le acariciaba los pechos con las manos.

Sentir los besos de Bandar ya era suficientemente excitante; notar sus manos en los pezones al mismo tiempo era demasiado. La cabeza le daba vueltas.

En ese momento, Bandar levantó la cabeza y apartó las manos.

—Espera —dijo—. No te muevas. Sólo tardaré un instante.

Samantha sí se movió, pues no podía dejar de temblar al sentir un fuerte escalofrío por todo su cuerpo.

Bandar fue tan rápido como había prometido, regresando a la habitación con el edredón de la cama y extendiéndolo en el suelo frente al fuego.

—No es la cama enorme que preferiría —dijo él—, pero estaremos calientes y cómodos.

Samantha no pensaba que el calor fuese a ser un problema. Ella ya estaba ardiendo.

—Ven aquí —añadió Bandar.

Samantha caminó hacia él como un robot, sintiendo sus pechos desnudos bajo el pijama desabrochado..

Cuando llegó hasta él, Bandar levantó las manos para apartarle el pelo de la cara.

—Me gusta que lleves el pelo suelto —murmuró él, inclinándose para besarla una vez más—. Pero no me gusta esta ropa que llevas. Voy a quitártela. No tengas miedo.

¿Miedo? ¿Era el miedo lo que hacía que su corazón latiese con fuerza? ¿0 era la más increíble excitación?

Samantha tomó aliento cuando Bandar terminó de desabrocharle el pijama y se quedó mirándola. Su mirada era intrigante, sin dar pistas sobre si le gustaba o no lo que veía. Ella no tenía razón para avergonzarse de su cuerpo, ¿pero quién sabía lo que Bandar preferiría? Quizá le excitasen los pechos grandes y los vientres redondeados. Quizá no le gustara su estómago plano ni sus pechos pequeños.

Tras lo que pareció ser una eternidad, le quitó la parte de arriba del pijama y la dejó caer al suelo. Siguieron los pantalones, dejándola de pie y desnuda frente a él.

A Samantha le costaba creer que estuviera haciendo eso. La antigua Samantha nunca habría tolerado semejante situación. Ni en sus fantasías.

La nueva Samantha, la que se había rendido, estaba totalmente entregada a las sensaciones. No se cansaba de observar cómo sus ojos la observaban. Se habría quedado así toda la noche si él se lo hubiera pedido.

Bandar negó con la cabeza y dijo:

—¿No tienes belleza natural? ¿Es que no tienes espejo? Si yo tuviera un harén, tú formarías parte de él. Estás hecha para el placer de los hombres, Samantha.

Para mi placer —añadió mientras la tomaba en brazos y la tumbaba sobre la colcha—. No te muevas ni cierres los ojos. Quiero que veas cómo me desnudo.

Ella lo observó con los ojos bien abiertos y la boca seca mientras se quitaba la parte de arriba, quedándose desnudo de cintura para arriba. Tenía un cuerpo como Samantha había imaginado: hombros anchos, cintura estrecha y un vientre plano y duro. Sin embargo, era su piel lo que más llamó la atención de Samantha. De un color oscuro y con muy poco vello corporal, tenía el tipo de textura suave y sedosa que daban ganas de acariciar.

Samantha quería acariciar su piel. Deseaba tocarlo. Tocar todo su cuerpo.

Tragó saliva al ver cómo dirigía las manos al pantalón, desabrochándose el botón. Pero no se bajó la cremallera, como ella imaginaba. Se detuvo y se sentó en el sofá, donde se quitó los zapatos y los calcetines. Cuando volvió a levantarse, vaciló otra vez con la cremallera sin dejar de mirar a Samantha.

—Supongo que no estás tomando la píldora.

Ella negó con la cabeza. De ninguna manera podría decirle la verdad.

—No importa. He venido preparado —dijo él sacando un

preservativo del bolsillo de su pantalón.

Su presunción al dar por hecho que ella caería rendida no se le escapó a Samantha, pero se negó a dejar que le molestara. Su arrogancia con las mujeres era exactamente lo que necesitaba. Allí estaba su amante adulto y experimentado; el que le enseñaría todo lo que necesitaba saber.

Ya le había dado a su autoestima un buen empujón. Si él había visto muestras de su atracción en sus ojos, ella había visto una gran admiración en los suyos. El modo en que la había mirado, y aún lo hacía, le hacía sentir como si fuera la mujer más hermosa del mundo.

Su belleza distrajo la atención de Samantha. Tras quitarse las otras dos prendas, quedó totalmente desnudo.

Samantha se había criado en un hogar de hombres; había visto bastantes cuerpos masculinos desnudos, pero jamás había visto uno como el de Bandar.

Quizá fuese su estado de excitación. Samantha tragó saliva y se quedó mirándolo. Le recordaba a un purasangre, con su enorme erección destacando sobre su vello oscuro.

Parecía húmedo, como ella. Podía sentir la humedad entre sus piernas, sentía su cuerpo preparándose para recibirlo.

Cuando Bandar se tumbó a su lado, después de ponerse el preservativo, Samantha estaba temblando.

—¿Con cuántos hombres has estado? —le preguntó mientras deslizaba las manos por su cuerpo.

—Con pocos —contestó ella—. Y ninguno como tú.

—No me piropees sólo para llevarme a la cama.

—Yo nunca piropeo a los hombres —dijo ella sonriendo.

—Te creo. Pero quizá no deberíamos hablar. No hasta después.

Samantha se dio cuenta enseguida de por qué esas yeguas se habían mostrado tan sumisas ante él. Tenía manos de ángel… o de demonio.

Su cuerpo vibraba bajo su tacto, la sangre ardía en sus venas. Finalmente, Bandar agachó la cabeza, pero no hacia su boca, sino hacia sus pechos.

Un gemido salió de su garganta cuando los labios de Bandar se cerraron sobre su pezón.

Era algo que Samantha nunca había experimentado. Sus compañeros de cama en la universidad no se habían preocupado mucho por los preliminares. Pero se había imaginado muchas veces cómo sería tener un amante así.

No eraa en absoluto como se lo había imaginado. Porque Bandar

parecía ser de los pocos hombres que podían hacer dos cosas a la vez. Mientras le lamía el pecho, deslizaba la mano derecha entre sus piernas, acariciándola con el pulgar mientras deslizaba los dedos dentro de ella.

—¡Oh! —gimió Samantha.

Bandar levantó la cabeza y la besó en los labios, sofocando sus gemidos. Su mano seguía con aquel delicioso tormento, hasta que le separó los muslos con su pierna derecha. Samantha sentía su erección contra el muslo, sentía cómo comenzaba a mover su cuerpo rítmicamente sobre el suyo. La excitaba. Todo la excitaba, pero sobre todo sus dedos. El placer que despertaban se hizo casi insoportable, y los muslos comenzaron a temblarle. De pronto, quería gritar con todas sus fuerzas, expresar su frustración.

Bandar retiró la pierna de golpe. También la boca, y sus manos le dieron la vuelta de modo que Samantha quedara de espaldas a él. Antes de que pudiera protestar, Bandar le colocó una mano en el estómago, presionando su espalda contra él, levantándole las nalgas. Samantha sintió su cuerpo duro curvándose a su alrededor, sintió cómo Bandar se movía entre sus nalgas hasta encontrar el punto en el que habían estado sus dedos, penetrándola con una facilidad sorprendente.

Samantha tomó aliento cuando Bandar la colocó de rodillas. Cuando se dispuso a elevar la parte de arriba de su cuerpo con las manos, él le empujó los hombros, haciendo que deslizara los brazos por delante y agachara la cabeza.

—Mantén la cabeza agachada —ordenó él cuando Samantha intentó volver a levantarse—. Te gustará hacerlo así. Confía en mí.

El sentimiento de sumisión ante él excitaba a Samantha. Sintió cómo Bandar le agarraba las caderas y la sujetaba con fuerza mientras comenzaba a embestirla una y otra vez., lentamente al principio.

Samantha oía su respiración entrecortada, o quizá fuese la suya propia.

Los gemidos eran definitivamente suyos.

En un punto, Bandar se detuvo y apartó las manos de sus caderas, deslizándolas por su columna. Se inclinó sobre ella y comenzó a besarle el cuello. Ella gimió cuando empezó a morderla, estremeciéndose de dolor y de placer al mismo tiempo. Oyó cómo murmuraba algo que no comprendió.

Bandar volvió a agarrarla por las caderas y comenzó con las embestidas, mucho más potentes en esa ocasión. Samantha clavaba las uñas con fuerza sobre la colcha al sentir cómo las sensaciones en

su cuerpo aumentaban. Cada músculo iba tensándose alrededor de Bandar, tratando de mantenerlo ahí. Al mismo tiempo, quería que fuese cada vez más rápido y con más fuerza. Cualquier cosa con tal de liberarla de aquel tormento. No podría soportarlo mucho más tiempo. Abrió la boca para gemir, o para protestar, cuando sintió el primer espasmo.

Samantha había leído sobre los orgasmos. Pero leer sobre ellos no la había preparado para lo que eran en realidad. Todo lo que había ido creciendo en su interior simplemente explotó. El placer le nubló los sentidos. Pero, poco a poco, las sacudidas fueron siendo más suaves, haciendo que suspirara con satisfacción y plenitud.

Cuando su cuerpo se relajó, Samantha se dio

cuenta de que había sido completamente ajena a lo que le había sucedido a Bandar desde el comienzo de su propio clímax. No sabía si él había llegado al orgasmo o no, no había sentido nada más que su propio placer.

Entonces sintió sus manos en las caderas, pero notó que su cuerpo se había quedado quieto.

Cuando Bandar se apartó de golpe, ella se derrumbó sobre la colcha como un castillo de naipes. Sentía todos los miembros dormidos; la cabeza le daba vueltas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por darse la vuelta y mirar por encima del hombro. Bandar estaba sentado sobre sus talones, y tenía expresión frustrada.

—¿He hecho algo mal? —preguntó ella dándose la vuelta y cubriéndose con la colcha.

—Claro que no —contestó él con brusquedad, apartándose el pelo de la frente—. Si fuera un jeque de los antiguos, te compraría para mi harén.

—¿De verdad?

—Absolutamente. Tienes la actitud de una amante esclava. Sólo quiero quedarme aquí contigo durante horas. Por desgracia, tengo que volver a la casa. Siento que va a empezar a dolerme la cabeza. Debo tomar mi medicación o mañana estaré destrozado, y no quiero que eso suceda. La próxima vez, te haré el amor más de una vez, Samantha, te lo prometo.

Ella se estremeció al sentir su mirada.

—¿Siempre has sufrido dolores de cabeza? —preguntó ella mientras Bandar se ponía en pie y comenzaba a recoger su ropa.

—Es algo que me pasa desde hace poco. Estaré bien si me tomo la medicación cuanto antes. Ahora, dime dónde está el baño. Tengo que darme prisa.

Capítulo 8

SAMANTHA se quedó acurrucada sobre el edredón frente al fuego después de que Bandar se hubiera ido. Se sentía totalmente relajada, pero su mente no tardó mucho en empezar a dar vueltas de nuevo, encontrando todo tipo de complicaciones.

¿Cuándo y dónde tendría lugar su affaire? Bandar no podría seguir bajando a su casa. El personal de la granja comenzaría a sospechar. Estaban en el campo, no en la ciudad. Las noticias se extendían rápidamente. Los hombres le perderían el respeto y su vida en el trabajo se volvería difícil.

Su intención de dejar el trabajo a finales de junio no cambiaba nada. El mundo de los caballos en Australia no era tan grande. Todo el mundo conocía a todo el mundo. Era importante tener una buena reputación. Al menos lo era para Samantha. Algunas de las chicas de los establos se acostaban con gente, y ella había oído lo que decían de ellas. No podría soportar ser el objeto de esos cotilleos.

Visitar a Bandar en la casa principal no era una opción por las mismas razones. El personal vería su coche aparcado fuera hasta altas horas de la madrugada y comenzaría a hacer preguntas.

Y luego estaba Cleo.

Samantha suponía que podría contarle lo de Bandar y contar con su ayuda para colarla en su habita

ción sin que los demás lo descubrieran. Pero se estremeció ante tal idea. Quizá porque sabía que Cleo nunca podría guardar un secreto. 0 quizá porque no quería ver la mirada de incredulidad en los ojos de su amiga.

Incluso ella misma seguía sintiéndose un poco incrédula. ¿Qué tenía ella que a Bandar le gustaba tanto? Había dicho que lo había excitado e intrigado desde el principio. ¿Pero por qué?

Lo único que se le ocurría era que se había enfrentado a él en un par de ocasiones. Quizá las mujeres fuertes lo excitaran.

Aunque no había demostrado tener una gran fortaleza al final. Había sido como arcilla en. sus manos esa noche. Samantha se estremeció al recordarlo. Él le había dado órdenes y ella había obedecido.

Bandar tenía razón. Tenía la actitud de una amante esclava. Al menos con él. Tendría que encontrar su fuerza de voluntad antes del día siguiente o, de lo contrario, accedería a ir a su dormitorio y al diablo con lo que pensaran los demás.

Por la mañana, Samantha se despertó acurrucada en el edredón. El sexo le había dado sueño, pensó mientras se desperezaba. ¡Se sentía de maravilla! Eso era lo que había estado echando de menos todo esos años. Eso era aquello de lo que sus amigas hablaban a veces.

Y por eso, quizá, algunas mujeres se relacionaban con los hombres equivocados.

Porque eran buenísimos en la cama.

Bandar no sólo era bueno en la cama. Era maravilloso. Y no lo decía sólo por su constitución. Aunque eso también era fabuloso.

Se estremeció al recordar sus manos. El modo en que la habían acariciado. No podía esperar a volver a sentirlas.

—Levántate —se dijo a sí misma al darse cuenta de que estaba comenzando a excitarse. Mantenerse centrada en el trabajo iba a costarle un gran esfuerzo. Estaría pensando en Bandar todo el tiempo. Buscándolo. Deseándolo.

La parte del deseo sería la peor. No se había dado cuenta de lo deprisa que el deseo podía aparecer. Un segundo estaba tranquila, y al siguiente estaba consumida por la necesidad de volver a hacer el amor. Necesitaba tener otro orgasmo. Quería sentir a Bandar dentro de ella.

Poniéndose en pie, Samantha recogió el edredón y salió corriendo de la habitación.

—Veo que todavía no te sientes bien.

Samantha frunció el ceño y miró a Gerald. Estaban desparasitando a las yeguas que debían parir en agosto; una tarea fácil, pero aburrida. No se necesitaba una especial concentración, y Samantha había estado distraída todo el tiempo.

Pero no podía decirle a Gerald en qué había estado pensando. Se quedaría de piedra. Sería mejor guardarse el secreto. Aparentemente, Bandar les había dicho que estaba enferma.

—Aun no me he recuperado del todo —dijo ella.

—¿Sigue molestándote el estómago?

—Mmm. La cabeza también —no era más que la verdad. La cabeza era su principal enemigo. No la dejaba en paz y siempre la atormentaba con imágenes de Bandar.

—Deberías tomarte la tarde libre —le aconsejó Gerald—. Échate un rato.

Samantha quería echarse, pero no sola.

La súbita aparición de Bandar junto a la verja del corral en el

que estaban trabajando la asustó. No lo había visto acercarse. El cochecito de golf con el que se movía no hacía mucho ruido sobre el camino de grava.

—Buenos días —dijo él subiéndose a la verja de madera.

Samantha se puso alerta al instante y los pezones se le endurecieron sólo con verlo.

Llevaba puestos unos vaqueros grises desgastados y una chaqueta negra de lana con cremallera. El día era más frío que el anterior y el sol no proporcionaba mucho calor.

Samantha lo miró y él le devolvió la mirada, pero sus ojos no reflejaban nada de lo que había ocurrido la noche anterior. Se le daba bien disimular.

Claro que, era todo un playboy. Tenía tres novias en Inglaterra. ¿Qué era ella aparte de otra conquista más? Una sustituta. Nada especial, a pesar de las palabras bonitas de la noche anterior. Sólo alguien ligeramente distinta para ayudarlo a pasar el tiempo en, lo que él seguramente consideraría, un lugar aburrido para vivir.

Tenía que tener cuidado para no dejar que ese hombre la encandilara. Era perfecto como amante. Enamorarse de él sería una completa estupidez. Tenía que mantenerlo como amante en su cabeza y en su corazón. Tenía que aprender todo lo que pudiera de él, luego decirle adiós y poner fin a esa fantasía sin arrepentirse.

Porque eso sería lo que él haría con ella. ¿Acaso no había dicho en más de una ocasión que su tiempo era limitado?

Al mismo tiempo, Samantha no podía negar que las próximas semanas prometían ser las más excitantes de su vida. Era difícil actuar con sensatez cuando él estaba cerca.

—¿Cómo te sientes hoy, Samantha? —le preguntó él.

—No está bien —contestó Gerald por ella—. Sigue con el estómago revuelto. Le he dicho que se tome la tarde libre y que se eche un rato.

—Me parece una sugerencia excelente. Tengo justo lo que necesitas para el estómago en casa —dijo él.

Su voz y sus ojos no revelaban nada. Pero Samantha podía sentir la ironía en sus palabras. Era un diablo, de acuerdo; pero un diablo sexy.

—También hay un sofá muy cómodo en el patio trasero. Está a la sombra, pero se está caliente. Es el lugar perfecto para tumbarte. Esa casa en la que vive Samantha está en una zona fría —le dijo Bandar a Gerald—. Fui a visitarla anoche, para ver cómo estaba, y pensé que estaría mejor en una de las habitaciones de invitados de la casa principal. Pero no me atreví a sugerirlo.

Gerald se rió.

—Una decisión sabia. Nuestra Samantha no acepta bien las sugerencias de los hombres. ¿Verdad, Sam?

—Eso depende de lo que me sugieran —contestó ella con una sonrisa forzada.

—No seas grosera —dijo Gerald—. Bandar sólo está siendo amable. Sé una chica sensata y vete a la casa con él. Tómate esa medicina. Quédate allí y descansa. Cleo estará allí para cuidar de ti.

—Cleo no estará allí para cuidar de ti —murmuró Bandar cuando Samantha ya estaba sentada a su lado en el cochecito de golf—. El jueves es su día de compras en la ciudad. Acaba de marcharse. Me he asegurado de que Norman se fuese con ella, así que tendremos la casa para nosotros solos durante, al menos, tres horas.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad? —preguntó ella.

—No iremos a volver al principio, ¿verdad, Samantha?

—No —contestó ella—. Pero, por favor, no des por hecho que estaré siempre a tu disposición. Ya sabes, tengo mi orgullo.

Bandar dejó de conducir y la miró.

—¿Quieres que te haga el amor o no?

—Sí —contestó Samantha.

—Entonces no me hables de orgullo. El orgullo sólo es una excusa para no ser lo que quieres ser.

—¿Y qué quiero ser?

—Una mujer que finalmente ha descubierto los placeres de la carne y que quiere más. No lo niegues. Las mentiras y el orgullo serán tu perdición si se lo permites, Samantha. Es hora de afrontar la verdad.

—¿La verdad?

—Eres una chica enérgica, inteligente y con una personalidad fuerte. Pero te gusta obedecer en el dormitorio. No hay nada de qué avergonzarse. Hay muchas mujeres que necesitan ese tipo de liberación antes de poder disfrutar del sexo.

—¿Y cómo puede ser una liberación el obedecer? —preguntó ella, confusa ante su afirmación sobre sus preferencias sexuales. Aun así, podría tener razón. Había disfrutado la otra noche cuando le daba órdenes, cuando él dirigía sus acciones.

—Si te rindes totalmente a tu amante, te libera de toda responsabilidad de lo que ocurra. No tienes que concentrarte ni que competir. Simplemente te tumbas y disfrutas. Si tu amante es un buen amante, y con eso me refiero a que tenga habilidades eróticas y no a que sea cruel o depravado, tus experiencias pueden ser

estupendas. A ti te gusta que tu amante sea un maestro.

—Lo que me gustaría sería que dejaras de decir esas cosas y comenzaras de nuevo a conducir.

—¿Quieres que me dé prisa en llegar a casa?

—Sí —contestó ella estremeciéndose mientras aceptaba que estaba aún más excitada. No había lugar a dudas de que la estaba corrompiendo.

—Entonces iré más despacio —dijo él cubriéndole una rodilla con la mano—. Tienes que tener paciencia, Samantha. Yo doy las órdenes; tú obedeces. ¿Me he expresado con claridad?

—Perfectamente.

—¿Harás lo que yo diga? ¿Siempre?

Samantha le agarró la mano y se la colocó de nuevo en el volante.

—Ni en tus sueños, Bandar. Lo de anoche fue fantástico, pero sigo teniendo voluntad propia.

Bandar apretó los labios y dijo:

—Veo que aún no te has iniciado correctamente. Pero todavía queda tiempo.

—¡No soy un caballo!

—Es una pena. Los caballos no son respondones. Ya hemos llegado —dijo deteniéndose frente a los escalones—. Es hora de tomar tu medicina.

—Eres un hombre perverso —dijo Samantha mientras bajaba del cochecito.

—Sacas lo más oscuro que hay en mí —murmuró él acercándose a ella—.Ven —le dio la mano y tiró de ella hacia los escalones. Las puertas de entrada estaban abiertas, y Bandar la condujo con rapidez a través del vestíbulo y por un amplio pasillo donde se encontraban los dormitorios.

Samantha ya había estado antes en la suite de invitados. Una vez, Cleo había estado limpiando, preparando la suite para los invitados en época navideña. Samantha había estado ayudándola, no porque tuviera que hacerlo, sino porque se sentía sola.

Tenía tres habitaciones: un dormitorio, una sala de estar y un cuarto de baño. Todas eran espaciosas, amuebladas con piezas de calidad y con lujos de todo tipo; desde una cama enorme y televisión de pantalla plana, hasta un jacuzzi con grifos de oro de dieciocho quilates.

—Prepararé el baño —dijo Bandar tras conducirla hasta la sala de estar.

—Supongo que huelo a caballo —dijo ella.

—Me gusta el olor a caballo —contestó él—. Un día haremos el amor en un caballo.

—Oh… —dijo Samantha imaginándose al instante a Bandar montando a caballo y ella desnuda, sentada en su regazo, dándole la espalda.

Ella agarraba las riendas, porque las manos de Bandar estaban ocupadas acariciándole los pechos. Él también estaba desnudo, penetrándola con fuerza, como la noche anterior. El caballo iba galopando y…

—Pero no hoy —prosiguió él—. Hoy quiero bañarme contigo y luego hacerte el amor en una cama en condiciones.

—Oh —dijo ella por segunda vez. ¿Acaso las escenas eróticas que proponía no tenían fin? Probablemente ya las hubiera experimentado antes.

Samantha sintió una punzada de celos al pensar en Bandar bañándose con otras mujeres, por no mencionar haciendo el amor a lomos de un caballo, sobre el suelo, en la cama, y en miles de lugares y posiciones más.

—Has hecho estas cosas con otras mujeres, ¿verdad? —preguntó ella.

—¿Qué? Oh… otras mujeres —Bandar entornó los ojos y frunció el ceño, como si estuviera pensando en la respuesta.

Samantha sintió un dolor en el pecho. No quería que lo admitiese. ¿Y si contestaba que sí? ¿Qué haría ella? ¿Tendría el coraje de dejarle?

—He conocido a muchas mujeres. De hecho, me he movido en un mundo muy diferente al tuyo, Samantha —dijo finalmente—, donde la riqueza saca lo peor de los hombres. Y de las mujeres. He presenciado escenas pornográficas, la más reciente en una fiesta a la que asistí no hace mucho, pero me dio asco. Me gustan los juegos eróticos, pero hacer el amor, para mí, es una actividad privada y personal. Confieso que prefiero tener una compañera de cama que disfrute siendo yo el maestro. No soy uno de esos hombres que necesitan que la mujer esté encima, por así decirlo. Soy yo el que lass monta. Soy yo el que las ata.

—¿Atarlas?

—Te gustará estar atada —afirmó Bandar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó ella casi sin aliento. La mera idea la excitaba, provocándole cientos de preguntas en la cabeza. ¿Cómo podría atarla? ¿Dónde? ¿Por cuánto tiempo?

—Estoy seguro —contestó él devorando sus labios con la mirada

—. Hay té y café ahí —prosiguió señalando con la cabeza hacia un mueble en la pared, tras cuyas puertas se ocultaba todo lo necesario para preparar una bebida o un aperitivo.

El día en que Samantha había estado ayudando a Cleo, su labor había consistido en llenar el pequeño frigorífico con vino y refrescos.

—Quizá quieras preparar algo caliente de beber mientras yo preparo el baño.

—No —contestó ella—. No quiero beber nada. Quiero que me beses. Necesito que me beses, Bandar. Ahora.

Bandar se quedó desconcertado ante su apasionada rebelión. Pero también se excitó.

Aquello era lo que le había encantado de ella desde el principio. Su espíritu decidido. Y, sí, su pasión. Haber visto cómo Samantha obedecía la noche anterior había sido tremendamente satisfactorio, pero, cuando se ponía así, cuando sus ojos azules brillaban, deseaba arrancarle la ropa y hacerle el amor allí mismo.

—Si te beso, puede que no sea capaz de esperar —admitió Bandar.

—Ahora eres tú el que habla demasiado —dijo ella—. ¿Por qué no te callas y me besas?

Bandar sintió cómo iba perdiendo el control.

Se acercó a ella en un abrir y cerrar de ojos y devoró sus labios como jamás lo había hecho. Ella le correspondió con su propia ansia, agarrándole la chaqueta con las manos y tirando de él.

Bandar sabía que no aguantaría mucho, una situación que le sorprendió bastante. Se enorgullecía de sus habilidades como amante. Llegar al orgasmo antes de tiempo sería horroroso.

Desesperado, agarró a Samantha de la coleta y la apartó de él. Se quedó mirándola unos instantes hasta que cayó rendido y comenzó a arrancarle la ropa.

Al diablo con el orgullo. ¡Al diablo con todo!

Ella lo ayudó a quitarle la parte de arriba y luego el sujetador. Sus vaqueros se convirtieron en una barrera temporal cuando la cremallera se atascó a la mitad. Bandar la tumbó en el sofá más cercano y se los quitó tirando hacia abajo, llevándose consigo las botas de montar. Le siguieron las bragas, una prenda de algodón, nada sexy, que Bandar prometió quemar.

Una vez desnuda, Samantha se puso en pie y se lanzó hacia él. Bandar estaba demasiado sorprendido y excitado como para detenerla. Ella era como un animal salvaje, arrancándole la ropa. Cuando quedó totalmente desnudo, estuvo otra vez cerca del punto

de no retorno.

Samantha no debía haberlo tocado, no debía haberlo acariciado así.

La levantó con fuerza y la penetró de un golpe. Una vez dentro de ella, la llevó a través de la habitación y la empotró contra el mueble de las bebidas, agarrándole las muñecas y aprisionándole los brazos contra la madera, manteniéndola cautiva mientras la embestía. Oyó cómo gemía y no supo si era un grito de placer o de dolor. No le importaba. Había perdido el control totalmente.

Bandar llegó al orgasmo con una velocidad desconocida para él. Apenas diez segundos después de penetrarla, eyaculó, gimiendo y estremeciéndose como un adolescente sin control. El hecho de no haber usado protección hizo que gimiera por otra razón. Aun así, la sensación de no tener nada entre ellos era extremadamente satisfactoria. Sintió más satisfacción cuando ella llegó al clímax.

El arrepentimiento no podía sentirse en el clímax, pero no tardó en aparecer y, cuando lo hizo, Bandar cerró los ojos con fuerza.

Samantha se pondría furiosa con él, y tendría razón. Aunque su actitud tampoco había ayudado. ¿Cómo esperaba que un hombre se controlara en una situación semejante?

«Pero tú siempre te has controlado», dijo una voz en su interior.

¿Por qué era diferente con esa chica?

Un sonido escapó a los labios de Samantha; una mezcla de suspiro y sollozo.

Bandar abrió los ojos y vio que los de ella estaban medio cerrados y tenía la cabeza girada hacia un lado. Tenía la sensación de que se caería al suelo si la soltaba.

—¿Estás bien? —preguntó él, sin atreverse a soltarla.

Samantha abrió los ojos lentamente y sonrió.

—Genial, gracias —murmuró.

—No he usado protección —le informó Bandar.

No deseaba tener un hijo, especialmente en ese momento, cuando no sabía si podría estar ahí para protegerlo. El niño podría tener todas las cosas materiales que necesitara, pero el dinero no era la solución a todo, por mucho que pensara alguna gente. Un niño necesitaba que su padre estuviera allí durante su infancia.

—Sí —dijo ella—. Ya me he dado cuenta.

Sonaba muy calmada. Demasiado calmada. Bandar apretó los dientes. De pronto, sus preocupaciones habían tomado un rumbo distinto. ¿No habría caído en la trampa más vieja del mundo? ¿Sería eso lo que ella había planeado desde el principio? ¿Seducirlo y atraparlo con un hijo?

No sería la primera mujer en intentar esa táctica. Casi se había dejado engañar en una ocasión, de modo que había tenido mucho cuidado desde entonces. Aquel incidente era el primer descuido que había tenido en quince años.

Bandar observó su rostro tratando de encontrar la verdad en sus ojos.

Normalmente podía oler a una caza fortunas a kilómetros. Le costaba creer que Samantha fuera de ésas, pero nadie mejor que él sabía que algunas mujeres no se detendrían ante nada con tal de poner las manos en la fortuna familiar.

—¿Por qué no me has detenido? —preguntó.

Samantha se asustó al oír la furia en su voz. Luego se sintió molesta.

—Podrías haber parado tú —señaló—. Nadie te ha obligado a hacer lo que has hecho.

Bandar se apartó de ella de golpe y la miró con los ojos entornados.

—No eres inexperta en absoluto, ¿verdad? Me has engañado.

—Nunca te he engañado —declaró ella, pero entonces recordó la pequeña mentira que le había dicho.

—Veo la culpa en tu cara.

—Sólo te he contado una mentira piadosa —admitió Samantha —. Una que pensé que te complacería.

—Dime.

—Sí estoy tomando la píldora. Simplemente no quería decírtelo.

Era curioso, no parecía complacido.

—No te creo —dijo él con frialdad.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Sí. Claro que te he oído. Es que he tardado un par de segundos en registrar el insulto. Ahora que lo he hecho, tengo una cosa que decirte, señor Bandar bin Bastardo. Vete al infierno. Vete directo al infierno. ¡Y no vuelvas a hablarme nunca, bajo ninguna circunstancia! —exclamó mientras se apartaba de la pared—. Por desgracia, tengo que usar tu cuarto de baño antes de marcharme. Aparte de que necesito hacer pis, quiero asegurarme de quitarme tu olor de mi

cuerpo. No porque haya la más mínima posibilidad de que me haya quedado embarazada, sino porque no podría soportar caminar y recordar que me he entregado a un hombre que no me respeta en

absoluto. Claro que tú no respetas a ninguna mujer, ¿verdad, Bandar? —concluyó antes de darse la vuelta y caminar hacia el cuarto de baño.

Capítulo 9

BANDAR estaba sentado en silencio en el sofá bebiendo una taza de té y esperando a que Samantha saliera. Había estado dentro varios minutos, durante los cuales la ducha había estado corriendo durante bastante tiempo. No le cabía duda de que la puerta del baño estaría cerrada con pestillo, así que no se había molestado en intentar abrirla. No tenía sentido intentar hablarle así, cuando estaba furiosa.

En vez de eso, se había vestido, había preparado té y se había sentado a esperar mientras bebía.

El discurso de Samantha lo había dejado inquieto. Había hecho que cuestionara sus actos como nunca lo había hecho, sobre todo en referencia a su trato hacia las mujeres.

Se dio cuenta de que su cinismo hacia el sexo opuesto era tan profundo, que bordeaba la paranoia. Comprendía por qué era así. Tenía razones para adoptar esa actitud. ¿Pero eso significaba que era correcto?

No todas las mujeres del mundo eran cazafortunas. Sin embargo, saber que tenía millones hacía que surgieran los peores instintos de las personas. Había visto cómo las mujeres con las que salía cambiaban de actitud al darse cuenta de lo rico que era. De pronto estaban dispuestas a hacer cualquier cosa por

él. Aquella fiesta privada a la que había sido invitado había sido organizada por una mujer que pensaba que podría seducirlo con ese tipo de cosas depravadas.

Bandar se había marchado furioso y no había vuelto a hablar con ella.

Las tres amigas de las que le había hablado a Samantha no eran así en absoluto. Aunque eran excepciones que confirmaban la regla; eran mujeres adineradas por derecho propio, independientes y de éxito que tenían otras metas que no fueran casarse con un millonario.

Sus relaciones con ellas eran casuales y puramente sexuales. Samantha parecía pensar que eso era asqueroso. Pero él nunca le había prometido a ninguna de ellas que fuese la única mujer de su vida. A ellas no parecía importarles no ser únicas. Y, desde luego, no estaban enamoradas de él. Les proporcionaba compañía y se acostaba con ellas, y viceversa. Si no sobrevivía a la operación del próximo mes, no llorarían su muerte durante mucho' tiempo, si es

que lo hacían.

Bandar había decidido que nadie lloraría realmente su muerte. No tenía familia cercana, ni mujer, ni hijos.

Tal vez Ali llorase un poco. Pero tampoco durante demasiado tiempo. Su vida era muy ajetreada, con su mujer y sus hijos, en aquel tranquilo lugar. Con el tiempo. Ali apenas recordaría que había existido un hombre llamado Bandar.

No, eso no era cierto. El hijo de Ali llevaba su nombre. Nunca sería del todo olvidado.

Aquel pensamiento le proporcionó cierto placer, y comprendió por qué los hombres dejaban un legado semejante al tener un hijo.

Bandar agarró la taza con fuerza al darse cuenta de otra cosa.

No quería morirse. Ya no.

No era que alguna vez lo hubiese deseado realmente. Pero una parte de él no se había sentido devastada cuando el médico le había dado la noticia, una parte de él había dicho sí, viéndolo como una vía de escape a su soledad existencial, provocada por los sentimientos que inundaban su mente cada mañana al despertarse.

Sentimientos que, curiosamente, habían permanecido ausentes desde su llegada a Australia.

¿Sería por su obsesión sexual con esa chica? ¿0 por el cambio de escenario?

—¡Vaya, sigues aquí!

Bandar giró la cabeza al oír la voz de Samantha. Estaba de pie junto a la puerta que conectaba el dormitorio con la sala de estar. Tenía las manos en las caderas. Estaba vestida y con el pelo húmedo, y lo miraba con rabia.

—Oh, por favor, no te levantes —prosiguió cuando Bandar dejó su taza—. Bébete el té. Creo que podré encontrar el camino de vuelta. Siempre viene bien caminar un poco para mantenerse en forma. Y para tomar decisiones, aunque ya he tomado la más importante de todas. La próxima vez que hables con Al¡, por favor, dile que me marcho. Renunciaré a cualquier indemnización con tal de poder irme por la mañana.

La primera reacción de Bandar fue de pánico, cosa rara en él. Nunca le entraba el pánico.

Su cerebro le decía que la dejara marchar, que se estaba convirtiendo en un problema del que podía prescindir.

Sin embargo, su cuerpo pensaba de manera muy distinta. Seguía deseándola.

Gradualmente, su cerebro comenzó a discutir con su cuerpo.

Si la dejaba marchar, ¿cómo aguantaría las próximas semanas?

Ella haría que no pensara en la muerte. Lo mantendría en el mundo de los vivos.

Ya había hecho planes para ir con ella a Sidney un fin de semana, y finalmente decidió que no cambiaría esos planes.

Samantha vio cómo Bandar se levantaba. Seguramente fuese a persuadirla para que se quedase. Podía sentirlo.

—No es necesario que hagas esto, Samantha —dijo él con voz profunda.

—No puedo seguir trabajando aquí —dijo ella—. No después de esto. Iba a dejarlo de todas formas a finales de junio. Simplemente adelantaré mi salida.

—¿No te gusta trabajar aquí?

—No. Prefería trabajar en Sidney. Pero no voy a decirte por qué. Sé lo que estás haciendo. Estás intentando hacer que hable. Crees que puedes hacerme cambiar de opinión.

—Espero poder —dijo él—. Espero que aceptes mis disculpas. Me he equivocado al no creerte.

El hecho de que estuviera pidiéndole perdón la sobresaltó. Porque sonaba genuino. Parecía sentirlo de verdad.

—Mi única excusa es que he sido durante mucho tiempo el objetivo de mujeres sin escrúpulos. He desarrollado una naturaleza suspicaz. Pero he tenido tiempo para pensar mientras estabas en el baño y no creo que tengas planes secretos en lo que a mí respecta.

¿Por qué? ¿Por qué tenía Samantha que parecer culpable?

Él lo veía. Samantha sabía que lo veía.

—¿Ahora admites que tienes planes secretos? —preguntó él—. ¿Por eso te vas? ¿Porque ya has conseguido tu objetivo?

Ella negó violentamente con la cabeza, molesta consigo misma por dejar que sus emociones fueran visibles en su rostro.

—No. No he conseguido mi objetivo. Mira, realmente no tenía planes secretos en lo que a ti respectaba. Al menos, no del tipo que piensas.

—¿Entonces de qué tipo eran?

—Oh, no hagas que me avergüence de mí misma.

—Debes decírmelo —insistió Bandar.

—Mira, quería que me lo enseñaras todo sobre sexo, ¿de acuerdo? Al principio no. Al principio simplemente me gustabas. Eres atractivo. Seguramente lo sepas. Pero no tenía ni idea de que yo te gustara a ti. Quiero decir que… no suelo gustarles a los hombres. Lo de anochee fue… bueno, fue una sorpresa. Y puedo decirte que me abrió los ojos. Nunca antes había tenido un orgasmo y… Oh, por favor, no me mires así. Es cierto. Ya te dije que tenía

poca experiencia. Yo no miento, Bandar. Bueno, no generalmente. Y no puedes culparme por no decirte que estaba tomando la píldora. Tienes reputación de playboy y admitiste abiertamente que tenías tres novias en Inglaterra. ¿Cómo iba a saber a lo que me arriesgaba acostándome contigo?

—A nada, te lo aseguro —dijo él—. Me hice un chequeo médico exhaustivo antes de abandonar Inglaterra y todo estaba bien. Salvo un pequeño problema con los dolores de cabeza.

—Bueno, es un alivio. Y te prometo que no habrá consecuencias por lo que ha ocurrido aquí hoy.

—¿Por qué tomas la píldora?

—¿Qué?

—Es una pregunta sencilla. Si no tienes una vida sexual regular, ¿por qué tomas la píldora?

—Es una larga historia.

—Soy todo oídos.

—Sigues sin creerme, ¿verdad?

Bandar tuvo que admitir para sí mismo que no la creía del todo. Pero sería su lado cínico el que hablaba.

Realmente le intrigaba su historia. No sólo le intrigaba, sino que le excitaba. Encajaba muy bien en sus planes, y en sus deseos..

Al mismo tiempo, no podía evitar sentirse un poco escéptico. ¿La otra noche Samantha había tenido su primer orgasmo? Tendría veintiséis años. Era poco probable.

Pero quizá fuera cierto.

—Sí te creo —dijo él, pensando en sus propios planes secretos—. Sólo quiero saber la razón.

—Pues es una pena, porque no voy a darte más explicaciones. Me voy, Bandar. Adiós.

—No quiero que te vayas —dijo él colocándose entre la puerta y ella.

—Lo que quieras ya no me importa. Ahora, apártate de mi camino.

—No. —Gritaré. —Nadie te oirá.

—No me das miedo —dijo ella cruzándose de brazos.

—Sí te doy miedo —dijo Bandar acercándose a ella y colocándole las manos en los hombros. Pero no la acercó a su cuerpo. La mantuvo alejada, observando sus ojos—. ¿Es esto lo que haces siempre que un hombre muestra interés en ti, Samantha? ¿Encuentras cualquier razón para discutir con él y luego sales

corriendo? Me he disculpado. Realmente creo que estás tomando la píldora. Y no tienes que decirme por qué si no quieres.

—No quiero —murmuró ella destrozando los brazos.

Claramente había bajado las defensas. Bandar sabía que no tardaría mucho en rendirse ante él. La idea hizo que se sintiera triunfante y que la sangre comenzase a quemarle en las venas. Era lo que deseaba, lo que necesitaba. Desearla constantemente hacía que se sintiera vivo.

Lo único que tenía que hacer era controlar ese deseo y todo saldría bien.

—¿Pero aún sigues queriendo que te lo enseñe todo sobre el sexo? Vamos, olvida tu orgullo y sé sincera.

—Supongo —admitió ella—. Pero no me gusta tener que esconderme. Me pone tensa.

—Estoy de acuerdo. No es bueno para relajarse. Por eso ya he pedido el helicóptero de Ali. Llegará mañana por la tarde para llevarnos a Sidney a pasar el fin de semana. Ali ha puesto su suite en el hotel Regency a mi disposición. Puedo enseñarte muchas cosas en un fin de semana, Samantha. El domingo ya no serás la misma chica. Ya no querrás pelearte conmigo.

Samantha gimió. Ni el mismísimo diablo podría haberla tentado tan poderosamente. Estar a solas con él durante un fin de semana en una suite de hotel. ¡Eso sí que eran fantasías hechas realidad!

—¿Pero qué le diré a todo el mundo? No quiero que sepan que tú y yo… ya sabes.

—Nos inventaremos alguna excusa. Puedes decir que tienes que ir a Sidney a ver a tu médico de cabecera. Así dará la impresión de que es un problema íntimo del que no debe hablarse. Dijiste que eras de Sidney, ¿verdad? Tu padre y tus hermanos viven allí.

Samantha frunció el ceño. No recordaba haberle contado eso. Quizá lo hubiera hecho.

—Sí, viven en Sidney.

—Entonces ésa es la solución perfecta. Nadie sabrá que estás pasando el fin de semana conmigo. Pensarán que estoy siendo amable ofreciéndome a llevarte. Todos darán por hecho que te alojarás con tu familia.

Samantha no podía creerse que ya hubiese reservado el helicóptero. Una vez más, había dado por hecho que ella haría su voluntad.

—Como ya he dicho —dijo ella con exasperación—, eres un

hombre perverso.

—No soy perverso. Soy decidido.

—¿Siempre consigues lo que deseas en la vida?

—No —dijo él—. Hay cosas que no se pueden comprar.

—¿Estás hablando del amor?

—En absoluto. Puedo comprar el amor, Samantha.

—No puedes. Puedes comprar el sexo, pero no el amor.

—Puede que tengas razón. Pero no deseo amor, y nunca tengo que comprar el sexo. Lo consigo gratis.

—De eso estoy segura.

Él se rió y luego la besó. Cuando levantó la cabeza de nuevo, Samantha había olvidado su resolución de no tener nada más que ver con él. Podría pelear con él, pero no podría pelear contra los deseos que despertaba en ella.

—¿Qué hora es? —preguntó ella con voz temblorosa.

—La una.

—¿A qué hora…?

—Cleo y su marido no regresarán hasta, como poco, las tres.

—Entonces podemos…

—¿Realmente quieres aprenderlo todo sobre sexo, Samantha? ¿No sólo algunas posturas y técnicas sexuales, sino los aspectos más sofisticados?

—Supongo —dijo ella sin estar muy segura de a qué se estaba refiriendo.

—¿Te acuerdas que antes te he dicho que tenías que tener paciencia? Vamos a pasar el fin de semana juntos, donde disfrutaremos al máximo. Si nos abstenemos de tener más sexo hoy, tu placer será mayor, tus orgasmos mucho más intensos. El cerebro es el órgano más sexy del cuerpo. Sólo pensar en el sexo es a veces el mejor preliminar. ¿Tú piensas en el sexo, Samantha?

—Desde que te conocí, todo el tiempo.

—Me tomaré eso como un cumplido. ¿Y en qué piensas?

—¡No puedo decírtelo! —exclamó ella sintiendo cómo se le sonrojaba la cara.

—Pero debes hacerlo. Hablar de sexo con tu amante es incluso más excitante que pensarlo. ¿Alguna vez has hecho sexo telefónico?

—Bandar, antes de conocerte apenas había tenido sexo en general.

—Sigue pareciéndome increíble. Una chica tan apasionada como tú.

—Mi lengua mordaz asusta a los hombres. Ésa es otra cosa que me gustaría que me enseñaras. Cómo flirtear.

—Flirtear no es algo que pueda enseñarte. Sin embargo, te saldrá con más naturalidad cuando tengas confianza en tus habilidades en el dormitorio. Tu lengua se suavizará al igual que tu cuerpo. Ven. Siéntate en el sofá. Te traeré una copa de vino y hablaremos.

—¿Sólo hablar?

—Puede que juegue contigo un poco —contestó él mientras se acercaba al mueble de la pared y sacaba una botella de vino del pequeño frigorífico.

—Oh, no —protestó ella—. No hagas eso. No podría soportarlo —se sentó en el sofá, cosa necesaria, pues las piernas le temblaban.

—Tendrías que soportarlo si estuvieras atada.

—No vas a hacer eso, ¿verdad?

—No. Hoy no. pero quiero que pienses en cómo sería estar desnuda y atada a una cama, o a una silla, o a cualquier mueble que fuera apropiado. Por supuesto, sólo harías eso con un amante en quien confiaras plenamente —prosiguió él mientras abría la botella de vino y lo servía en una copa.

—¿Pero por qué iba a hacerlo? —preguntó Samantha casi sin aliento—. Quiero decir… ¿por qué crees que me gustaría?

—Trata de imaginar la escena. Una vez atada, quedas completamente impotente. No puedes evitar que tu amante te toque ni que te posea, ni tampoco puedes evitar que te haga esperar si quiere. A veces hará que llegues al orgasmo una y otra vez hasta que te disuelvas de deseo. En otras ocasiones, si tiene la suficiente habilidad, puede llevarte al clímax y mantenerte allí durante horas. ¿Cuál de esas escenas prefieres, Samantha? —preguntó sentándose a su lado y llevándole la copa a los labios.

Samantha sentía que la cabeza le daba vueltas y la boca se le había quedado seca. Cuando Bandar le ofreció la copa, ella bebió sin dejar de mirarlo a los ojos.

El le apartó la copa y se inclinó para besarla.

—¿Cuál? —susurró Bandar.

—Los dos —contestó ella estremeciéndose—. Los dos.

«¡Sí!», pensó Bandar triunfante al escuchar su admisión. Era suya.

—Serás mi amante esclava durante todo el fin de semana —dijo mientras le acercaba de nuevo la copa a los labios.

Ella bebió una vez más y dijo:

—No me harás daño, ¿verdad?

—¡Jamás! —exclamó él, sorprendido por que pudiera pensar eso —. Si me entregas tu cuerpo, no te daré nada más que placer. Pero

debes confiar en mí.

La besó hasta estar tan excitado, que se preguntó si podría esperar hasta el día siguiente. Aun así, su ego masculino le exigía que lo hiciera. ¿No le había dicho él mismo que un buen amante tenía que tener paciencia?

—No me hagas esperar, Bandar —susurró ella de pronto—. Llévame a la cama ahora. Prometo ser tu amante esclava en Sidney durante todo el fin de semana, pero no puedo esperar tanto. Te necesito ahora. No sé qué me pasa, pero… tengo que tenerte dentro.

Él gimió. No pudo evitarlo.

—No deberías decirle esas cosas a un hombre.

—No lo comprendes. Esto que siento es como una adicción. Es deseo. Dime, ¿desaparecerá algún día?

—¿Quieres que desaparezca? —preguntó él mientras la tomaba en brazos y la llevaba hacia el dormitorio.

—Sí. No. No lo sé. No puedo pensar con claridad.

Simplemente quiero que me hagas el amor una y otra vez.

—Lo haré lo mejor que pueda —dijo él.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que regrese Cleo? —preguntó Samantha mientras la tumbaba en la cama y comenzaba a desvestirla.

Bandar sospechaba que no sería el suficiente tiempo.

—Como una hora y media —dijo.

—Entonces date prisa, Bandar. Date prisa.

Capítulo 10

SABES, Samantha? Creo que a Bandar le gustas. Samantha se tomó un momento para borrar toda expresión de su cara antes de levantar la vista del café.

—Oh, vamos, Cleo, no seas tonta.

Después de que Cleo hubiera regresado de hacer sus compras, Bandar evidentemente le había contado la historia que habían acordado, y Cleo, preocupada, había bajado corriendo a su casa para ver si ocurría algo. Samantha le había quitado los miedos a su amiga diciéndole que sólo se trataba de un problema de mujeres y que quería ver a su médico de cabecera en Sidney. También le había dicho que ya iba siendo hora de que visitara a su familia.

Había sido Cleo la que había insistido en que tomaran café, claramente porque quería sentarse y cotillear. Lo único que Samantha quería hacer era estar sola.

—No soy tonta —insistió Cleo—. Sé cuando un hombre está interesado en una chica. No para de hacerme preguntas sobre ti.

—¿Qué tipo de preguntas? —Sobre tu pasado, tu familia. —¿Y qué le has dicho?

—No mucho. Sólo que tu madre murió cuando na

ciste y que te has criado en una casa de hombres.

—Entiendo —dijo Samantha. Y era cierto. Por eso Bandar había averiguado lo de sus hermanos. Y probablemente algunas cosas más. Cleo nunca se quedaba en la superficie.

—Estaba muy preocupado por ti la otra noche. Lo que me recuerda, ¿te gustó mi sopa?

—Estaba deliciosa —Samantha la había encontrado en el porche a la mañana siguiente y se la había tomado para desayunar—. Gracias. Eres muy amable, Cleo.

—Eso intento.

—No mucha gente lo es hoy en día. El mundo se ha vuelto egoísta.

—Bandar es un hombre amable.

—¿Eso crees? —preguntó Samantha, que jamás habría puesto la amabilidad entre las virtudes de Bandar. Su amabilidad normalmente tenía motivos ocultos.

—Mira lo que hizo por Martha Higgins.

—¿Quién diablos es Martha Higgins?

—La dueña de la granja de Valleyview. Bandar no tenía por qué

pagar todo ese dinero por las yeguas. Norm estuvo hablando con Trevor, y él le dijo que no valían tanto.

—¿Cómo diablos averiguó Trevor lo que Bandar había pagado por ellas? ¿Acaso Bandar se lo dijo?

—Cielos, no. Trevor lo oyó por casualidad. Ya sabes cómo son las cosas aquí, cielo. No se puede guardar un secreto en el campo. Así que le pregunté a Bandar por ello y me dijo que Ali le había contado las circunstancias de Martha y que pensaba que podría echarle una mano.

—Puede permitírselo —dijo Samantha pensando en lo fácil que era para un millonario impresionar a la gente. No tenía más que repartir unos cuantos millones y la gente pensaba que era Dios.

—Muchas otras personas adineradas pueden permitirse gestos caritativos también —señaló Cleo—. Pero no habrían hecho lo que hizo Bandar. Tampoco tenía por qué ofrecerse a llevarte a Sidney, así que deja de criticar al pobre hombre. De verdad, Samantha, y yo que pensaba que te gustaba…

—Y me gusta —admitió ella—. Pero eso no significa que tenga que besar el suelo que pisa por llevarme.

—No puedo imaginarte haciendo eso por ningún hombre —dijo Cleo riéndose.

Samantha sonrió. «Oh, Cleo», pensó. «Si supieras. Ya he besado cada parte de su cuerpo. No me canso de él y está empezando a preocuparme. Lo que pensé que sería una experiencia positiva está empezando a convertirse en una peligrosa obsesión. Ya me he convertido en su amante esclava. No, no en su amante esclava. El amor no tiene nada que ver con lo que me hace. Soy su esclava sexual».

—¿Estás nerviosa por subirte en el helicóptero de Ali? —preguntó Cleo.

Samantha había estado tratando por todos los medios de no pensar en el día siguiente. Porque, cada vez que lo hacía, comenzaba a pensar en lo que iba a ocurrir, y entonces empezaban a ocurrirle otras cosas.

Bandar tenía razón al decir que pensar en el sexo era uno de los mejores preliminares. Cada vez que lo hacía, sus pezones se ponían duros y sentía un vuelco en el estómago.

Lo sentía en ese momento.

Samantha sabía que se pasaría la noche dando vueltas en la cama.

—No tendrás pastillas para dormir, ¿verdad, Cleo?

—Oh, querida, no debes de sentirte bien si necesitas esas

pastillas. Pero sí, tengo algunas. Me las recetaron cuando tuve insomnio el año pasado. La menopausia te produce esas cosas —añadió—. Lo que tenemos que soportar las mujeres. Los hombres son afortunados. Pero ya sabes lo que dicen: es un mundo de hombres.

Samantha no podría haber estado más de acuerdo. Sobre todo si el hombre en cuestión era guapo, rico y acostumbrado a conseguir lo que deseaba. Por alguna extraña y maravillosa razón, Bandar la deseaba a ella en ese momento. Quizá fuese que no podía pasar mucho tiempo sin sexo. 0 quizá le gustase verse como una especie de tutor del sexo. Probablemente ese papel le gustase a un hombre que disfrutase con el tipo de sexo con el que disfrutaba Bandar.

El problema era que a ella le gustaba lo mismo. Había disfrutado con su maestría en el dormitorio aquella misma tarde. Bandar le había hecho el amor apasionadamente al principio, cara a cara, satisfaciendo sus necesidades. Después la había llevado a la ducha, donde la había bañado y la había vuelto a llevar a la cama, haciéndole de nuevo el amor con la boca hasta dejarla rendida. Finalmente, le había pedido que hiciera lo mismo por él.

Samantha había leído sobre el sexo oral. Pero nunca se había imaginado a sí misma haciéndolo, ni disfrutando tanto.

Sin embargo, no podía imaginarse haciéndoselo a otro hombre. Eso era lo que estaba empezando a preocuparla. El hecho de que no se veía deseando a otro hombre. No después de Bandar.

Samantha esperaba que fuera sólo porque era un amante increíble, nada más. Lo último que necesitaba era enamorarse de su maestro de sexo.

—Supongo que no querrás venir a cenar esta noche, ¿verdad? —sugirió Cleo—. Estoy segura de que a Bandar no le importará.

De hecho, Samantha estaba segura de que sí le importaría. Había dejado muy claro aquella tarde cuando se habían despedido que no deberían verse hasta el día siguiente.

—¿Sabes? A veces pienso que ese hombre está muy solo —prosiguió Cleo.

Aquella observación hizo que Samantha sintiera un vuelco en el corazón, porque confirmaba lo que ella ya sabía. Por supuesto que Bandar estaba solo en Australia. Había tenido que dejar a tres novias en Londres. Tendría que encontrar una sustituta en su cama. Por ejemplo, ella.

Simplemente era una sustituta. Una diversión para sacarlo de su aburrimiento.

Pero saber la verdad sobre Bandar no hacía que fuese más fácil

resistirse a él. 0 arriesgarse a desobedecerlo.

—Gracias por la oferta, Cleo, pero creo que sería mejor que no comiera mucho hoy. No si tengo que montarme en ese helicóptero mañana. Tomaré sólo una tostada y un té. Pero iré contigo a la casa ahora para que me des la pastilla para dormir —dijo poniéndose en pie inmediatamente.

Cleo se levantó lentamente.

—¿Estará allí Bandar? —preguntó Samantha mientras las dos caminaban hacia sus respectivos coches.

—No. Está fuera montando a ese caballo loco otra vez. Ha dicho que tendrá que volver a montarlo mañana por la mañana para asegurarse de que se comporta durante el fin de semana. Ray le ha dicho a Norm que es un caballo muy salvaje. Han probado a ponerlo en un corral más grande, pero sigue poniéndose histérico. Ray dice que es de esos purasangres que no se comportan a no ser que fecunde a una yegua todos los días.

—Entonces estará bien pronto —dijo Samantha—. Tiene una agenda muy completa para esta temporada. A finales de agosto, irá a la granja varias veces al día durante semanas.

—¿Sabes? Me sorprende cómo esos caballos pueden hacerlo una y otra vez —dijo Cleo mientras abría la puerta de su coche—. Obviamente, los caballos son muy diferentes a los humanos. Por mi experiencia, la mayoría de los hombres sólo pueden hacerlo una vez. Una vez al mes —añadió riéndose irónicamente—. Pero quizá ése sea sólo mi pobre Norm. Me atrevería a decir que un semental como Bandar puede hacerlo mejor que eso. Te veo en la casa, cielo —dijo antes de marcharse.

Samantha sonrió y se colocó tras el volante de su coche.

Cleo se estaba quedando corta. Bandar podía hacerlo mucho más que una vez al mes; más bien una vez cada hora. Seguramente no fuese a esperar a llegar a Sidney para tener más sexo. Comenzaría en el helicóptero. Sabía que sería así. Ya le había dicho lo que debía llevar puesto para el vuelo. Y lo que no debía llevar.

Le obedecería, por supuesto. Eso era lo que hacían las esclavas sexuales.

Obedecían a sus maestros.

Le había ordenado que se pusiera falda, sin ropa interior. Ninguna en absoluto.

Temblaba sólo con pensarlo.

¡Apenas podía esperar!

Si Bandar hubiera tenido un látigo, tal vez le hubiera dado un latigazo al caballo. Quería que el animal galopase más rápido.

Mucho mejor que no tuviera uno, pensó Bandar, porque a su caballo nunca le había gustado el látigo.

Sabía que eran sus propias emociones las que estaban sacando eso de él. Estaba intentando librarse de su propia testosterona, no de la del caballo.

La situación con Samantha se le estaba yendo de las manos. Cuanto más estaba con ella, más la deseaba. Tenía que luchar por controlar su cuerpo. Esa tarde había perdido la batalla en dos ocasiones.

Había perdido el control, y no le gustaba eso.

De ahí su loca carrera por la pista aquella tarde. Aunque no parecía estar funcionando.

Tenía que mantenerse apartado de ella durante un tiempo.

Se ocuparía de sí mismo en la ducha. Esa noche y a la mañana siguiente. La idea era desagradable, pero necesaria.

Cuando Samantha se uniera a él en el helicóptero, Bandar pretendía tener su deseo bajo control. ¿Porque cómo iba a disfrutar controlando a Samantha si ni siquiera era capaz de controlarse él?

Ese era el nombre del juego ese fin de semana, ¿verdad? Él era el maestro y ella la amante esclava ansiosa por aprender.

Su mente se llenaba con imágenes de todo lo que pensaba enseñarle y hacerle.

Emitió un gemido de tortura. Pero era una tortura nacida del placer prometido. Del suyo y del de ella. Sí, Samantha disfrutaría ese fin de semana.

Se aseguraría de eso.

Capítulo 11

STÁS muy guapa —dijo él en cuanto estuvieron

—solos en el helicóptero.

«No tan guapa como tú», quiso decir Samantha. Pero le costaba controlar su lengua en ese momento.

Bandar iba vestido con un traje negro informal. Había vuelto a ponerse los anillos en los dedos, pero no la cadena de oro que solía llevar colgada del cuello. Su pelo parecía más largo que el día que se conocieron, cayéndole sobre los hombros.

No podía quitarle los ojos de encima.

Bandar parecía igual de sorprendido con su apariencia.

Samantha tenía que confesar que se veía bien, cosa que se explicaba sólo porque sus preparativos para ese fin de semana le habían llevado varias horas de la noche anterior y toda la mañana.

Su pelo. Su cara. Su cuerpo. Había prestado atención al más mínimo detalle hasta estar perfecta, como debía estar. Se había pintado las uñas, se había echado crema hidratante y se había maquillado a la perfección.

Su ropa había supuesto un pequeño problema, dado que su armario consistía básicamente en vaqueros. Se había comprado un par de faldas y vestidos para su escapada a la Costa Dorada, pero era ropa adecuada para el clima cálido de Queensland: prendas florales y claras que no tenían la sofisticación que buscaba.

La única falda de su armario que remotamente podía servir era una negra que le llegaba hasta las pantorrillas y que tenía una raja hasta la rodilla. La había combinado con unas botas altas de color negro que tenía desde hacía años, pero que nunca pasaban realmente de moda, y una blusa de seda de color borgoña con manga tres cuartos que había comprado para su escapada.

Se había puesto la chaqueta de cuero sobre los hombros para subir al helipuerto en coche. Aun así, sabía que tenía un aspecto muy diferente al habitual. A Cleo se le habrían salido los ojos de las cuencas si la hubiera visto.

Por suerte, Cleo no estaba allí. Bandar les había dado el fin de semana libre a Norm y a ella y se habían marchado por la mañana a Port Macquarie para visitar a la madre de Norm. Sólo estaba el piloto, y era desconocido para ella.

Bandar había estado esperándola en el helicóptero. El piloto había sido quien se había encargado de llevar su bolsa de viaje y

luego la había ayudado a subir al aparato. Samantha se había sentido aterrorizada por un momento al pensar que podría soplar el viento, levantándole la falda y dejando ver que no llevaba ropa interior.

Pero no había ocurrido nada de eso y pronto se había acomodado.

Una vez dentro, se había sentido intimidada y aterrorizada.

Aquélla no podía ser ella, Samantha Nelson, con un hombre tan guapo y en un lugar tan increíble. El interior del helicóptero era como un lujoso salón en la residencia de un caballero inglés, con paredes de madera, asientos de cuero y una alfombra en el suelo.

Pero sí era ella, allí de pie, sin ropa interior, casi sin aliento, esperando a que Bandar le hiciese todo tipo de cosas.

—Veo que has hecho lo que te pedí —murmuró él sin dejar de mirarla a los ojos mientras se acercaba a ella.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Samantha. Todavía no se había quitado la chaqueta.

—Una mujer se mueve de forma diferente cuando no lleva ropa interior.

—Sí. Se mueve con mucho cuidado.

—Pero te gusta —añadió él con una sonrisa sensual.

—No puedo decir que me guste. Me hace sentir vulnerable.

—Pero te excita.

Eso no podía negarlo.

—Estarás más cómoda sin la chaqueta.

Samantha se estremeció mientras le quitaba su última defensa.

No necesitaba agachar la cabeza para saber qué aspecto tenía. —Sentía cómo los pechos se le hinchaban bajo la blusa y cómo los pezones se le endurecían.

Bandar se tomó su tiempo para colgar la chaqueta en el respaldo de una silla, haciendo que cada segundo se convirtiera en una eternidad para Samantha. Por fin, regresó para agarrarla del brazo, provocándole escalofríos por todo el cuerpo.

—Ven —dijo él guiándola hacia dos sillones de cuero colocados el uno junto al otro. Había una pequeña mesa entre ellos, sobre la que yacían dos copas de champán y un jarrón de cristal con una rosa roja en su interior. Sus pétalos eran enormes y perfectos, y el color pasaba del rojo intenso a casi negro.

—Qué rosa tan poco corriente —dijo ella mientras se sentaba en el primer sillón.

—Se llama Carmen —contestó él—. Es por el personaje de la ópera.

—Es muy…

—Sensual —concluyó él antes de que a Samantha pudiera ocurrírsele la palabra—. Observarás que tu asiento tiene cinturón de seguridad. Toma. Aquí tienes una copa de champán. Yo te abrocharé el cinturón.

Samantha estuvo a punto de dejar caer la copa que le entregó, pues todo su cuerpo se tensó cuando Bandar le abrochó el cinturón alrededor de la cintura.

—¿No está muy apretado? —murmuró él.

Samantha tragó saliva y negó con la cabeza.

Por un momento, habría jurado que iba a besarla. Pero no lo hizo. Se incorporó y se sentó en el asiento adyacente, abrochándose el cinturón antes de descolgar un teléfono cercano y decirle al piloto que estaban listos para despegar. Entonces alcanzó su propia copa de champán.

—He olvido preguntarte si te gusta el champán —dijo él tras dar unos sorbos—. ¿Te gusta?

—Me gusta este champán —contestó ella antes de dar otro sorbo. De pronto, la idea de emborracharse un poco le parecía buena.

—Debería. Es el mejor. Bébetelo.

Samantha estaba haciendo lo que le había dicho cuando sintió que el suelo bajo sus pies comenzaba a levantarse. Agarró la copa con fuerza, aunque el despegue fue bastante suave y silencioso.

—No puedo creer lo tranquilo que se está aquí —dijo ella.

—Todo está muy bien aislado —explicó Bandar—. Y, como puedes ver, no hay ventanas.

—Qué pena. La vista desde aquí hoy sería preciosa.

Bandar pulsó un botón que había en el panel si

tuado en el brazo del sillón y apareció una enorme televisión en la pared adyacente, mostrando el canal de noticias. Pulsó otro botón y en la pantalla apareció una vista panorámica del paisaje que tenían debajo.

—El canal seis está conectado a una cámara que hay debajo del helicóptero —dijo Bandar… —Es una vista preciosa, pero no puedo mirarla durante mucho tiempo o me marearé.

—No quiero que la mires —dijo él, y la apagó—. Quiero hablar contigo.

Samantha no podía creer que realmente estuviera sugiriendo eso por segunda vez. ¿Acaso no sabía cómo se sentía? ¿Cómo había estado sintiéndose desde esa mañana?

Como si no pudiera respirar de tanto deseo.

Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados gracias al deseo. Deseaba arrodillarse frente a él en ese instante y deleitarlo con la boca. Quería levantarse la falda. Quería que la mirara y la tocara. Quería que acariciara su cuerpo hasta saciarla una vez más.

Se había convertido en una esclava, pero no de él, sino de sus propios deseos.

—Entiendo que no quieras hablar —dijo él—. Quieres que te haga el amor. Lo haré, te lo prometo. Pero primero quiero explicarte una cosa.

Samantha no podía hablar. Simplemente se quedó mirándolo.

—Cuando yo era joven —dijo él—, me hice adicto al sexo. Era como un niño en una tienda de caramelos. Necesitaba el sexo por la mañana, al mediodía y por la noche. Cuando tenía unos veinte años, me llevé a una mujer mayor a la cama que me dijo que, pese a tener buen cuerpo, no tenía ni idea de cómo satisfacer a una mujer. Me acusó de no tener delicadeza.

Samantha seguía mirándolo. ¿Por qué estaría contándole eso? ¿Qué tenía que ver con su situación? Obviamente, Bandar había aprendido a ser delicado desde entonces. Era un amante perfecto. Ella no quería hablar. ¡Quería acción!

Pero parecía que estaba decidido a contarle su historia.

—Asombrado por sus críticas, me propuse leer todo lo posible sobre sexo y técnicas sexuales. El Kama Sutra fue particularmente útil. Nunca antes se me habían ocurrido semejantes posturas. ¿Lo has leído?

Ella negó con la cabeza.

—Te regalaré un ejemplar. Pero más interesantes fueron otros manuales eróticos que descubrí, casi todos escritos por los chinos. Los maridos chinos saben que satisfacer a sus mujeres es tan importante como satisfacerse a ellos mismos. Se han convertido en expertos en el arte de retardar el orgasmo. Con práctica y poder mental, pueden hacer el amor con sus mujeres cada noche durante una semana sin tener un orgasmo. Cuando finalmente llegan al clímax, se dice que su placer se multiplica por mil.

Sonrió al ver la cara de asombro de Samantha.

—No digo que practique la versión extrema. Pero he descubierto que unas pocas horas de retardo merecen la pena. También es una técnica efectiva en lo que respecta a la parte femenina, algo que descubrí las primeras veces que até a una mujer. Si no te toco hasta que lleguemos a la suite del hotel de Sidney, para entonces desearás que te haga el amor con una gran intensidad. Gritarás de placer cuando finalmente llegues al orgasmo. ¿No te gustaría eso,

Samantha?

Samantha se quedó mirándolo. ¿Acaso no se daba cuenta de que ya estaba gritando por dentro?

—Bueno, sí, supongo. Pero… no, la verdad es que no. quiero decir que, suena bien en teoría, pero no soy tan sofisticada como tú, Bandar. Cuando dije que quería que me lo enseñaras todo sobre sexo, no imaginé este tipo de cosas. No es que no sea excitante. Estoy deseando ser tu esclava sexual el fin de semana. Y practicaré encantada el arte del retardo en otros encuentros. Pero, por favor, Bandar, si me haces esperar ahora, creo que me volveré loca.

La risa de Bandar parecía de sorpresa y de satisfacción.

—Menos mal que había anticipado esta reacción. Eres demasiado apasionada para poder controlarte totalmente. Pero eso es parte de tu encanto. Muy bien —dijo desabrochándose el cinturón y poniéndose en pie—. Pero el sexo será a mi elección. No tengo intención de desnudarme ni de dejar que te levantes del asiento. Prometiste obedecerme durante el fin de semana. ¿Estás lista para cumplir esa promesa?

—Sí…

¿Qué iba a hacer? Samantha comenzó a temblar nerviosa ante la expectativa.

Bandar le quitó la copa de la mano y la desnudó sin moverla del sitio. Primero fueron sus botas, luego su blusa y, finalmente, la falda, bajándosela por las piernas mientras ella levantaba ligeramente el trasero.

Por fin quedó totalmente desnuda, sintiendo el cuero frío en su piel caliente. Tenía el cinturón abrochado alrededor de su cintura desnuda, manteniéndola cautiva en su asiento, salvo por el hecho de que podría desabrochárselo si quisiera.

Pero no quería.

—No tienes frío, ¿verdad? —murmuró él al ver cómo se estremecía.

—No —admitió Samantha con un susurro.

Bandar apartó la mesa que había entre los sillones y rodeó el asiento sin dejar de mirarla, haciendo que le ardieran las mejillas. Pulsó la palanca que inclinaba el asiento hacia atrás y luego siguió rodeándola, deteniéndose tras ella para apartarle el pelo de la cara con los dedos. Finalmente, volvió a colocarse delante y le separó las rodillas.

Samantha apretó los brazos del sillón con fuerza al ver cómo la miraba. Sabía que debía de estar extremadamente húmeda. Sabía que él vería lo excitada que estaba.

Los sentimientos que experimentó al darse cuenta de eso la excitaron aún más. Bandar estaría a punto de tocarla. Quizá incluso utilizase su boca, como había hecho el día anterior. Se le daba tan bien…

Pero no la tocó, ni la besó ahí. En vez de eso, sacó la rosa del jarrón y comenzó a acariciarla con ella.

Al principio sólo los brazos, con caricias largas y suaves desde sus manos hasta los hombros.

Samantha sintió en varias ocasiones sacudidas violentas por todo su cuerpo.

Sus piernas fueron en lo siguiente en lo que él centró su atención, deslizando la rosa desde los dedos de los pies hasta los muslos antes de acariciar suavemente la parte interna de sus muslos.

Justo cuando pensaba que iba a empezar a rogarle, Bandar se dirigió a sus pechos y deslizó la rosa por ellos una y otra vez. Arqueó la espalda al instante, levantando los pechos y tensando el ombligo. ¿Cómo iba a soportarlo?

No muy bien. Sollozaba cada vez que la rosa tocaba uno de sus pezones, y gemía cuando no lo hacía. El placer de los pétalos se convirtió en un arma de doble filo. Porque no era suficiente. Quería más. Estaba desesperada.

—Bandar… —su nombre sonó como una plegaria, que era lo que era.

Él no contestó, simplemente se inclinó para presionar la rosa contra ella, donde más quería, destrozando los pétalos sobre su punto más sensible.

Samantha separó las piernas instantáneamente, arqueando la espalda y retorciéndose contra el asiento. Cerró los ojos ligeramente al comenzar a sentir los espasmos, llegando al orgasmo más largo e intenso de los que había tenido hasta el momento.

No se dio cuenta de que Bandar ya no estaba con ella hasta que no abrió los ojos y descubrió que se había ido.

Durante unos segundos, sintió pánico.

¿Dónde había ido?

Pero, cuando su respiración comenzaba a calmarse y su mente a aclararse, se dio cuenta de que había un par de puertas en las paredes de madera. Presumiblemente, una daría al baño. Quizá Bandar estuviese allí.

Estaba forcejeando con su cinturón cuando él salió de una de las puertas, y sintió un enorme bochorno al mirar hacia abajo y ver los pétalos de la rosa entre sus piernas. El resto de la rosa había

desaparecido. Debía de habérsela llevado consigo.

Sus dedos se volvieron más torpes según iba acercándose. No podía creer que hubiera hecho eso, o que Bandar hubiera hecho lo que había hecho sin ni siquiera excitarse.

Aun así, él no parecía excitado lo más mínimo según caminaba hacia ella. Parecía totalmente controlado.

—Déjame a mí —dijo Bandar suavemente mientras la ayudaba con el cinturón. También la ayudó a vestirse.

Cuando estuvo totalmente vestida, él le agarró los brazos y la besó, abrazándola y acariciándole el pelo al mismo tiempo.

—No te sientas avergonzada —murmuró él—. Esto es lo que querías aprender conmigo. Acepta eso a lo que has prometido jugar este fin de semana, Samantha, y descubrirás una parte de ti que tenías escondida. Has pasado demasiados años vistiendo y actuando sin feminidad. Es hora de deshacerte de esa fachada y convertirte en la mujer que secretamente deseas ser.

Samantha no pudo evitar encontrar peros a sus argumentos, y lo miró con exasperación.

—Ser una esclava no es ser una mujer de verdad, Bandar. Son sólo fantasías. ¿Sabes? No creo que vivas en el mundo real. Estás demasiado acostumbrado a que las mujeres hagan tu voluntad.

—Y tú estás demasiado acostumbrada a discutir —contestó él—. Accediste a obedecerme este fin de semana. ¿Te estás echando atrás?

—¿Puedo reservarme el derecho a rebelarme si las cosas se vuelven demasiado retorcidas?

—Yo no soy retorcido.

—Tienes que estar bromeando. ¿Lo que acabamos de hacer no es retorcido?

—¿Crees que lo ha sido?

—Claro que sí.

—En ese caso, entonces quizá sea retorcido —admitió él.

—Pues no lo seas demasiado, ¿de acuerdo? —dijo Samantha tras tragar saliva.

—Te doy mi palabra.

Samantha suspiró y se sintió tranquila por su promesa. Aunque fuera un playboy en su vida personal, Bandar seguía siendo un hombre de honor. Despertaba muchos sentimientos aterradores en ella, pero ninguno era verdadero miedo. Le creía cuando decía que no le haría daño. Y le había creído cuando le había dado su palabra. Tal vez no fuera un santo, pero estaba lejos de ser un diablo.

—¿Y qué hacen las amantes esclavas aparte de tumbarse y

disfrutar? —preguntó ella con una sonrisa maliciosa.

—Hacen todo lo que les ordena su amo y señor. Sin quejarse, sin dudarlo y sin pelear.

—¿Estamos hablando de cosas, sexuales o de todo en general?

—De todo en general. Sé que eso será difícil para ti, pero creo que aprenderás mucho de ello.

—¿Y qué aprenderás tú?

—Aprenderé a escuchar a mis instintos en el futuro.

—¿Qué quieres decir? —

—Supe que me traerías problemas desde la primera vez que te vi. Me dije a mí mismo que debía alejarme, pero el destino conspiró contra mí.

—¿Y eso?

—No más preguntas, esclava. El fin de semana ha comenzado. Siéntate y abróchate el cinturón. Estamos a punto de aterrizar.

Capítulo 12

BANDAR estaba de pie en la sala de estar de la suite presidencial de Ali y observaba a Samantha en el balcón, mirando a su alrededor con una ingenuidad maravillosa en su rostro. Cualquiera pensaría que nunca antes había estado en un hotel. 0 que jamás había visto el puerto de Sidney.

Sinceramente, la suite de Ali era espléndida, incluso para los más exigentes. Y la vista era maravillosa, resaltarla en ese momento por la puesta del sol, que iluminaba con sus rayos la casa de la ópera y el famoso puente del puerto de Sidney.

Samantha entró en la habitación y lo agarró del brazo.

—Tienes que venir a ver esto, Bandar. Contempla la vista. ¡Es alucinante!

—Ya la he visto antes —contestó él.

—¿Cuándo?

—Hace algunos años. Estuve aquí con Ali un fin de semana. Fuimos juntos a las carreras. Lo que me recuerda una cosa. Iremos a Randwick a las carreras mañana por la tarde. Iremos de compras por la mañana para que busques un traje apropiado. Y algunas otras cosas.

—¿Qué otras cosas? —preguntó ella.

—No hagas preguntas. Ahora, ve a preparar el baño mientras yo pido comida al servicio de habitaciones.

—¿También deshago tu maleta? —preguntó ella, haciendo todo lo posible por parecer y actuar como una sumisa, aunque Bandar pudo ver el brillo malévolo en sus ojos azules.

—Ya lo ha hecho el mayordomo —contestó él.

—Ah, sí. El servicial Antoine. No me extraña que estés malcriado, Bandar, teniendo este tipo de servicio a todas horas, y viviendo en un lugar tan glamuroso. Mira este sitio. Nunca había estado en ningún lugar tan elegante.

—Es aceptable.

—¿Aceptable? Dios mío, no había visto nunca unos muebles así. Y qué lámparas. Y las alfombras… ¿Y qué me dices de los cuadros de la pared? Son increíbles.

—No son originales —señaló él observando los Renoirs y los Picassos.

—¿A quién le importa? Aun así son geniales.

—No creo que te pegue el papel de amante esclava, Samantha.

Quizá el de amante a secas estaría mejor. A las amantes se les permite tener opiniones y discutir con sus amantes.

—¿Y no puedo ser las dos cosas?

—¿Cómo vas a ser las dos cosas?

—Podría ser tu amante fuera del dormitorio y tu esclava dentro de él. Así podrás comprarme ropa de diseño y agasajarme con diamantes en público, pero seguirás dándome órdenes en privado.

—¿Quieres que te agasaje con diamantes? —preguntó Bandar con frialdad. Ya estaba empezando. El cambio. Una hora o dos con su estilo de vida y ya estaba pensando en los diamantes.

—¿Por qué no? Y ya de paso, podrías regalarme un par de caballos de carreras. No salgo barata, ¿sabes?

Bandar apretó los dientes. Sinceramente había pensado que ella era distinta. Debería haberse dado cuenta.

La risa de Samantha lo sobresaltó.

—Oh, Bardar, deberías verte la cara.

—¿Estabas bromeando?

—¿Qué pensabas? Me gusta comprarme mis propias cosas, Bardar, y ganar mi propio dinero. Con mi cerebro, no tumbada en una cama. Ya te he dicho que este fin de semana es sólo una fantasía. Al menos para mí. Puede que tú hagas este tipo de cosas todo el tiempo, pero está fuera de mi alcance.

Su alivio aún estaba teñido de irritación. No le gustaba el modo en que Samantha siempre lo juzgaba, y hacía que sintiera la necesidad de defenderse.

—No hago este tipo de cosas todo el tiempo —dijo secamente. De hecho, no recordaba la última vez que había pasado el fin de semana con una mujer.

—Sí, claro —dijo ella con una sonrisa—. La verdad es que no me quejo. Me gusta ser tu esclava. Será divertido. Y tienes razón. Es bueno para mí, porque ya me siento diferente. Me siento más segura, de un modo extraño. ¿Una esclava puede sentirse segura? —preguntó con una sonrisa.

Bardar sintió un vuelco en el corazón. Aquello no era bueno. No era bueno en absoluto. Se suponía que Samantha tenía que ser una distracción, no una adicción. No una obsesión.

—Ve a preparar el baño —ordenó él—. Luego métete. No tardaré mucho.

—Sí, señor —contestó ella sonriendo—. Lo que usted diga, señor.

La habitación pareció quedar vacía cuando ella salió.

«Igual de vacía que estará tu vida cuando ella no esté», le dijo

una voz en su interior.

Bardar frunció el ceño. ¿Qué vida? Probablemente muriese pronto.

«Está mejor sin ti, así que no empieces a complicar las cosas», prosiguió la voz de su cabeza. «Además, para ella no eres nada más que un profesor de sexo. El profesor de sus fantasías. Puede que le guste hacer el amor contigo, pero realmente no le gustas. No te respeta».

Aquel último pensamiento fue el que más le dolió. A su ego masculino no le hacía gracia esa idea. Estaba acostumbrado al respeto.

«No, estás acostumbrado a que se inclinen a tus pies. Eso no es verdadero respeto. Es tu dinero el que habla».

A veces, Bardar odiaba su dinero. En su reciente testamento, había dejado todos sus caballos de carreras a Ali, y el resto de su dinero a la investigación para la cura contra el cáncer. ¿Pero y si sobrevivía? Quizá debiera donarlo de todos modos. Entonces tal vez regresara a Australia.

Había sido todo un desafío ganarse el cuerpo de Samantha Nelson. Pero sería un desafío mayor ganarse su corazón y su respeto.

Mientras tanto, no haría nada para cambiar la situación actual.

¿Ella deseaba aprenderlo todo sobre sexo en un fin de semana? Ese era otro desafío. ¿Estaría a la altura?

Bardar se frotó la frente para tratar de calmar el dolor que había comenzado a nacer detrás de sus ojos. La verdad era que no estaba muy seguro. De pronto se sentía muy cansado.

Samantha canturreaba alegremente mientras echaba las sales de baño aromáticas en la inmensa bañera.

Nada más salir del helicóptero, había decidido dejar sus dudas a un lado y aceptar el fin de semana como lo que era: la fantasía de su vida y una aventura fabulosa.

Todo lo que había ocurrido hasta el momento confirmaba esa decisión. El guardia de seguridad que los había escoltado hasta la suite, el mayordomo personal que había estado allí para recibirlos y la suite en sí misma.

Si comenzaba a tomarse todo aquello en serio, acabaría mal.

El único miedo que le quedaba era que quizá no encontrarse la misma felicidad sexual con otro hombre. Pero Samantha sabía que la felicidad sexual no lo era todo en la vida, aunque era difícil

aceptar eso en esos momentos.

Mientras la bañera se llenaba, Samantha comenzó a desnudarse, tratando de no pensar que, poco después, estaría tumbada y desnuda en el agua con Bandar. Se sentía agradecida por la capa que proporcionarían las burbujas, lo cual era una locura, teniendo en cuenta el episodio del helicóptero.

¿Qué importaba si Bandar veía su cuerpo desnudo en el agua?

Tal vez hubiera pasado demasiado tiempo desde que la había tocado, pensó mientras se recogía el pelo con ambas manos. Sabía que, cuando Bandar comenzara a hacer el amor con ella, cualquier sensación de vergüenza desaparecería de su mente, dejando paso al abandono más delicioso.

La bañera estaba llena y la temperatura del agua era perfecta. Mientras se metía dentro, se preguntó con cuántas otras mujeres se habría bañado Bandar. Cuántas habrían obedecido sus órdenes.

«Muchas», se dijo a sí misma. «Así que no te creas

que eres especial a sus ojos. Sólo estás aquí para entretenerlo».

—Excelente —dijo él cuando entró en el cuarto de baño, quitándose la chaqueta y dejándola sobre uno de los percheros—. Nuestra cena llegará en dos horas. Eso nos da tiempo para bañamos y relajarnos juntos antes de que llegue.

—¿Relajarnos juntos? —preguntó ella— ¿Qué significa eso?

—Estás volviendo a hacer preguntas.

Se desnudó a una velocidad asombrosa, se metió en el agua y se colocó frente a ella. La bañera era tan grande, que sus pies ni siquiera se tocaban. Bandar se recostó en su lado y suspiró mientras estiraba los brazos a los lados.

—Pareces cansado —dijo ella.

—Un poco. Quizá no debería haber estado montando a caballo tanto tiempo esta mañana.

—¿Por qué no te doy un masaje después de bañarnos? —sugirió Samantha—. Eso sí que te relajará. Quizá quieras dormir un rato.

El se carcajeó y dijo:

—¿Realmente crees eso? Lo dudo, pero es tentador. ¿Sabes cómo dar un masaje en condiciones?

—Me han dado los suficientes como para saber darlos yo. Solía ir a que me dieran un masaje a la semana cuando jugaba al fútbol.

—¿Jugabas al fútbol?

—Al fútbol y al críquet. Tengo cuatro hermanos mayores y un padre. A todos les gustaba mucho el deporte. Si no hubiera hecho lo que ellos hacían, me habría quedado sola en casa a todas horas. De ninguna manera iba mi padre a llevarme a clases de baile.

—Entiendo —dijo él.

—Por eso empecé a tomar la píldora.

—¿Perdón? No lo entiendo.

—Todo ese deporte y entrenamiento acabó por eliminar la grasa de mi cuerpo. Estaba tan esquelética, que tardé en alcanzar la pubertad. Incluso entonces, sólo tenía la regla cada seis meses. Para cuando entré en la universidad, las cosas mejoraron un poco, pero era bastante irregular. Cuando me bajaba la regla, era muy fuerte. Demasiado fuerte a veces. Tras varios episodios embarazosos, comencé a tomar la píldora. Y nunca la he dejado. El médico dijo que era bueno para mí. Dijo que mi estilo de vida requería una dosis extra de estrógenos en mi cuerpo para no tener osteoporosis cuando fuera mayor. Un efecto secundario agradable fue que por fin me crecieron los pechos. Al menos lo suficiente para estar satisfecha.

—Tus pechos son adorables —dijo él—. Todo tu cuerpo es adorable.

¿Por qué se sonrojaba? Ni siquiera podía verle el cuerpo.

—No es un halago —añadió Bandar—. No me creo que ningún otro hombre te haya encontrado tan atractiva como yo.

—Hubo un hombre una vez —confesó Samantha—. Un hombre con el que trabajé aquí, en Sidney.

_¿y?

—Dijo que me quería.

—¿y?

—Estaba casado.

—¿Te acostaste con él?

—No. Ya te lo he dicho. Antes que tú, no había tenido sexo en años.

—¿Querías acostarte con él?

—Lo pensé en alguna ocasión. Pero no lo hice.

—¿Porqué?

—No creía que realmente me amase, y no quería que me utilizase.

—¿Tú lo amabas?

—Me gustaba. Trabajamos juntos durante algunos años y nos hicimos amigos. Pero no, no lo amaba.

—Pero él fue la razón por la que abandonaste Sidney y te fuiste al campo, ¿verdad? —dijo Bandar.

—Bueno, sí. Tienes razón. Paul es la razón por la que me fui de Sidney.

¿Y la razón por la que quería regresar?

Bandar se quedó mirándola, pero Samantha parecía estar en otro mundo. Estaba penando en ese hombre, en ese hombre casado al que decía que no amaba. No la creía.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó él.

—¿Quién? ¿Paul? No estoy segura. Cuarenta y tantos, supongo.

Un hombre mayor. Posiblemente con mucha experiencia. ¿Querría Samantha aprenderlo todo sobre el sexo para poder complacer a ese tal Paul en la cama? ¿Había huido de él porque no tenía confianza en sí misma?

—¿Es guapo?

—Es atractivo —dijo ella encogiéndose de hombros.

—No te pondrás en contacto con él cuando regreses a Sidney —declaró él sintiéndose celoso—. No vas a acostarte con él.

—No tengo ninguna intención de hacer eso.

—¿No me estás mintiendo?

—¿Cómo iba a mentir a mi amo y señor? —preguntó ella con una sonrisa.

—No te tomas tu papel en serio —respondió él—.

Vas a salir ahora mismo de la bañera y a prepararme las toallas. Vas a secar cada parte de mi cuerpo concienzudamente. ¿Me he expresado con claridad?

Ella asintió.

—No te pondrás el albornoz. Seguirás desnuda y mojada. Y no hablarás. ¿Está claro?

Ella abrió la boca, pero volvió a cerrarla antes de levantarse y salir de la bañera.

El triunfo que sintió Bandar consiguió apaciguar sus celos. Y calmar a su ego.

Tal vez ese Paul tuviera su respeto, pero él tenía su obediencia.

Capítulo 13

VEN —dijo él ofreciéndole la mano.

Samantha se la dio y Bandar la ayudó a salir del taxi.

Habían ido a las carreras en Randwick, como él había dicho. Pero no la había llevado de compras por la mañana; no se habían levantado lo suficientemente temprano.

—Estás muy tranquila hoy —dijo él mientras la guiaba hacia la puerta de entrada de los socios—. ¿Estás mal?

¿Mal?

Eso dependía de su definición de la palabra. ¿Era malo el modo en que hacía que se sintiera, las cosas que le hacía hacer? ¿Era malo rendirse ante él hasta el punto de hacer más cosas de las que le pedía? ¿Era malo que la chica decidida y peleona que siempre había sido hubiese desaparecido?

Las imágenes comenzaron a inundar su cabeza: ella dándole masajes a Bandar, besándolo por todo el cuerpo. Habían hecho el amor y luego él había utilizado los cinturones de los albornoces para atarle las manos detrás de la espalda de él, manteniendo sus cuerpos unidos mientras dormían.

Pero ella no había dormido. No había podido. Había esperado a que se despertara, deseándolo nada más hacerlo. Bandar le había hecho llegar al clímax utilizando las manos solamente, haciéndole que rogara por que la desatara. Lo cual había hecho finalmente, aunque atándola después de maneras distintas. Su favorita había sido cuando le había atado las muñecas al cabecero de la cama.

Finalmente ella se había quedado dormida y no se había despertado hasta casi el mediodía. De modo que allí estaban, en las carreras. Y Samantha deseaba no haber ido. Normalmente le encantaban las carreras, pero le encantaba aún más estar con Bandar.

—Estoy un poco cansada —dijo ella. Era mentira. Jamás se había sentido tan viva.

—Me lo imagino. Pero pensé que debíamos descansar. Al menos yo. Vamos dentro a ver si podemos elegir a algún ganador.

Una vez dentro, Samantha trató de mostrar interés por elegir a un posible ganador, pero sólo podía pensar en el hombre que estaba a su lado.

¿Lo amaba?

Probablemente.

—Ese hombre de ahí te está mirando —dijo él de pronto—. ¿Lo conoces?

Samantha miró entre la multitud y se quedó de piedra.

—¡Dios, es Paul!

—¿El hombre que te ama? —No me ama. No realmente.

—Viene hacia acá.

No le quedó más opción que saludar y presentar a Bandar. ¿Pero cómo?

—Éste es… el jeque Bandar —le dijo a Paul—. Es amigo del príncipe Ali. El príncipe Ali de Dubar. Mi jefe.

—Ya había oído hablar del jeque —dijo Paul dándole la mano a Bandar sin dejar de mirar a Samantha.

—Y yo había oído hablar de ti —dijo Bandar.

—Te has cambiado el pelo —le dijo Paul a Samantha, ignorando a Bandar, que parecía más serio a cada segundo que pasaba—. Te queda bien el rubio. Es más suave.

—Me gusta —dijo ella.

—De hecho, nunca te había visto tan bien —prosiguió Paul sin dejar de mirar a Samantha—. ¿Vas a quedarte en Sidney el fin de semana? Quizá podríamos quedar a tomar algo en algún sitio.

—Samantha está conmigo —dijo Bandar.

—Ey, no quería insinuar nada —dijo Paul—. Sólo somos viejos amigos, ¿verdad, Samantha? No pasa nada por tomar una copa juntos.

—Difiero en eso —dijo Bandar—. Vamos, Samantha.

Samantha le dirigió a Paul una sonrisa a modo de disculpa mientras Bandar tiraba de ella.

—¡Oye! —exclamó—. ¡Deja ya esa actitud de hombre de las cavernas! Me estás haciendo daño. Creo recordar que dijiste que no me harías daño.

—Cuando una mujer está conmigo, no organiza citas con otros hombres. Al menos podrías esperar a que regrese a Londres. Entonces podrás volver aquí y acostarte con ese idiota tanto como desees.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Se te ha ido la cabeza? Ya te lo he dicho. No amo a Paul y él no me ama a mí.

—Te desea. Lo veo en sus ojos.

—La mitad de las mujeres que hay aquí hoy te desean a ti, Bandar. ¿Y ves que yo me comporte como una celosa estúpida? Estoy contigo porque elijo estar contigo. Si quisiera estar con Paul, podría haberlo elegido a él. Pero no lo he hecho.

Aquello pareció silenciarlo.

Se llevó las manos a la cabeza y sus ojos mostraron un arrepentimiento sincero. Y algo más que despertó una preocupación en Samantha.

Entonces se dio cuenta de que el dolor que veía en él, era físico.

—¿Se avecina otro de tus dolores de cabeza?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Lo he visto en tus ojos. ¿Tienes aquí las pastillas?

—No —contestó Bandar.

—Entonces volveremos al hotel.

—Volveré yo. Tú puedes quedarte si quieres.

—No quiero quedarme. Vamos —dijo ella tirando de su mano.

Probablemente fuera el dolor lo que hacía que se mostrara tan sumiso. No dijo ni una palabra durante el trayecto de vuelta, pero Samantha sabía que estaba sufriendo. De vuelta en la suite, lo desvistió y lo sentó a un lado de la cama mientras iba a por un vaso de agua. Estaba abriendo el bote de las pastillas cuando regresó.

—¿Cuántas? —preguntó ella quitándole el frasco.

—Dos.

Samantha sacó dos pastillas y se las dio junto con el vaso de agua antes de dejar el frasco en la mesilla.

Bandar puso cara de dolor al tragárselas, y un gemido escapó a sus labios al tumbarse en la cama y cerrar los ojos. Samantha se apresuró a cerrar las cortinas y las puertas para que la habitación quedase prácticamente a oscuras. Se quitó las botas y se tumbó junto a él, acariciándole la cabeza suavemente hasta que, finalmente, se quedó dormido.

Entonces se llevó el bote de las pastillas a la sala de estar y lo observó por primera vez.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Morfina!

¿Qué médico le habría recetado morfina para las migrañas?

A no ser que no fueran migrañas.

A Samantha le dio un vuelco el corazón. No, no era posible. No podía tener nada más grave. Parecía sano y fuerte.

Era imposible a juzgar por cómo había montado a su caballo en la pista. Un hombre enfermo no habría podido hacer eso. De acuerdo, se había cansado. Pero ella también estaba cansada.

Entonces recordó la primera noche durante la cena. ¿Era sólo desfase horario de lo que había padecido? ¿0 acaso había sido víctima de uno de esos terribles dolores de cabeza?

Había tenido otro el miércoles por la noche también. Y ahora otro, tan sólo unos pocos días después.

Ella sabía que las migrañas podían ser muy malas, pero no tan

frecuentes. ¿Y por qué tomaba morfina para tratarlas?

Regresó de puntillas al dormitorio y colocó el bote de pastillas junto a la cama antes de tumbarse junto a Bandar. Respiraba profundamente y su cara estaba libre de rasgos de dolor. No se movió cuando le dio un beso en la frente, ni vio sus lágrimas resbalar por sus mejillas.

—Tienes que estar bien —susurró Samantha—. Tienes que estarlo.

Bandar se despertó y encontró a Samantha dormida a su lado, completamente vestida. Aún tenía molestias en la cabeza, pero probablemente fueran los efectos secundarios de las pastillas. Le agarró la mano y se le llevó a la boca para besarla.

Ella se agitó levemente y abrió los ojos.

—Estás despierto —dijo.

—Tú también.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor, gracias a ti —contestó Bandar chupándole uno de los dedos y lamiéndole luego la palma de la mano. Ella suspiró y trató de apartar la mano, pero Bandar le agarró la muñeca con la otra mano y la detuvo—. Eres casi tan buena enfermera como amante.

—Bandar…

—¿Qué?

—No tienes un tumor cerebral, ¿verdad?

¿Qué se pensaba que era? ¿Un completo idiota? Si le decía la verdad, todo habría acabado. Tenía que mentirle. Porque no podía abandonarla todavía. La quería demasiado.

Al mismo tiempo, Bandar sabía que era una locura retrasar la operación por más tiempo. Por una razón: no podía soportar más dolores de cabeza. Eran horrorosos. Se pondría en contacto con Ali por correo electrónico esa misma tarde y le explicaría la situación. Había llevado el portátil consigo. También enviaría un correo a la consulta de su cirujano. Luego reservaría un billete de avión a Londres para la noche siguiente.

Sin embargo, las próximas veinticuatro horas iban a ser suyas. Con la mujer a la que amaba.

—¿De dónde diablos has sacado esa idea? —preguntó él.

—Las pastillas. Son morfina. No se toma morfina para las migrañas. Tú las tomas para el cáncer.

—¿Cáncer? —nunca antes había pensado en su tumor cerebral

de ese modo. Pero era cáncer, por supuesto.

La palabra era horrorosa. También conseguía que la gente lo mirara de forma distinta. Si confesaba que tenía cáncer, a Samantha le daría miedo hacer el amor con él.

—¿Te parece que tengo cáncer?

—No…

—Sufro dolores de cabeza —dijo Bandar—. Siempre que vuelo me pasa. He descubierto que la morfina es lo más eficaz. Esas pastillas no son fuertes, te lo aseguro. No soy un adicto. A lo único a lo que soy adicto es a ti, cariño. Ahora, ¿dónde estaba? —preguntó antes de seguir lamiéndole la mano.

Ella dejó de hacerle preguntas.

Bandar la desnudó lentamente, tomándose su tiempo con cada parte de su cuerpo, para poder recordar sus suspiros. Sería lo último en lo que pensaría cuando entrara al quirófano. Si moría, se iría con una sonrisa en la cara y amor en el corazón.

Capítulo 14

SAMANTHA no quería regresar. Según se aproximaba la hora de la despedida, su alegría comenzaba a teñirse de tristeza. Parecía que a Bandar le pasaba lo mismo.

A las cuatro, ninguno de los dos hizo ningún movimiento para levantarse y vestirse. Aun así, el helicóptero estaba programado para salir a las cinco para poder llegar a casa antes del anochecer.

—No te vayas —le dijo cuando finalmente Bandar se dispuso a levantarse.

—No podemos quedarnos aquí para siempre, Samantha. Por mucho que me gustaría.

—¿De verdad?

—De verdad. Pero la vida sigue. Tengo cosas que debo hacer.

—Pero realmente no te necesitan ahora en la granja —dijo ella —. Y a mí tampoco. Podría dejarlo. Podríamos irnos a alguna parte. 0 podríamos quedarnos aquí. Al menos durante un tiempo.

—No me tientes. Como ya he dicho, tengo cosas que hacer. Y no es en la granja de Ali. Ha habido una emergencia en Londres. Tengo que regresar esta noche.

—¿Regresas a Londres? —Tengo que hacerlo. —¿Pero por qué?

—Es un asunto privado.

—Llévame contigo —rogó Samantha. —Lo siento, pero no puedo.

—Pero no puedo vivir sin ti. ¿Es que no lo sabes?

Te necesito. Debes llevarme contigo. No te molestaré, te lo prometo. Puedes acostarte con esas otras mujeres si quieres, siempre y cuando también te acuestes conmigo. ¡Oh! —sollozó al darse cuenta de la humillante realidad de lo que acababa de decir.

Se tapó la cara con las manos y lloró. Él la abrazó con ternura y dijo:

—No pienso regresar con esas mujeres. Regresaré contigo tan pronto como me sea posible.

—¿Lo dices en serio? ¿Volverás?

—¿Iba a abandonar yo a mi esclava perfecta? —preguntó Bandar sonriendo antes de darle un beso en la frente.

—¿Cuándo? ¿Cuándo volverás? —Lo antes posible.

—¿Pero cuándo será eso?

—No sé cuánto tiempo me llevará ocuparme de esta emergencia. Te aseguro que no retrasaré mi regreso. Siempre y cuando todo

salga bien.

—No pareces muy seguro de que todo vaya a salir bien. ¿Se trata de dinero? ¿Tienes problemas con al guna inversión? Mira, no me importa que seas pobre. Por favor, no pienses en eso. Me importa un bledo tu dinero. Yo tengo dinero. Puedo mantenerte.

—No es una cuestión de dinero. No te disgustes más.

Vuelve al helicóptero. Me pondré en contacto contigo cuanto antes. Me llevaré tu número de teléfono. —¿Me lo prometes? —Te lo prometo.

—¿Cuándo?

—Dame unos cuantos días.

Bandar vio que no le hacía gracia su respuesta, pero no podía arriesgarse a hablar con ella cuando estaría tan vulnerable. Tenía que mantenerse fuerte para la operación. En pocos días, Samantha recibiría una llamada; o de él, o de su abogado. Porque pretendía dejarle todo lo que tenía a aquella mujer que lo amaba por lo que era y no por su dinero.

—Te quiero, Bandar —dijo ella.

—Estoy seguro de que piensas eso —respondió él.

—Tú no crees en el amor, ¿verdad? Si regresas, sólo tendremos sexo.

Bandar tenía que endurecer su corazón. Tenía que encontrar la fuerza para dejarla.

—¿Preferirías que no regresara?

De pronto regresó, la mujer feroz que había conocido al principio.

—Haz lo que te dé la gana —dijo ella—. Siempre lo haces.

—Me alegra ver que no has cambiado. Sigues teniendo más carácter que ninguna mujer que he conocido. Volverás a verme, Samantha, inshallah.

Samantha estuvo llorando durante todo el camino de vuelta en el helicóptero. ¿Carácter? No tenía carácter. ¡Estaba hecha un desastre!

Seguía llorando cuando bajó del aparato y se echó en brazos de la mujer pelirroja que la esperaba allí.

—¿Qué sucede? —preguntó Cleo—. Dios, no te pasará nada grave, ¿verdad?

—No puedo contártelo aquí.

—De acuerdo. Iré por tu maleta y nos meteremos en casa. ¿Pero dónde está Bandar?

—Camino de Londres, el muy imbécil —dijo Samantha.

Cleo arqueó las cejas, pero no dijo nada. Esperó a que estuvieran las dos solas en la cocina de la casa principal, con una taza de café frente a Samantha. El helicóptero se había marchado y todo estaba tranquilo.

—Has estado acostándote con él, ¿verdad? —preguntó Cleo de golpe.

Samantha no se molestó en negarlo y asintió.

—¿Cuándo empezó?

—El miércoles pasado, por la noche —dijo Samantha con un suspiro. Tras dejar de llorar, se sentía terriblemente cansada. Aunque era un cansancio más emocional que físico.

—Mmm. La noche en que le di la sopa para que te la llevara. Actúa con rapidez, eso es cierto. No has estado enferma, ¿verdad? Era todo una invención.

—Lo siento, Cleo.

—No lo sientas. Probablemente yo habría hecho lo mismo. Es difícil resistirse a un hombre como ése. Sabía que le gustabas. Te lo dije. Por cierto, ¿por qué ha vuelto a Londres?

—Dijo que había surgido una emergencia. No me dijo qué. Me pareció un poco sospechoso. Dijo que le había escrito un correo a Ali explicándole la situación.

—Llamaré a Ali más tarde. Me dirá lo que ha ocurrido. ¿Y cómo es nuestro playboy en la cama? Increíblemente bueno, a juzgar por tu aspecto.

—No puedo ni describirlo.

—Supongo que te has enamorado de él.

—Por desgracia.

—No sé. A veces es mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca.

—Eso es una tontería, Cleo, y lo sabes.

—Pero, al menos, tú has experimentado la mejor parte. No muchas mujeres pueden decir lo mismo.

—El era mi fantasía hecha realidad. Quizá debería haberme aferrado a esa fantasía. Tal vez así no hubiera perdido la cabeza.

—Es un hombre muy sexy, cierto.

—Dijo que volvería.

—¿De verdad? No me habías dicho eso.

—No me lo creo. Se ha ido y no volverá nunca. Sólo dijo eso para que me callara.

—¿De verdad? No me pega que Bandar sea un mentiroso. Creo que iré a llamar a Ali, a ver si puedo averiguar qué emergencia ha

surgido en Londres. Tú espera aquí.

—No voy a ninguna parte —dijo Samantha.

Cleo estuvo fuera bastante tiempo, dejando a Samantha demasiado tiempo para pensar y revivir la última noche con Bandar. Se había mostrado diferente con ella, no exigente ni dominante, sino tierno. También habían hablado: no sobre sexo, sino sobre caballos, sobre todo, y sobre su pasión por ellos.

—No puedo creérmelo —dijo Cleo cuando regresó a la cocina—. Tenía tan buen aspecto.

Samantha sintió un vuelco en el estómago.

—¡Oh, no! —exclamó poniéndose en pie—. Tiene un tumor cerebral, ¿verdad?

—¿Cómo diablos lo sabías?

Samantha corrió a baño más cercano y vomitó una y otra vez.

Cuando salió, se sentía fatal, pero había tomado una decisión.

—Dime qué te ha contado Ali —le pidió a Cleo—. Dímelo todo.

Al parecer, Bandar tenía un tumor maligno, operable, pero altamente arriesgado. Había retrasado la operación para ir a Australia porque Ali se lo había pedido. Se había sentido obligado porque Ali le había salvado la vida en una ocasión.

—Aparentemente, Ali le dijo hace un par de noches que regresara a Londres inmediatamente —prosiguió Cleo—. Antes de que las cosas empeorasen. Porque todo el mundo sabe que las cosas siempre empeoran con el cáncer.

—¿Hace un par de noches? —preguntó Samantha—. ¿No ayer?

—No. Ali me dijo que el sábado.

Samantha habría podido llorar de alegría y de desesperación a la vez. Bandar se había quedado con ella una noche más. No deseaba dejarla. La amaba. ¡Debía de amarla! ¿Por qué si no iba a haberle ocultado la verdad? Estaba protegiéndola. ¿0 quizá fuera que no creyese que ella pudiera amarlo?

¿Qué importaba lo que él creyese? Tenía que ir con él. Estar con él. Demostrarle lo mucho que le importaba.

Pero tal vez ya fuese demasiado tarde.

—¿Sabes cuándo es la operación?

—Lo antes posible. Eso es lo único que sabe Ali. ¿Qué vas a hacer?

—Me voy a Inglaterra. Voy a por mi pasaporte. Iré a Sidney esta noche y tomaré el primer vuelo disponible. ¿Puedes pedirle a Ali cierta información para mí? Necesito saber la dirección de Bandar en Inglaterra y el hospital en el que está siendo tratado. No dejes que se lo diga a Bandar. Te llamaré desde el aeropuerto —ya estaba

poniéndose en pie cuando terminó de hablar.

«Dios, no dejes que se muera, por favor», rezó mientras corría hacia la puerta.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, Samantha? —gritó Cleo mientras corría tras ella.

—¡Absolutamente!

Capítulo 15

HABIA llegado demasiado tarde.

No pudo conseguir plaza en un vuelo a Londres aquella noche, ni a la mañana siguiente. El primer vuelo disponible era a la tarde siguiente y, aun así, tuvo que pagar un asiento en clase preferente.

Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Heathrow, ya estaban preparando a Bandar para la operación. No era que Samantha hubiera sabido eso en ese preciso momento. No lo averiguó hasta que no llegó al hospital, cuyo nombre le había suministrado Cleo.

La mujer de la recepción le confirmó que el jeque era paciente de ese hospital, pero que en ese momento estaba siendo operado.

Samantha habría preguntado más cosas de no haberse desmayado en el acto.

Cuando volvió en sí, encontró a alguien vestido de blanco mirándola desde arriba. No era una enfermera ni un médico, sino un hombre de ojos negros y piel oscura que llevaba puesto un kaffiah, el tocado tradicional árabe.

Era su jefe: el príncipe Ali de Dubar.

—¡Al¡! —exclamó incorporándose de golpe.

—No es una buena idea incorporarse de golpe después de haberse desmayado —dijo Ali volviendo a tumbarla—. Una de las enfermeras va a traerte té y galletas.

—¿Pero qué estás haciendo tú aquí? —preguntó ella—. Se suponía que tenías que estar en Dubar, asistiendo a la coronación de tu hermano.

—El día oficial de la coronación no es hasta mañana. Para entonces, estaré de vuelta en Dubar y nadie se habrá dado cuenta. Decidí que hoy mi lugar estaba aquí, con mi amigo. Por desgracia, no llegué a tiempo de ver a Bandar antes de su operación. Creo que a ti te ha pasado lo mismo.

—Al¡, ¿y si se muere? —preguntó ella.

—Pues morirá —contesto Al¡—. Lo que está escrito, está escrito.

—No puedo soportar cuando la gente dice cosas así. No existe el destino, ni cosas así. Lo que está escrito es lo que haces que te suceda —dijo ella incorporándose de nuevo.

—Él no decidió tener cáncer.

—¿Cómo lo sabes? Cleo dijo que Bandar es un hombre solitario. A veces, la soledad debilita el sistema inmunitario. He leído sobre

ello.

—¿Por qué lees sobre cosas semejantes? ¿Porque te sientes sola?

—Sí. Sí, me siento sola —dijo ella poniéndose en pie—. Siempre he estado sola. Al menos hasta que conocí a Bandar. Lo amo, Ali. Y creo que él me ama.

—Estoy seguro de que sí. ¿Sabes que te lo ha dejado todo en su testamento?

—¡Dios mío, no quiero su maldito dinero! Sólo quiero que esté vivo.

—Él lo sabe.

—¿Cuánto tiempo más va a durar la operación? —preguntó ella mientras comenzaba a dar vueltas por la habitación.

—No mucho más, según me han dicho. He pedido que el cirujano venga a vernos lo antes posible. Ah, aquí está el té…

Una enfermera entró con una bandeja. Ali le hizo gestos para que se fuera, diciéndole que él se encargaría de servirlo.

Lo cual hizo.

—Háblame de Bandar, Ali —dijo Samantha cuando estuvieron solos—. Necesito saberlo todo.

—Pareces mi esposa, Charmaine. Tiene que saberlo todo.

—Cuéntame.

—Sólo puedo contarte lo que sé. Habrá cosas que sólo Bandar sepa. Los hombres siempre tienen sus pequeños secretos, a veces es mejor mantenerlos ocultos a ojos de las mujeres.

—Si te refieres a las tres mujeres con las que ha es

tado viéndose, lo sé todo sobre ellas. No me importa.

—Veo que comprendes a Bandar. Pero ten por seguro que esas chicas no significaban nada para él. Ninguna mujer ha significado nada para Bandar. Hasta que llegaste tú. Ni siquiera su propia madre.

—¿No quería a su madre?

—Era ella la que no lo quería a él. Bandar era un billete hacia la buena vida, eso es todo. Conoció al padre de Bandar cuando él era susceptible de caer rendido ante su belleza y sus habilidades en el dormitorio. Su primera esposa, una mujer de su misma cultura, había muerto no hacía mucho estando embarazada de su primer hijo. El padre de Bandar lo había llevado mal. Se volvió loco de pena y utilizó su dinero para tratar de olvidar. Se fue a vivir a Londres y comenzó a relacionarse con la alta sociedad. La madre de Bandar apareció en el momento apropiado. Se vendía a sí misma a cualquier hombre que pudiera costear sus caros vicios.

—¿Tomaba drogas?

—No era adicta. Pero usaba drogas de diseño para mejorar su estilo de vida promiscuo y para seducir a hombres como el padre de Bandar, que no estaba acostumbrado a mujeres así. Naturalmente, se casó con ella cuando dijo que estaba embarazada. Para entonces, ya estaba obsesionado con esa mujer. Ella continuó aprovechándose de él hasta que nació Bandar. El niño quedó al cuidado de otros mientras ellos viajaban por el mundo, gastándose el dinero en casinos y en carreras de caballos. Si el padre de Bandar no hubiera tenido un montón de dinero gracias a los pozos de petróleo heredados de su padre beduino, habría entrado en bancarrota en varias ocasiones. Los padres de Bandar murieron en un incendio a bordo de un yate el día del decimosexto cumpleaños de Bandar. El estaba en el colegio en Londres. Ellos estaban en el Caribe.

—Qué historia tan terrible. Pobre Bandar.

—Sí. Pobre Bandar.

—¿Desde hace cuánto lo conoces? Oí que erais amigos desde niños.

—Conocí a Bandar cuando nos enviaron al mismo colegio en Dubar. Yo tenía catorce años. Él era un par de años menor que yo. Un niño tímido, aunque no lo creas. Los otros niños del colegio sabían lo de su madre. Le gastaban bromas al respecto. La llamaban «zorra». Bandar lo aguantó durante un tiempo, pero un día contraatacó. Por desgracia, eligió al grupo equivocado de chicos. Eran mucho más grandes y malos. Uno llevaba una navaja. Ya se la habían clavado antes de que yo interviniese. Por suerte, la herida no fue muy grave. Después de eso, su padre se lo llevó a una escuela cristiana en Inglaterra. Ya podrás imaginar lo que supuso eso para Bandar. Durante mucho tiempo estuvo como un pez fuera del agua.

Finalmente, los demás chicos lo admitieron en su mundo, aunque cree que fue por su dinero.

—Es un cínico con respecto al dinero —dijo Samantha.

—Sí —convino Al¡—. Pero tiene razón para ello. No tienes ni idea de lo que es ser un hombre extremadamente rico, Samantha.

—Bandar me dijo que las mujeres van detrás de él todo el tiempo.

—Algunas mentirían y engañarían hasta unos niveles inimaginables. Cuando Bandar tenía unos diecinueve años, fue seducido por una mujer muy guapa e inteligente. Cuando dijo que estaba embarazada, Bandar se quedó destrozado. Ella no quería casarse, sólo su dinero. Mucho dinero. Bandar, sin embargo, no quería pensar en que un hijo suyo creciera sin su padre para

protegerlo. Por suerte, habló conmigo sobre la situación y yo hice que investigaran a la mujer. Resultó que ya estaba casada. Era una estratagema para conseguir dinero. Le dije a Bandar que la llevara a los tribunales y exigiera una prueba de ADN cuando el bebé naciera y, de pronto, ya no había bebé.

—Bandar debió de quedarse desolado.

—Aprendió una valiosa lección. Desde entonces, siempre ha andado con cuidado.

—Si Bandar fue enviado a vivir a Inglaterra, Ali, ¿cómo mantuvisteis vuestra relación? —preguntó Samantha tratando de asimilar toda la información.

—Mediante los caballos. Estuvimos sin vernos unos años, pero volvimos a encontrarnos cuando me enviaron a los establos de mi padre en Inglaterra durante un tiempo.

—Entiendo.

Era algo bueno comprender por fin al hombre al que amaba. ¿Pero de qué servía comprenderlo si se moría? La emoción se le agarró al pecho y las lágrimas inundaron sus ojos. Dejó su taza de té y las disimuló, no queriendo llorar delante de Ali.

—No pasa nada por llorar —dijo él—. Charmaine llora todo el tiempo.

—Oh, Al¡… —dijo ella abrazándose a él y dando rienda suelta a las lágrimas.

Sus lágrimas se habían convertido en un sollozo ocasional cuando se abrió la puerta y entró el cirujano de Bandar. Era un hombre muy alto con una cara agradable. Parecía cansado, pero satisfecho.

—Todo ha ido muy bien —anunció.

Samantha se echó a llorar de nuevo.

—Su prometida —oyó que decía Ali a modo de explicación.

—¡Pero si dijo que no tenía a nadie!

—Mantuvo su estado en secreto para que Samantha no se preocupara.

—Es un hombre impresionante. Mi secretaria quedará devastada. Se quedó prendada del jeque cuando vino a verme a mi consulta. Pero, volviendo al tema que nos ocupa, he podido quitarle todo el tumor. No se volverá a reproducir. Su cerebro está bien y no hay nervios dañados. No tendrá efectos secundarios. He hecho un trabajo brillante, y no es porque sea mío.

—Muchas gracias —dijo Al¡—. Samantha también le dará las gracias cuando pueda.

—No sabe lo agradecida que le estoy —dijo Samantha

obligándose a recomponerse—. Es usted más que brillante.

—Su prometido está en la sala de recuperación, señorita —dijo el cirujano—. Estará medio dormido durante un tiempo. No lo agobie demasiado hoy con charlas o con demasiados besos. No queremos que muera de excitación, ¿verdad? Ahora debo irme. Tengo que irme a casa y dormir un poco. Estoy agotado.

—¿Quieres ver a Bandar tú sola primero? —le preguntó Ali a Samantha cuando el cirujano se hubo marchado.

—No sé, Ali. Estaba muy feliz, pero ahora estoy muy nerviosa. Bandar no pensará que voy detrás de su dinero, ¿verdad?

Ali negó con la cabeza y con una expresión de exasperación.

—¡Mujeres! —exclamó, agarrándola del brazo—. Pueden estar tan ciegas. Ese hombre está fascinado contigo.

—¿Fascinado? —repitió ella mientras Ali la sacaba de la habitación y la llevaba por el pasillo.

—Te había dejado todos sus caballos de carreras, incluyendo el favorito para ganar el derby. ¡Tiene que ser por eso!

Capítulo 16

BANDAR recuperó la consciencia lentamente. Oía cosas a su alrededor, pero no podía abrir los ojos. Murmuró algo y una voz de mujer le preguntó su nombre. Él maldijo en voz baja y ella se rió. Finalmente consiguió abrir los ojos y vio a una enfermera a su lado.

—Veo que ha regresado al mundo de los vivos —dijo ella.

De pronto el cerebro de Bandar se despejó. No había muerto en la mesa de operaciones. ¡Estaba vivo!

—¿Cómo ha ido la operación? —preguntó.

—Muy bien. El señor Pring le ha extirpado todo el tumor.

Bandar sintió las lágrimas en sus ojos y giró la cabeza para que la enfermera no las viera.

—Descanse —dijo ella colocándole una mano en el hombro.

Bandar volvió a quedarse dormido. No supo por cuánto tiempo. Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba en otra habitación. A su lado, ya no estaba la enfermera, sino Ali, vestido con la túnica tradicional árabe.

—¿Al¡? —dijo, y trató de levantar la cabeza, pero le pesaba demasiado. Gimió tratando de hacer el esfuerzo, pero se rindió.

—Deberías estarte quieto —le aconsejó Al¡—. Mira, la enfermera te ha dejado hielo. Dijo que quizá querrías un poco —le metió un par de pedazos en la boca—. No te quejes de que esté aquí —añadió al ver que Bandar se disponía a protestar—. No me quedaré mucho tiempo ahora que sé que estás bien. La maldita coronación empieza mañana. De lo contrario, no me marcharía.

—No puedes dejar tirado a tu hermano —susurró Bandar.

—El avión real me está esperando en Heathrow. Me dará tiempo.

—Gracias por venir —dijo Bandar.

—Un placer. Pero hay alguien aquí mucho más apropiada para darte la mano y ayudarte con el hielo.

Bandar suspiró.

—No me habrás traído una enfermera privada, ¿verdad? —era el tipo de cosas que Ali hacía.

—No. Estaba hablando de tu prometida.

—¿Mi prometida?

—«Prometida» le queda mejor a Samantha que «tu novia australiana».

—¿Samantha está aquí?

—Estaba aquí cuando llegué; se desmayó en el suelo del vestíbulo.

—¿Está bien? —preguntó Bandar levantando la cabeza de golpe.

—Aparentemente se desmayó cuando se enteró de que ya estabas en la sala de operaciones. Ahora está preocupada de que tu cinismo te haga pensar cosas que no son ciertas.

—¿Dónde está?

—Fuera, caminando de un lado a otro por el pasillo. ¿Salgo y le digo que entre?

Bandar no podía creérselo. Ella estaba allí. Había ido tras él.

—¿Cómo se enteró de lo de mi operación?

—No hagas preguntas estúpidas como ésa. Es una mujer. Lo único que necesitas saber es que te quiere, Bandar. No lo dudes nunca.

—Es difícil no dudar cuando te has pasado la vida haciéndolo. Pero decidí que, si salía de esta operación, dejaría las dudas a un lado en lo que respecta a Samantha. Voy a casarme con ella, Ali, si quiere.

—Pero sólo hace una semana que os conocéis —dijo Ali frunciendo el ceño.

—Unas semanas son más largas que otras. Además, cuando has estado al borde de la muerte, te das cuenta de que no hay tiempo que perder. Ya lo he decidido. Dile que entre. Luego, vete a Dubar.

—Siempre has sido muy cabezota, y muchas veces vehemente a la hora de elegir a tus amantes. Pero has elegido bien esta vez. Tienes que venir a visitarnos a Australia cuando estés bien para viajar.

—Lo haré.

—Supongo que tendré que contratar a otra veterinaria.

—Eso espero.

—Me deberás otro favor.

—Cuando llegues a casa, verás que ya te lo he devuelto. Hay cinco yeguas excelentes en tus establos que no te han costado un solo centavo.

—Ah, sí. Me lo contó Cleo. Pero asumí que sería yo el que pagara los dos millones, puesto que fui yo quien te dijo que fueras generoso con la señora Higgins.

—Son un regalo, amigo mío.

—En ese caso, estoy en deuda contigo. Hasta la próxima, Bandar…

—Ali le dio la mano y se marchó.

Con su partida, Bandar sintió cómo se le aceleraba el corazón y

sus ojos se quedaban fijos en la puerta por la que entraría Samantha.

Y, de pronto, allí estaba, con un aspecto de terrible nerviosismo según se acercaba hacia la cama.

—Por favor, no te enfades conmigo por haber venido —dijo ella antes de que pudiera decir nada. ¿Enfadarse? Nunca podría enfadarse con ella. Se había convertido en su vida, en su futuro, en su razón para vivir.

No importaba nada más. —Siéntate —le dijo. Ella obedeció.

Bandar levantó la mano y le acarició la mejilla. Ella inclinó la cabeza y cerró los ojos mientras suspiraba.

—Te casarás conmigo, ¿verdad? —preguntó Bandar. Samantha dio un respingo y abrió los ojos de golpe. —No me discutas ahora, pequeña esclava. Tienes que hacer lo que te ordene tu amo y señor.

—Las chicas australianas nunca prometen obedecer a sus maridos, Bandar. El matrimonio es una unión hecha con el amor y el respeto mutuo.

Bandar sonrió.

—No me gusta cuando sonríes así.

—¿Así cómo?

—Como si me estuvieras ocultando secretos. Ya no habrá más secretos entre nosotros. Nunca me casaría con un hombre que guarda secretos.

—Muy bien. Te quiero, Samantha Nelson. Me gusta todo de ti, pero sobre todo tu testarudez, tu coraje y tu carácter. Pero, si quieres la verdad, no siempre te amé. Al principio pretendía seducirte porque eras un desafío para mi ego masculino. Además de una perfecta distracción. Tus planes secretos me dieron la oportunidad perfecta para salirme con la mía sin complicaciones ni consecuencias. No pretendía enamorarme de ti. Pero así fue.

—Yo tampoco pretendía enamorarme de ti. Ibas a ser el amante de mis fantasías. Pero, a veces, lo que está escrito, está escrito.

—Has estado hablando con Ali.

—Me contó muchas cosas sobre ti mientras esperábamos a que terminara la operación.

—Lo mataré.

Samantha se carcajeó y dijo:

—No, no lo harás. Le debes tu vida. No puedes matarlo. Además, lo quieres.

—Te quiero a ti —dijo él apasionadamente antes de tirar de su mano para besarla.

Las lágrimas volvieron a aparecer en los ojos de Samantha. Lágrimas no sólo de felicidad, sino de sorpresa. El la amaba y quería casarse con ella. Lo que significaba que confiaba en ella.

Samantha sabía que, para él, debía de ser muy difícil confiar en las mujeres. Debía de quererla mucho.

Pero no más que ella a él.

Colocó la cabeza sobre su pecho y suspiró.

—No vuelvas a dejarme nunca —susurró—. Ni un solo momento.

—Ni tú a mí —contestó él acariciándole el pelo—. Haremos que coloquen otra cama aquí hasta que me den el alta. Y nos casaremos lo antes posible. ¿Tengo que pedirle a tu padre tu mano? ¿No es ésa la tradición en Australia?

—La verdad es que sí. Ésa es la tradición en Australia.

—Entonces, así será.

Y así fue.

Samantha nunca olvidaría la cara de su padre cuando Bandar le pidió la mano de su hija en matrimonio. Las caras de sus hermanos durante la boda fueron igual de inolvidables. Ali se negó a que tuvieran una boda modesta por lo civil en la ciudad. Se casaron en la granja real de Dubar, la ceremonia tuvo lugar en un magnífico pabellón junto a la piscina y la recepción bajo una enorme carpa que sólo un jeque multimillonario podía permitirse.

Samantha recordaba ese día como uno de los más felices de su vida. Aunque no podía compararse al día en que Bandar le había pedido que se casara con ella en la habitación del hospital en Londres. Ni con el día, menos de dos meses después de la boda, en el que le había dicho que estaba embarazada. Sorprendentemente, tras dejar de tomar la píldora, Samantha no había tenido problemas a la hora de concebir.

Bandar se había mostrado encantado con el niño que crecía en su interior desde el primer momento, impacientándose hacia el final del embarazo por querer ver a su hijo. Supieron que iba a ser niño gracias a las ecografías.

La alegría que iluminó la cara de Bandar cuando Samantha le entregó al pequeño Ali tras el parto quedaría grabada en su memoria para siempre. Y la mirada de amor que Bandar le había dirigido a ella había sido igual de memorable.

Sí, ése fue el día más feliz de todos. Porque, con el nacimiento de su hijo, Samantha se dio cuenta de que ninguno de los dos volvería a estar solo jamás.